

# PURO FUTBOL

R. FONTANARROSA

TODOS SUS CUENTOS DE FUTBOL



EDICIONES  DE LA FLOR

«Puro fútbol» reúne todos los cuentos relacionados con el deporte favorito de los argentinos, escritos por Fontanarrosa e incluidos en sus otros libros, desde «Los trenes matan a los autos y otros cuentos» hasta «Una lección de vida y otros cuentos». La pasión «canalla» del Negro, sumada a su dominio de la jerga futbolística y de los estereotipos de los hinchas y de los periodistas deportivos, dan como resultado esta excepcional compilación.

---

- [La barrera](#)
- [La pena máxima](#)
- [Betito](#)
- [Los nombres](#)
- [Lo que se dice un ídolo](#)
- [Memorias de un wing derecho](#)
- [Lo que se dice jugador al fulbo](#)
- [¡Qué lástima, Cattamarancio!](#)
- [Los últimos «salileros»](#)
- [El «Pichón de Cristo»](#)
- [El ocho era Moacyr](#)
- [El Monito](#)
- [19 de diciembre de 1971](#)
- [Wilmar Everton Cardaña, número 5 de Peñarol](#)
- [La columna tecnológica:](#)
- [Escenas de la vida deportiva](#)
- [Jorge, Daniel y el Gato](#)
- [Cenizas](#)
- [La observación de los pájaros](#)
- [Entre las cañas](#)
- [Plegarias a la Virgen](#)
- [Algo le dice Falero a Saliadarré](#)
- [Relato de un utilero](#)

**Roberto Fontanarrosa**

**PURO FÚTBOL**

**Todos sus cuentos de fútbol**

©2000, Roberto Fontanarrosa

©2000, Ediciones de la Flor

ISBN: 9789505151790

Generado con: QualityEbook v0.63

# La barrera

Un paso más atrás. Dos más atrás. Tres. Ahí está bien. Ya está la barrera formada. Una baldosa más acá. Un momento. Ante todo sacar las cosas del arco. Hay botellas debajo de la pileta. Ya la otra vez cagó una. Y dos sifones. El blindado no es nada, pero el otro puede reventar, y los sifones revientan y los pedacitos de vidrio saltan y se meten en los ojos de uno. Bien juntas las macetas de la barrera. El arquero muy nervioso. Miguel Tornino frente al balón. Atención. El rubio Miguel Tornino frente al balón. Una mano en la cintura. La otra también. La mano sacándose el pelo de la frente. La transpiración de la frente. De los ojos. Hay silencio en el estadio. Es la siesta. Hasta el Negro se ha quedado quieto. Resignado a ser simple espectador de ese tiro libre de carácter directo que ya tiene como seguro ejecutor a Miguel Tornino, que estudia con los ojos entrecerrados el ángulo de tiro, el hueco que le deja la barrera, la luz que atisba entre la pierna derecha del recio mediovolante de la visita y la pata de portland de la maceta grandota del culantrillo. Un solo grito en el estadio: Miguel, Miguel. El público de pie ante ésta, la última oportunidad del Racing Club cuando sólo faltan dos minutos para que finalice el match. Habrá que apurarse antes de que vuelva a adelantarse la barrera o el Negro insista en morder la pelota y hacerla cagar como el otro día que la pinchó el muy boludo. Sonó el silbato. Habrá que pegarle de chanfle interno. La cara interna del pie diestro de Miguel Tornino, el pibe de las inferiores debutante hoy le dará al balón casi de costado, tal vez de abajo, con no mucha fuerza pero sí con satánica precisión para que ese fulbo describa una rara comba sobre la cabeza de los asombrados defensores, sobre el despeinado pirincho del helecho de la segunda maceta y se cuele entre el travesaño, el poste, el postrer manotazo de la lata de aceite Cocinero que se ha lucido hasta el momento. ¡Tiró Tornino...! y... se hizo mimbre en el aire el arquero ante el latigazo insólito de curva inesperada y con la punta de los dos dedos allá voló la lata a la mierda, carajo que ladra el Negro, sí mamá... sí la guardo... está bien... pero mirá vos cómo la viene a sacar este guacho.

# La pena máxima

Cuando vi que caía el Pato lo pedí, lo pedimos todos, por un momento pensé que no lo daba, pero era clarito, lo cruzó con la gamba casi en el muslo y el Pato se iba, porque se iba el Pato (¡Penal! ¡Penal! ¡Lo dio! ¡Lo dio! ¡Lo dio, Chancha, lo dio, penal! ¡Penal!), cuando vi que lo daba yo salí rajando como loco para cualquier lado, se lo grité a la tribuna, el Sapo se me trepó encima y me gritaba ¡ahora Nene, ahora! (¡Lo dio, Chancha, lo dio!), yo ¿viste cómo está uno?, andaba medio boludo porque parecía que tenía toda la hinchada metida en el balero, para colmo el Dapeña ese me había estrolado con tuti un poco antes y no entendía nada, sé que ellos le chillaban al referí en el área, que caían naranjas (¡Lloren ahora, lloren!, ¿qué mierda quieren?), en eso viene el Tubo y me dice «Tranquilo, flaco, vo' tranquilo, no te calentés» y fue cuando me di cuenta. Te juro, Chacho, que se me formó en la panza, acá, una pelota ¿viste?, una pelota dura, qué jodido, recién caía, me agarró un cagazo de golpe como esa vez que casi me amasija el micro, ¿te acordás?, uy, Dios mío, qué cagazo (¿Quién lo tira? ¿Quién lo tira?), te juro que sentía las gambas como de barro y digo yo me quedo en el molde, por ahí ni se acuerdan, por ahí se lo dan al Mono como se lo daban siempre, pero el Mono lo erró con Chacarita y no quiere lolas, yo lo miro y lo veo parado casi en la mitá de cancha diciendo que no con el balero (¡Que no se lo dean al Mono porque lo manda afuera! ¡Patealo vo' pendejo! ¡El Mono no que lo erra! ¡El Mono no!). Gran puta, te juro que hubiera querido no haber pedido en la perra vida patear penales y para colmo en las prácticas los embocaba todos. (Ya casi no hay protestas y veremos quién ejecuta la pena máxima), yo pensaba si lo erro me muero, me caigo muerto al piso, no salgo de la cancha, no vuelvo a casa, ¿para qué?, me acordé del viejo, estaría más julepeado que yo y agarro y digo ¡no!, no lo pateo, que lo patee otro, yo lo erro, que se quemee otro y por ahí pasa el Beto, que ya me había cargado todo el partido y me jode «guarda pibe, no lo vayas a tirar afuera» me dice (continúan las conferencias con el juez, Mainardi ya está entre los tres palos) y además pensé lo que yo le había dicho el otro día al Mono, «Mono, no seas boludo, ¿cómo te vas a arrugar por errar un penal?, metele carajo», fijate, yo al Mono, que siempre fue el que me aconsejaba en tercera «hacé esto, Ricardito», «cuidate, Ricardito», yo le decía porque me daba bronca que aflojara así, para mí el Mono es un especie de ídolo ¿viste?, cacé la pelota que ya estaba colocada (Garbelli-Muñoz-Garbelli será el encargado) y me pareció que se había callado todo el mundo (¡El pibe, vamo pibe, viejo, vamo, mandalo adentro!) mirá cuando miré al arco, Mainardi, hijo de una gran puta, se reía, me miraba y se reía, digo no pienso más, pienso solamente en el tiro (Garbelli está ya frente al balón, tranquilo el golquiper), se lo pongo a rastrón a la ratonera, lo fusilo arriba ¿y si se me va alto? (gol pibe, gol, Dios mío hacelo). ¿Usted lo pateo? me dice el referí y quién va a ser boludo le hubiera dicho cuando el pito me reventó en el oído como un balazo (¡Toma carrera Garbelli!). Corrí dos pasos (¡Goo...!) y le puse un bombazo... (¡Tiróooo...!) te juro que ni vi cuando levantó la red, te juro, Chacho, te juro.

# Betito

No, el Betito no. Cualquier otro que me digas sí, pero el Betito no. Que era quilombero sí, pero como todos. Le gustaba joder, le gustaba ¿viste? cantar, gritar, porque si no ¿pa' qué diablos vas a ir a la cancha? Pero no era un tipo como el Tato por ejemplo, el Tato é un loco, porque é loco el Tato, tá mal del bocho y yo siempre se lo digo, Tato, algún día te van a poné una quema y te van a hacé cagá, yo se lo digo. El Tato o el mismo Cabezón, viejo el Cabezón va a la cancha y te lleva el inflador o te lleva una cadena, cuando no va con la honda. Además ¡la puntería que tiene el guacho!, un día, un partido con Lanú me acuerdo, lo fajó en el bocho a un lineman que casi lo amasija, y el loco estaba lejo te digo, no era que le tiró al lao del alambrao, estaba bien lejo. Pero el Betito no, el Betito venía con nosotros y armaba lío, tiraba bombas, bailaba... ah, eso sí, ¡cómo le gustaba bailar al desgraciado! era un... qué sé yo... un firulete el loco... se retorció... saltaba... una goma el loco... me acuerdo una vez después de un partido contra Estudiante, nos fuimo desde la cancha hasta el centro caminando, a pata, meta conga conga conga... ¿viste? cantando... conga conga conga... y el Betito, mirá no te miento, desde que salimo hasta que llegamo ¡bailando!, de no creerlo viejo, agarrado a la bandera, no dejó de bailar un minuto y decí que yo despué me trepé a una chatita y me piré a las casas y no lo vi má, pero vaya'saber hasta cuándo siguió bailando. Pero te digo, el Betito no te iba a tirá una botella, ni un hondazo ni te iba a afaná algo cuando íbamo a Buenaosaire ni nada deso. Te digo más, la última vez que fuimo a cancha de Colón más bien que se armó la podrida, ahí viejo te dan como en la guerra, me acuerdo que ya afuera se nos vinieron encima y yo chapé un arbolito desos ¿viste? recién plantados y le entré a dar con el árbol, lo revoleaba, ¡mierda!, parecía un molinete, ¿vos sabés cómo caían los negro?, como monos. Y bueno, te digo, ahí, el Betito se borró, pero se borró se borró. Me acuerdo que estaba al lado mío y cuando empezaron las piña desapareció, no estaba má, rajó el loco. Y te viá decir que hace bien, ¿viste el fisiquito que tiene?, ¿el fisiquito de hambreao que tiene?, además es muy pendejo, a mí ese día me bajaron dos dientes, dos dientes de acá abajo, me calzaron con un pedazo de baldosa desde no sé dónde, porque ellos rajaron, se armó el quilombo, los fajamos y rajaron, pero uno tiró un baldosazo y me fajó en la jeta, justo justo justo en la jeta la puta que lo parió, hay que quemarles la cancha. Pero no, ¿viste cómo son las cosas? la liga el que menos culpa tiene, si me decís el Tato o el Cabezón, bueno, se la tienen merecida, se la buscaron, ¿me queré decir?, el Tato, el otro día, íbamo en el tren a cancha de Atlanta y cuando entrábamo a Buenaosaire, ¿viste que el tren pasa casi pegado a las casas?, los rancherío esos que hay, el Tato se asoma por la ventanilla y caza al vuelo nomás una jaula de un canario y se la pianta, ¿vos sabé la vieja cómo gritaba?, corría el tren por el lado de la vía, y el Tato después la tiró a la mierda a la jaula, ¿pa qué cuerno la quería?, eso es al divino pedo, é un daño al pedo, el Betito nunca hizo nada de eso, me acuerdo un día pasamo al lado de un coso que vendía empanada turca, pasamo todo como la langosta, en montón y no le dejamos ni una, y el Betito también cazó una, tampoco era gil y bueno, ¿y qué?, ¿acaso el colorao Mistola no se chacó un sobretodo recién en Retiro?, y bueno, viejo, el que é ciruja, la cirujea. Pero además, te digo, el Betito era muy buen pibe, te juro, mirá, desde que la Chancha lo trajo a la barra nunca le conocí una fulería de vera, nunca, ni una agachada, y eso que é pendejo, pero nunca che, no é botón, porque hay otros que son botone y te da en el forro, y se las arreglaba, la primera vez que viajó con nosotros cuando apareció el chancho uy qué joda, cuando apareció el chancho se metió en el hueco este, ¿viste?, el que queda cuando das vuelta el asiento de atrás con el respaldo del otro, y me acuerdo que llegábanlo a Bancalari y lo sientto golpear, había estado como una hora, ¡qué sé yo el tiempo que había estado ahí el loco, metido, esperando que pasara el chancho! Qué lo parió, estaba contento, el otro día cuando el clú hizo la fiesta a los muchachos de la primera local, nosotros fuimos todos, ¿vos sabés cómo nos atendieron?, como señores, y el Betito fue también, vino el secretario del clú ¿viste? y nos

dice muchachos quédense piola, no hagan quilombo que acá los vamos a atender bien, ¿y vó sabé cómo lastramo?, como leones, y mirá que había cada ñorse de esos empilchados como la gran flauta, no era una fiesta rea, y sin embargo a nosotros viejo nos atendieron... se pasaron... y el Betito fue y morfó como todos. Y, son las pocas satisfacciones que te puede dar el clú, viejo, decí la verdá, de veras, después de todo uno se va todo los domingos cuando el clú juega en Buenosaire o en La Plata y pone la jeta, y grita y se caga a trompadas para seguir al equipo, viejo, la camiseta, no é joda, eso hay que reconocerlo. Tá bien que el clú a veces te tira algunas entradas pa revender o alguna changa, pero no é joda. El Horacio é paquetero, labura, o laburaba ahora no sé, pero laburaba con el Betito de paquetero, bueno, ése, a ése, le faltan estos dos dedos, que se los voló una bomba que le reventó en la mano, ¿y eso, quién te lo garpa?, el choto te lo garpa, viejo, decí la verdá. Y mirá, mirá vo el Betito. Y yo estaba, mirá yo debía estar como de aquí a la puerta aquella, a la del ñoba, más o menos, no lo veía al Betito, pero lo veía al Zurdo que estaba parado arriba de uno de los pilares esos contra las avalanchas, y el Betito siempre estaba con el Zurdo. Cuando se armó el lío, los monos empezaron a sacudir el alambrado para entrar a la cancha, a fajarlo a ese hijo de puta que el penal que nos cobró no tiene nombre, entonces la cana empezó con los gases... pero ¿qué habrá tirado?, ¿cuatro, cinco bombas?, eso es mala leche viejo, mala leche, le va y le revienta justo justo al lao de la cara, pero justo, mirá vo, justo. Un ojo directamente se lo hizo mierda, si vo vieras lo que era eso te revolvía las tripas y el otro casi también, qué sé yo, de uno seguro que no ve más y me decía el Pato que parece que le dijo el médico que del otro parece que seguro tampoco.

# Los nombres

Porque también la cosa está en los nombres, en cómo suenen, en las palabras, pero más, más en los nombres porque se puede estar transmitiendo agarrado al micrófono con las dos manos, casi pegado el fierro a la boca, y la camisa abierta, transpirada y abierta, los auriculares ciñendo las orejas y las sienes como un dolor de cabeza y ahí valen los nombres, tienen que venir de abajo, carraspeados, desde el fondo mismo del esternón, tienen que llegar como un jadeo, lastimarte, tienen que ser llenos, digamos macizos, nutridos, eso, nutridos. Tienen que llenar la boca, atragantarla, que se los pueda masticar, escupir, como puede ser digamos Marrapodi, viejo, Marrapodi, ¡volóoo Marrapodi y echó al córner!, Marrapodi llena la garganta, sube, se puede arrastrar, no queda encía, muela, paladar sin Marrapodi, para deletrear casi con asco, con afonía. No. Marrapodi además volaba y se quedaba colgado en el aire con la pelota suya como un dirigible, remata, ¡vuela Marrapodi y atrapa! Roque Marrapodi, para colmo, nombre para reventarse las venas del cuello y que lloren los ojos por un solazo bárbaro de domingo a la tarde, lleno de gente porque entra Borello o quien sea y ¡tiraaa! y allá sale disparado Marra como un lanzazo, la boca abierta, más abierta, los ojos casi en blanco, el pelo exagerado en el aire, un pie aquí, el otro allá, un manchón verde, uno gris, ese golpe en la punta de los dedos como quien puede manotear un pájaro, una gaviota, caer hecho un manojo en el aire, los bigotes misturados de césped, el olor, el olor, relojear por bajo el brazo y la ingle dónde fue a parar esa bola y gritar sintiendo la garganta afiebrada de flema volóooo Marrapodi, medio arrastrando entre los dientes y la lengua la doble erre porque ya el flaco con el fulbo bajo el brazo va a buscar la gorra que quedó en el otro palo. O quizás Carrizo, pero menos, no tiene tanta fuerza decir Carrizo, tal vez en la zeta está ese olor a naranja, a cigarrillo, pero por ejemplo Camaratta, otro, Camaratta, vamos viejo, Camaratta, viene el centrooo... y son tenazas las manos de Camaratta, ¡dos garfios Camaratta!, cómo no va a tener tenazas Camaratta aunque no se debía tirar, a Camaratta le debían reventar pelotazos en el pecho desde medio metro y el ruido se debía escuchar hasta en la otra cuadra y viene el rebote, entró Pontoni, tiróoo, sacó Camaratta, de nuevo un balinazo en el tórax inmenso de Camaratta con el pelo mojado sobre la frente y una lluvia de sudor desprendida de su nariz y el sudor en los ojos, ¡cómo le debía picar el sudor en los ojos a Camaratta!, ¡cómo le debía picar! y se quedaría tirado tras el tercer rebote en el suelo como un cachalote con la media derecha caída, sangrante y terrosa la rodilla, porque Camaratta siempre debía jugar en cancha de Atlanta donde es pura tierra y cada entrevero era una polvareda tremenda, donde catorce hinchas se morían de calor y odio y miles pero miles de argentinos escuchaban succionados por la radio la voz porteña del balompié, pasión de multitudes, ¡Ca-ma-ra-tta!, salvó su arco de segura caída, Camaratta carajo, no Blazina por ejemplo porque Blazina es como decir felino o colina, algo plástico, estético, Mirko volaba en treintaitrés revoluciones, ahora un brazo, después el otro, fiexionar la rodilla, una gambeta blanca blanca pero todo en cámara lenta, muda, como un vacío que se hubiera chupado el rugido de la tribuna, sólo Blazina planeando, en blanco y negro para colmo, que eso no es para hinchas, es para artes visuales. No, no se puede transmitir sin esos nombres, ojalá estuviera Marrapodi, o Camarrata, o Macarrata, o Camarrodi, Macarrata, ¡se tiiira Macarratta! ¡Voló!, el micrófono hecho un puñal, un puñetazo sudoroso, ¿cómo puede haber un arquero García por ejemplo, García, qué se va a decir?, volóoo García, si queda en la boca esa sensación desierta y adormecida de cuando uno come pastillas de menta, volóoo García, qué mierda va a volar ese boludo. Que se quede parado para eso.

# Lo que se dice un ídolo

Pedrito se apioló tarde de cómo venía la mano. Porque él podía haber sido un ídolo, un ídolo popular, desde mucho tiempo antes. Lo que pasa que el Pedro, vos viste cómo es, un tipo que se pasa de correcto, de buen tipo.

Decime vos, ocho años jugando en primera y no lo habían expulsado nunca. ¡Nunca, mi viejo, nunca! Ni una expulsión ni una tarjeta amarilla aunque sea. Y mirá que liga, eh. Porque siempre fue para adelante y lo estrolaban que daba gusto. Muy respetado por los rivales, por el referí, por todos, pero le pegaban cada guadañazo que ni te cuento. Y sin embargo, nunca reaccionó. Mirá que más de una vez se podía haber levantado y haberle puesto un castañazo al que le había hecho el ful, o a la vuelta siguiente encajarle un codazo, pero él... nada che. Una niña. Un duque el Pedro. Claro, ¿cómo no lo iban a querer? Los contrarios, los compañeros, todos. Pero... ¿querés que te diga? No sé si era cariño, cariño. Por ahí era respeto, más que nada. Respeto ¿viste? Porque mirá que yo lo conozco al Pedro y te digo que no es un tipo demasiado fácil para acercarse, para hablar, para... ¿cómo te digo?... para que se te franquee. ¿Viste? No es un tipo que va a venir y sin que vos le preguntés nada te va a contar de algún balurdo que tiene, algún fato afectivo... no, no es de esos. Es un tipo más bien reconcentrado que, a veces, para que te cuente qué le pasa, la puta, se lo tenés que preguntar mil veces, y eso que a mí me conoce mucho.

Incluso yo a veces le decía: «No dejes que te peguen» porque me daba bronca ver cómo la ligaba y se quedaba muzzarella. «No dejes que te peguen, Pedro» le decía. «Poneles una quema, meteles una buena plancha, a ver si así te van a entrar tan fuerte».

Y me decía que no, que es muy jodido pegar siendo delantero. Sí, andá a decirle al Pepe Sasía eso, andá a decirle al cordobés Willington que no se puede pegar siendo delantero. O al negro Pelé, sin ir más lejos, que tiene el récord de tipos quebrados. Andá a decirle al Pepe Sasía que a los delanteros les es más difícil pegar. El Pepe te metía cada hostiazo que te arrancaba la sabiola. Le bajaba cada plancha a los fulbá que te la voglio dire. Pero al Pedro qué le iba a pedir eso. Si ni cuando se armaban las roscas grandes se metía. Cuando se armaban esos bolonquis de todos contra todos o esos entreveros con el referí en el medio, que son ¿sabés qué? pa repartir tupido, son una uva, él se quedaba a un costado, con los bracitos en la cintura, ni se acercaba. Y en esos entreveros no hay peligro ni de que te echen, ahí te meten esos puntines en los tobillos, o te tiran del pelo, te meten los dedos en los ojos o te african un cabezazo y vale todo. Nadie vio nada. Que siga la joda. Y no era que el Pedro no se metiera de cagón, ¿eh? Porque eso sí, de cagón nunca tuvo un carajo. Un tipo que se mete en el área como se mete el Pedro, oíme, a un tipo de esos ni en pedo lo podes catalogar de cagón.

Pedro no se calentaba. Tenía eso. No se calentaba. No era un tipo que se podía calentar. Lo fajaban y se quedaba en el molde. Y la hinchada lo quería, sí, pero nada más. Cuando salía de los vestuarios después del partido, las palmaditas, «Bien Pedro», «Buena Pedrito». Pero ahí nomás. A veces algún cantito. O no lo puteaban demasiado cuando perdían. El Pedro siempre normal, en siete puntos, seis puntos, como diría el Flaco.

¿Sabés cuál era la cagada del Pedro? Yo lo estuve pensando. Era muy lógico. Mirá vos, era muy lógico. Nunca decía algo fuera de la lógica. Todo era, digamos, criterioso. Pensado. Lógico, todo era lógico. Me acuerdo que íbamos a jugar contra Boca, en Buenos Aires, y le preguntan qué pensaba del partido. Y él contesta que lo más probable era que perdiéramos. Que con un empate estábamos hechos. ¡Por supuesto que lo más probable era que perdiéramos! Si lo más probable cuando salís de visitante es que te hagan el hoyo, y no en cancha de Boca, en cualquiera.

Pero, viejo, qué sé yo, agrandate, decí: «les vamos a romper el culo», «les vamos a hacer tricota», qué sé yo. No te digo siempre, pero alguna vez andá en ganador. No, el Pedro siempre con la justa:

«La verdad que nos van a ganar». «Si sacamos un empate estamos hechos». «La lógica es que nos rompan el orto».

Claro, desde un punto de vista razonable, todo lo que él declaraba era cierto. No se le podía discutir. O cuando se perdía. Era lo mismo que cuando lo fajaban. Siempre estaba de acuerdo con el resultado. «Nos ganaron bien», «jugando así nosotros, era lógico que nos ganaran», «nos tendrían que haber hecho más goles». Nunca se enojaba. Era como cuando lo fajaban los defensores. Se la bancaba siempre. Nunca ibas a leer declaraciones de que les habían afanado el partido, que los habían cagado a patadas, que les habían cobrado un gol en offside. Nunca. ¡Te imaginás! Fue premio a la caballerosidad deportiva como mil veces.

Y cuando se armó la primera vez este fato con la mina ésa, también. Porque tampoco el Pedro era un tipo que le podías buscar una fulería en su vida privada.

Padres macanudos, ningún problema con los viejos, y la Isabel, la noviecita de toda la vida. Y pará de contar. Ni jodas, ni calavereadas, ni un chancletazo por ahí. Nada. Fue cuando le inventaron el fato ese con la Mirna Clay, la cabaretera esa. ¡Mirá vos! Justamente a Pedro venirle a inventar que se encamaba con esa mina. Al Pedro, que la Isabelita lo tenía más marcado que los fulbás contrarios. Y además, ni falta hacía marcarlo, porque para eso era un nabo. Pero vos viste que hay periodistas que ya no saben qué carajo inventar y armaron todo el verso ese de que el Pedro andaba con la Mirna Clay. ¡El quilombo que se armó! ¡Para qué! El Pedro, ahí sí, fue a la revista, chilló, tiró la bronca y los ñatos de la revista pegaron marcha atrás y desmintieron todo. Que habían sido rumores, que eran todas mulas, en fin. La cosa que el Pedro se quedó tranquilo. Y fijate que ahí yo estuve a punto pero a punto de decirle algo, pero me callé la boca.

Dijo: «callate Negro, que por ahí la embarrás» y me callé bien la boca. Yo los conozco mucho a los viejos, a la Isabelita, ¿sabés? y preferí quedarme en el molde.

Pero mirá vos, pasa el tiempo, y esta otra revista empieza con la misma milonga. Con otra mina pero con la misma milonga. Ahora con la loca ésta, la Ivonne Babette, pero con el mismo verso. Que los habían visto juntos, que parecía que el Pedrito se la movía, que qué sé yo. Para colmo la mina ésta que debe ser más rápida... una luz la mina... agarró el bochín y empezó con que estaban perdidamente enamorados, que Pedro era el único amor de su vida, en fin. Se ve que armaron el estofado a partir de esa foto que salió cuando el equipo tenía que viajar a Perú y les sacaron una foto en el aeropuerto cuando justo estaba la reventada ésta que también viajaba en el mismo avión.

Para colmo la mina sale al lado de Pedro. Eran como mil en la delegación pero dio la puta casualidad que esta mina sale junto al Pedro. Y se ve que ahí armaron el estofado. Que a la mina le viene macanudo, mirá qué novedad.

Y ahí sí, lo agarré al Pedro y le dije: «Pedrito no hagas declaraciones. No digas ni desmientas nada. Quedate chanta, haceme caso». Lo corrí un poco con el verso de que él no podía prestarse a ese escándalo, que él tenía que mantenerse por sobre toda esa suciedad, que no tenía que prestarse siquiera a hablar del asunto. Que ya bastante se había ensuciado antes con el balurdo anterior con la Mirna Clay. Y el Pedro me hizo caso. Lo llamaban de los diarios y él decía que no iba a hablar del asunto. Que no insistieran. Y los periodistas, que son lerdos también, se agarraron de eso que «el que calla, otorga». Y dieron el caso como comprobado. Hasta diarios más serios hablaron del caso del Pedro con esta mina. Y la mina ¡para qué te cuento! inventó cualquier boludez para darle manija al asunto. Cuando el Pedro quiso parar la cosa, ya era demasiado grande y tuvo que quedarse en el molde.

Eso habrá durado un par de semanas. La Isabelita se enojó con el Pedro y casi lo manda a la mierda, los diarios dijeron que esa pelea confirmaba el enganche del Pedro con la Babette ésta, en fin, un quilombo impresionante.

Al domingo siguiente, tenían que jugar en Buenos Aires un partido chivo contra Vélez. Y al Pedro lo marca Carpani, un hijo de mil putas que le pega hasta a la madre y este Carpani lo empieza a

cargar. Le decía: «¡Qué mierda te vas a voltear vos a esa mina, si vos en tu vida te volteaste ninguna!», «ya que sos tan macho animate a entrar al área que te voy a romper la gamba en cuatro pedazos», esas cosas. Y le tocaba el culo. Al final el Pedro, mirá como estaría, le pegó semejante roscazo que le arruinó la jeta. Le puso una quema en medio de la trucha que lo sentó de culo en el punto del penal. ¡Te imaginás lo que fue eso! Que al terrible Carpani, el choma que se comía los pibes crudos, el patrón del área, le pusieran semejante hostia en la propia cancha de Vélez, en el Fortín de Villa Luro. Lo tuvieron que sacar en camilla porque quedó boludo como media hora. Y a Pedro, más bien, tarjeta roja y a los vestuarios. Por primera vez en la vida. Pero después me contaba, los de Vélez lo miraban pasar para las duchas y no le decían nada, lo miraban nomás. Hasta hubo uno que le dio la mano.

Le dieron pocos partidos. Y volvió en cancha nuestra, contra la lepra. Y ahí se confirmó mi teoría. Era un mundo de gente. Muchos habían ido por el partido, pero muchos habían ido para verlo al Pedro. ¡Y cuando entró... se venía abajo la tribuna, mi viejo! «Y coja, y coja, y coja Pedro, coja» cantaban los negros. Era una locura. «Y pegue, y pegue, y pegue Pedro, pegue». Como será que hasta el Pedro se emocionó y se apartó de los muchachos para saludar a la hinchada con los dos brazos en alto. Una locura. Ahí empezó a ser ídolo. Ahí empezó. Aunque no me lo reconozca porque nunca volvió a darme demasiada bola. Pero no podés ser ídolo si sos demasiado perfecto, viejo. Si no tenés ninguna fullería, si no te han cazado en ningún renuncio... ¿Cómo mierda la gente se va a sentir identificada con vos? ¿Qué tenés en común con los monos de la tribuna? No, mi viejo. Decí que el Pedrito se apioló tarde de cómo viene la mano.

# Memorias de un wing derecho

Y aquí estoy. Como siempre. Bien tirado contra la raya. Abriendo la cancha. Y eso no me lo enseñó nadie. Son cosas que uno ya sabe solo. Y meter centros o ponerle al arco como venga. Para eso son wines. No me vengan con eso de wing «ventilador» o wing «mentiroso» o las pelotas. Arriba y contra la raya.

Abriendo la cancha para que no se amontonen los forwards en el medio. Nada de andar bajando a ayudar al marcador de punta ni nada de eso. Si el marcador de punta no puede con el wing de él... ¿para qué m... juega de marcador de punta? Lo que pasa es que ahora cualquier mocoso le sale con esas teorías nuevas y nuevas formas de juego o te viene con la «holandesa» o la «brasileña» y otras estupideces.

¡Por favor! El fútbol es uno solo y a mí no me saca de la formación clásica: el arquero bien parado en la raya y atento. Por ahí escucho decir que Gatti juega por toda el área o sale hasta el medio de la cancha... Y bueno, así le va. Yo al arquero lo quiero paradito en su arco y nada más. Para eso es arquero. Después una línea de tres. Después otra de cinco. Y arriba que nos dejen a nosotros tres. Más de veinte años hace que jugamos así y nos hemos podrido de hacer goles. De a siete hacemos. Yo ya debo llevar como 6800. Yo solo... ¡Después me dicen de Pelé! O arman tanto despelote porque Maradona hizo cien. Cien yo hago en una temporada. Y en verano, cuando los pibes se quedan en el club como hasta las dos de la mañana, me atrevo a hacer cuarenta, cincuenta goles por semana. Cuarenta, cincuenta. Yo solo... Maradona... ¡Por favor! Y eso para no hablar del centroforward nuestro. Debe llevar más de 12.000 goles. Por debajo de las patas... Y... ¡el tipo está ahí!

Donde deben estar los centroforward. En la boca del arco. En el área chica. Pelota que recibe, ¡Pum! adentro. A cobrar. Y ojo, que el nueve de los de Boca no es malo tampoco. Es el mismo estilo que el nuestro. Siempre ahí: en la troya. Adonde están los japoneses. ¡Nos ha amargado más de un partido, eh! Yo no he visto los goles que nos ha hecho pero escucho los gritos y el ruido de la pelota adentro del arco.

Le da con un fierro el guacho. Pero, claro, tiene dos wines que son dos salames. Por ahí si jugara al lado mío él también habría hecho como 12.000 goles. ¡Si le habré servido goles al nueve! ¡Si le habré servido goles! Me acuerdo el día del debut. Le estoy hablando de hace 25 años, 25 años, un cuarto de siglo. Sacaron la lona que cubría la cancha y le juro que nos encegueció la luz. Un solazo bárbaro. Yo casi no podía ver por el resplandor en las camisetas, especialmente en las nuestras. Claro, por el blanco. Las bandas rojas parecían fuego. No como ahora, que está saltado todo el esmalte y se ve el plomo. O el piso, del verde ya no queda casi nada. ¡Cómo está esta cancha! ¡Qué lástima! Qué poco cuidada está. Pero bueno, ese día fue algo inolvidable. Era domingo al mediodía y se ve que los muchachos estaban alborotados porque esa tarde jugaban River y Boca en el Monumental y ellos se habían reunido en el club para irse todos juntos en el camión para el partido. ¡Huy, lo que era ese día! Y claro, llegaron ahí y se encontraron con que la Comisión Directiva había comprado el metegol.

Yo había escuchado desde abajo de la lona que pensaban inaugurarlos esa noche cuando los socios se juntaban en la sede social a comentar los partidos o tomarse un fernet antes de cenar. Pero... ¡qué!... apenas los muchachos vieron el metegol al lado de la cancha de básquet ni siquiera se molestaron en meterlo adentro.

¡Además, esto es pesado, eh! No sé cuántos kilos debe pesar esto, pero es pesado. Puro fierro, de las cosas que se hacían antes. Bueno, ahí nomás lo destaparon y se armó el partido. Yo calculo, calculo, que había de haber entre 20 y 25 personas viendo el partido. ¡No menos, eh! No menos. Una multitud. Y había apuestas y todo. Le digo que calculo que había esa gente porque yo ni miré para arriba, le juro, no me atrevía a levantar la vista del cagazo que tenía. Le juro. Uno escuchaba bramar

esa tribuna y temblaba.

¡Qué cosa inolvidable! Nosotros, los tres de adelante, tuvimos suerte porque el tipo que nos manejaba se ve que sabía. Yo apenas sentí que me movía, dije: «Hoy vamos a andar bien». Porque también es importante el tipo que a uno le toque para manejarlo. Usted podrá tener condiciones, es más, podrá ser un fenómeno, pero si el que está afuera es un queso, va muerto. Y yo le digo, ahora, con experiencia, yo apenas noto cómo el tipo me mueve ya me doy cuenta si conoce o no. Es una cuestión de experiencia, nada más. No es que uno sea un sabio. Escúcheme, usted ve un tipo cómo se para en la cancha y ya sabe cómo juega al fútbol. No tiene necesidad ni de verlo correr. ¡Por favor! Pero ese día se ve que el tipo conocía. No era ni improvisado ni uno que agarra la manija porque está aburrido y para matar el tiempo se juega un metegol. De esos que usted trata de ayudarlos, de darles una mano pero al final el que queda como un patadura es usted, cuando el culpable es el que tiene la manija. Y usted los escucha gritar: «¡Qué tronco es el siete ese! ¡Qué animal el wing!». Hay que aguantar cada cosa. ¡Por favor! Pero ese día no. Ese día tuve suerte, lo que es importante en un debut. Y más en un River-Boca. Usted sabe bien cómo son estos partidos. Un clásico es un clásico, digan lo que digan ahora yo ya tengo como 30.000 clásicos jugados y así y todo, le digo, todavía cuando escucho el pique de la primera pelota en la mitad de la cancha me pongo nervioso. Parece mentira. Es que son partidos muy parejos. Somos equipos que nos conocemos mucho. Pero aquél día tuvimos suerte, por lo menos los de adelante. De la mitad de la cancha para adelante la rompimos, la hacíamos de trapo. «Tachola», me acuerdo que se llamaba el que tenía la manija. Me acuerdo porque le gritaban permanentemente y además porque durante cuatro años vuelta a vuelta venía al club y jugaba. ¡Cómo sabía ese tipo! Lo arruinó la bebida. Cuando llegaba en pedo yo me daba cuenta porque nos hacía hacer molinetes y cada cagada que ni le cuento. Un día me hizo hacer un molinete y yo cacé un chute que la pelota saltó del metegol y hizo sonar un vaso. Me quería hacer pagar a mí el desgraciado. Pero cuando estaba sobrio era un león. Y ese día la gasté. En la defensa no andábamos tan bien porque el que manejaba a los de atrás era un salame, un paspado. Pero con los de adelante bastaba.

No hay mejor defensa que un buen ataque, mi amigo, eso lo sabe cualquiera. ¡Por favor! Ahora se meten todos abajo. Están locos. Tres pepas hice ese día. Y las otras tres se las serví al nueve, al morochón. Porque es morochón, ahora se le despintó el lope pero es morochón. Y no tenía bigotes. Lo que pasa es que algún mocoso se los pintó con birome para que se pareciera a Luque. Un gol, me acuerdo, un gol, la bola rebotó en el córner y se me vino. Íbamos perdiendo uno a cero, porque ¡jojo! habíamos arrancado perdiendo, y la hinchada bramaba. La puse debajo de la suela y casi la astillo. La empecé a pisar y me la traje despacito para el medio. El nueve se fue para la izquierda y el once también, para abrirme un hueco. Yo la amasé y un par de veces amagué el puntazo, pero el fullback me tapaba el tiro y no veía ángulo para el taponazo. Le cuento que yo no le hago asco a patear y cuando veo luz le sacudo. A mí no me vengan con boludeces. Pero el rubio que me marcaba me tapaba bien. Entonces yo agarro y la engancho de nuevo para afuera, para mi lado, como para meterle un derechazo cruzado, al segundo palo, a la ratonera. ¡Si habré hecho goles así! Y cuando el rubio me sigue para taparme y el arquero cubre el primer palo, de revés nomás, cortita, la toco para el medio. Y el nueve, sin pararla che, le puso semejante quema que abolló la chapa del fondo del arco. ¡Qué golazo! ¡Lo que fue eso! Yo lo había escuchado al Negro, lo había escuchado. Cuando yo me abrí para la derecha vi que la defensa se venía conmigo. Y lo escuché al Negro que me grita: «¡Ah!». Y se la toqué. Lo mató al Negro. Lo mató. La hacemos siempre a ésa. Diga que ya nos conocen. ¡Qué partido fue ése! Y para esta noche tenemos uno lindo. Si es que vienen los muchachos. Porque los escuché decir que iban a las maquinitas. Siempre hablan de las maquinitas. Vaya a saber qué es eso. Acá una vez al club trajeron una. Yo siempre escuchaba unos ruidos raros, unas cosas como «pluic» «plinc», «clun» y unas sacudidas. Unas luces. Pero después no lo sentí más. Dicen que se le jodió algo adentro a la máquina, algún fusible y nunca hay guita para comprarlo. Son máquinas delicadas, de ésas que

hacen los yanquis. Por eso los muchachos siempre vuelven. Porque el fútbol es el fútbol. Ésa es la única verdad. ¡Qué me vienen con esas cosas! Son modas que se ponen de moda y después pasan. El fútbol es el fútbol, viejo. El fútbol. La única verdad.

¡Por favor!

# Lo que se dice jugador al fulbo

Sí, sí, claro, por supuesto, usted me menciona todos esos nombres y, lógico, yo no le voy a decir que no. Porque yo también los he visto, los he visto a todos. Usted me habla de Ramos Delgado, del peruano Meléndez y sí, por supuesto, no le voy a negar que han sido grandes zagueros, grandes jugadores.

Le digo más, yo le voy a nombrar algunos otros de los cuales por ahí no se habla tanto pero eran jugadores de gran calidad. Le nombro sin ir más lejos a un Valentino. No sé si usted se acordará de él. Un dos que jugaba en Argentinos Juniors: Valentino y Ditro. En ese gran equipo con Pando, Carceo... ¿eh?... Un jugador técnico, fino. O si no le nombro a Casares, la Chocha Casares, un morocho que jugaba en Central, que era un jugador de cuello duro, una niña jugando.

Claro... ¿qué pasa?... Que por ahí fueron jugadores que jugaron siempre en equipos chicos y usted sabe bien, no nos vamos a engañar, que la prensa porteña se ocupa siempre nada más que de los grandes, porque no nos vamos a engañar.

Pero... además de los nombres que usted dice, que yo le reconozco que han sido fulbá pero fulbá de calidad, yo le puedo nombrar otros... ¡mi amigo! esos sí que eran jugadores y se lo digo, usted perdone, con el derecho que me dan los años que uno lleva viendo fulbo. ¿Qué edad me dijo usted que tenía? Bueno, ya ve, le llevo como treinta pirulos, y entonces le puedo nombrar a jugadores como el Gallego Pérez, jugadores que le han dado lustre al fulbo nacional. Pero jugadores jugadores lo que se dice jugadores que usted no los iba a ver reventando una pelota o tirándola afuera a la marchanta. Jugadores que usted los veía y daba gusto. No como estos animales que usted ve ahora, ¡hágame el favor! que cobran lo que cobran y no le saben dominar un fulbo, dígame la verdad. Me vienen a hablar de Perfumo, de Passarella... ¡Por favor! Son jugadores fuertes, sí, rápidos, pero que no me los va a comparar con un Pérez, con un Domingo de Guía, no me los va a comparar. Lo que pasa es que ahora aparece cualquier fulbá que pega un par de patadas y ya dicen que es «mariscal del área», «patrón del área»... déjeme de joder.

Ahora sí, eso sí, yo le reconozco que todos estos jugadores que usted me nombraba han sido fenómenos, grandes jugadores dentro de ese puesto, un puesto que es muy jodido porque usted sabe que si falla el dos es gol seguro. Y eso que en general estamos hablando de fulbás que fueron grandes jugadores en una época en que el fulbá se quedaba atrás y se la bancaba solo, nada de tener el seis al lado como ahora que la llevan mucho más aliviada.

Yo le reconozco que todos éstos han sido grandes jugadores, pero si yo le tengo que nombrar un fulbá centro jugador al fulbo pero lo que se dice jugador al fulbo jugador al fulbo, lo que se entiende por jugador al fulbo, yo no lo dudo un momento: Palito Salvatierra.

Ya sé, ya sé, usted no lo habrá sentido nombrar porque, claro, yo le estoy hablando de unos quince años atrás y además de un jugador que nunca vino a jugar a Buenos Aires. Le digo más, nunca jugó en primera, nunca jugó profesionalmente, al menos no profesionalmente como lo que se entiende por eso. Pero, vaya usted todavía hoy a preguntar en algunos barrios de Rosario por Palito Salvatierra. Vaya y pregunte. ¡Y en barrios fulboleros eh! Barrios fulboleros fulboleros, que han dado al fulbo nacional montones de glorias nacionales.

Lo que pasa es que Palito nunca quiso firmar para ningún clú profesional, vaya a saber. Cada uno es dueño. Yo no soy de meterme en la vida privada de nadie. Y eso que yo a Palito lo conocía bastante, no personalmente, no éramos amigos porque no éramos del mismo barrio. Él era de Saladillo y yo siempre viví en Tablada. Pero eso sí, le digo que hacían cola para llevárselo.

De Central lo iban a buscar todos los años. Incluso ya de grande. 22, 23 años, lo seguían yendo a buscar para que firmara. De Ñul también. Y de Central Córdoba, bueno, de Central Córdoba ya lo tenían cansado pidiéndole que jugara para ellos. Claro, lo veían jugar en los noturnos, o en los torneos

de la zona y se volvían locos de pensar que ese jugador no estuviera jugando en Primera. Porque, le aseguro, de los que han estado jugando en primera ninguno, ninguno, le ata los botines a Palito Salvatierra. Una prestancia, una calidá, una elegancia, jugador de cabeza levantada, sereno, era... mire... un arcángel ese hombre en el área, para colmo rubio, alto, delgado. Y jugador técnico en partidos que no son para ser muy técnico que digamos, en partidos chivos, en clásicos de barrio, con las hinchadas de los equipos ahí nomás, al lado de la línea de fuera, muchos chupados, gente de andar calzada con bufosos, con púas. Cancha donde las líneas de la cancha estaban marcadas con zanjas, no con líneas de cal. Y donde él fuera se hacía respetar con policías a caballo que se la pasaban recorriendo todo el contorno de la cancha para que la gente no se metiera adentro.

Había que estar ahí adentro y aguantarse las puteadas. Y bueno, en esos partidos, en esos partidos, cuando ya los ánimos se han puesto espesos y usté ve que los delanteros entraban al área como para reventar al que se le pusiera adelante, venían los centros y Palito saltaba y cuando parecía que la iba a cabecear, la paraba con el pecho. ¡Ahí! ¡Ahí, en medio del área, con mil tipos entrando a la carrera, en el punto del penal! La paraba con el pecho porque no cabeceaba nunca, no le gustaba cabecear, no sé, no le gustaba. La paraba con el pecho, la ponía contra el piso y ahí empezaba, la pasaba para acá, para allá, hacía pasar a un tipo, a otro, en una baldosa ¿eh? en una baldosa, y salía che, salía, el fulbo pegado al botín y sin mirarlo, mirando lejos, medio como si no le importara, pero ya vichando a los delanteros para meter el pase. ¡Parecía que pensaba en otra cosa, mire! ¡Eso era lo que daba más bronca! Y metía el pase, treinta, cuarenta metros. ¿Se acuerda de Sacchi? ¡Una cosa así! ¡Nunca rifó una pelota, pero nunca nunca! Yo he visto morir un viejo al lado mío pidiéndole que la tirara afuera, un partido contra Palermo.

¿Tirarse al suelo? ¿Tirarse al suelo Palito Salvatierra? ¡Ni soñar! Ni soñar. ¡Si casi no corría! Tranqueaba. Parecía que adivinaba adónde iba la pelota, le juro. Salían los pases y ya estaba él ahí. Simple ¿vio? fácil. Corría en puntas de pies, parecía que no tocaba el suelo. ¿Se acuerda de Messiano, el chino Messiano? ¿Ese que jugó en Central que Pelé le rompió la nariz de un cabezazo? Bueno, así como Messiano. Palito corría en puntas de pies. Los muchachos decían que era para no despertar al arquero de su equipo. Porque, usté va a decir que yo le exagero, pero yo he visto dormir arqueros de equipos donde ha jugado Palito Salvatierra, yo los he visto dormir con mis propios ojos. Tipos recostados contra el palo y apoliyando, en esas tardes de calor ¿vio? Apoliyar, apoliyar. ¡Si no llegaba una pelota! No llegaba una pelota.

Y le repito, en los años que yo lo vi jugar, se imagina que adonde sabíamos que había un torneo o un partido donde jugaba él ahí nos íbamos, no lo vi tirarse al suelo. No lo vi, no lo vi. Ni traspiraba. ¿Vio lo que son esas canchas? Pura tierra, cuando llueve es un barro que no se puede creer. No se ensuciaba el desgraciado salía después del partido como había entrado, era increíble.

Mire, esto que le cuento le va a dar una idea de lo que era este jugador, para que vea que no le miento, porque es una anécdota que la conoce todo el mundo. Una vez había terminado una final en Bigand, en ese entonces lo habían llevado a Palito a San Martín de Bigand y mi hermano era tesorero ahí, del clú. Habíamos ganado la final... no sé... creo que contra Independiente de Chabás, y esa noche se hacía un baile para festejar el campeonato. Y al día siguiente me contaban, no sé cómo se habían enterado pero era verdá, porque era verdá, que parece que Palito se había levantado una mina en el baile. Se imagina, un tipo como él, un crá, y además pintón, muy pintón, alto, rubio, hacía un desastre entre las mujeres, las minas lo tenían loco. Y parece que cuando se va a encamar, esa noche, se saca la camiseta y abajo tenía la camiseta del equipo. ¡A la noche, todavía con la camiseta del equipo, la número dó! ¡De no creer! Pero le digo que era un tipo que ni traspiraba jugando, no se ensuciaba, era un duque.

Claro, usté dirá: «Vaya a saber contra quién jugaba ese Salvatierra», no vaya a creer. No vaya a creer. No hay que engañarse. En esas zonas, en esas ligas, en esos torneos hay cada nene que se la

cuento, jugadores extraordinarios, cada número nueve que ya lo querrían tener más de uno de los equipos de primera. Había un nueve que tenía la Academia, el Toro Medina, que era un fenómeno. Un tanque. Se lo quería llevar Huracán, lo fueron a buscar a Rosario y todo, pero al negro le gustaba el escabio. Estuvo unos meses en Huracán y después se volvió. ¿Sabe qué jugador era ése? Cuando tenía que jugar contra Palito se venía loco. No podía creer que este otro sin correr, sin pegarle una patada, le sacaba todas las pelotas. Loco se venía. No lo podía creer.

Y hace poco lo vi de nuevo a Palito. Íbamos por calle San Martín me acuerdo en el auto de mi sobrino, el Chelo. Porque él tiene un tasi y a veces yo lo acompaño, para charlar un rato, hacerle compañía. Y me acuerdo que íbamos por San Martín y, ya de lejos lo veo al Palito. Lo reconocí enseguida, se imagina verlo caminar nomás me di cuenta que era él, estaba un poco más gordo, no mucho pero un poco más gordo pero nomás de espalda me di cuenta que era él. Hacía años que no lo veía. Y le digo al Chelo que aminore un poco la marcha y bajo el vidrio de la ventanilla y cuando paso al lado le grito: «¡Hijo de puta!» Hijo de puta que el gol en contra que se hizo en un partido contra Cabildo no tiene nombre.

# ¡Qué lástima, Cattamarancio!

—Va a venir el centro desde la punta derecha, es un infierno el área 18, arde el cuadro de rigor, Magrín entre los tres palos, empujándose Sabioli con García Mainetti. ¡Cuidado muchachos, cuidado muchachos! Si los ve el árbitro se van los dos para los vestuarios. Entraña serio peligro este tiro libre, sube Tomé, sube Romano, ahí también va Julio Esteban Agudelo en procura del centro, no respeta la distancia Omar Grafigna. ¡Qué cosa con Grafigna, siempre lo mismo! ¡Vamos Grafigna, un poco más atrás! Va a lanzar desde el flanco derecho Juan Carlos Marconi, el áspero marcador de punta de River Plate, se demora la maniobra. ¡Cabrini!

—¡Almaceri termina con el ruido de su motor! ¡Almaceri 348, el anticorrosivo líquido amigo del motor de su coche! ¡No lo olvide! Búsquelo en...

—¡Un momento, Cabrini! Vino el centro, saltó un hombre, un cabezazo, rebota el esférico, sale del área, surge Peñalba, otro golpe de cabeza, va al suelo Tomé, nuevamente Peñalba llega, cruza, pelea. ¡Un león, Peñalba! Salta Romano, cuidado, ahí está, le va a pegar... ¡Qué lástima, Cattamarancio!... Llegó, apuntó, midió, le metió un derechazo tremendo y la mandó apenas rozando una de las torres de iluminación, para ser más preciso la que da a espaldas de la Figueroa Alcorta.

—Se lo perdió Cattamarancio. Llegó muy bien a esa pelota alejada por Peñalba, le pegó de zurda y la tiró a las nubes. Lo habíamos dicho.

—Estaba el gol ahí.

—Estaba el gol.

—¡Qué bien, Peñalba! ¿No, Rodríguez Arias?

—Usted lo ha dicho, Ortiz Acosta. Excelente el uruguayo, un jugadorazo.

—¡Qué estampa, qué figura, qué manera de pararse en la cancha! ¿Sabe a quién me hace acordar, Rodríguez Arias? A aquél que fuera extraordinario fulback de Racing y nuestra selección... ahora su nombre no viene a mi memoria... ¿Cómo es que se llamaba? Que hacía pareja con Alejo Marcial Benítez, el «Sapo» Benítez, la misma forma de pararse, hasta el mismo peinado tiene, vea...

—¿Saúl Mariatti, dice usted?

—No, no, Cabrini. ¿Cómo era este muchacho? Que tantas veces luciera la blanquiceleste, averígueme Cabrini; le digo más, atajaba Delfín Adalberto Landi para la institución de Avellaneda en esa época...

—Le averiguo, Ortiz Acosta.

—Y actíveme la comunicación con Petrogrado, Cabrini. En pocos minutos tendremos contacto con la ciudad soviética de Petrogrado, allá en la fría tundra del gran país socialista. En pocos minutos, señores. Se nubló sobre el Monumental de Núñez, qué feo se ha puesto el día, cayeron las sombras sobre el estadio de River, pero el público no deja por eso de vivir intensamente esta fiesta del deporte porque el fútbol es la pasión argentina dominguera que nos aleja al menos por un día de los problemas cotidianos, porque no sólo ya el hombre de la casa disfruta de este espectáculo sino que también las mujeres y los niños, la familia argentina plena goza de esta fiesta hebdomadaria y porque, ¡se animó el partido, Rodríguez Arias!

—Usted lo ha dicho, Ortiz Acosta. Se fue River arriba empujado por el temperamento, la fuerza y la petulancia de Sebastián Artemio Tomé.

—Con la pelota Ignacio Surbián, avanza el rubio mediovolante de la visita, cruza la línea demarcatoria de medio campo, pelotazo para el puntero derecho, no va a llegar, no va a llegar, no va a llegar y no llegó. No llegó Falduchi a esa pelota. Jugó un tiempo en Racing y luego pasó a Atlanta, si mal no recuerdo. El zaguero de la Academia cuyo nombre trato de recordar, luego de Racing pasó a militar en el conjunto bohemio, estoy casi seguro. Esa pelota se fue a la tribuna. Averígueme Cabrini.

Otra vez River en el ataque, ahí va Giménez, lo busca a López, pared para Giménez, se metió, se metió... ¡Qué fuerte salió Bermúdez! Va muy fuerte el misionero, algún día va a lastimar a alguien. Trabó abajo, le sacudió el tobillo al chico de la bandera roja, muy fuerte, muy fuerte el cuevero de San Lorenzo. Es para tarjeta.

—No tiene necesidad Bermúdez, es un buen jugador. Lo habíamos dicho.

—Yo no sé qué le pasa a ese chico. Se enloquece en el campo de juego. Y es un muy buen muchacho fuera de la cancha. De buena familia, buenos padres, hogar bien constituido, madre comprensiva. Pero no sé, adentro se transforma... ¡Cabrini!

—¡A correr, a saltar, a «Monigote» no le van a ganar! Ropa para niños «Monigote», la línea que lo aguanta todo. Otro producto diez puntos de la afamada marca.

—¡Un momento, Cabrini, que se va a ejecutar el tiro libre y hay sumo riesgo para la valla defendida por Guillermo Rubén Magrín, el muchacho de Tres Arroyos! Se forma la barrera con dos, tres, seis hombres, imponente esa barrera, una verdadera muralla, el balón descansa aparentemente tranquilo a unos... 23 metros del arco en línea casi recta al entrecejo del golquiper azulgrana.

—Lindo tiro para García Mainetti.

—Para García Mainetti o Giménez. Los dos le pegan bien. Por favor Cabrini, averígueme. Este zaguero de Racing que le digo, también formó pareja con Anastasio Rico, un tres que pasó por Boca y que luego brillara tantos años en el fútbol colombiano.

—¿Pablo Eleuterio Mercante?

—No, Mercante no, no. ¿Cómo se llamaba este muchacho? ¿Ya está la comunicación con Petrogrado? ¿Ya la tenemos?

—Todavía no, Ortiz Acosta.

—Va a tirar García Mainetti, hay peligro, hay peligro, aroma de gol en el estadio, atención, atención... ¿Cómo se llamaba este muchacho que jugaba con Alejo Benítez? Me parece estar viéndolo, alto, rubio, venía de Excursionistas. ¿No tenemos la comunicación con Petrogrado? Todavía no la tenemos, están haciendo esfuerzos los muchachos de la estación terrena de Balcarce, gracias muchachos, no es responsabilidad de ellos, hay peligro en este disparo, es problema de la estación receptora de Quito, Ecuador o tal vez del radioenlace de Ciudad del Cabo... ¿Ya lo tenemos, Cabrini?

—Un momento, Ortiz Acosta, nos informan desde...

—¡La pelota pegó en el palo, rebota, se salvó San Lorenzo, un bombazo, entra López, remata, pega en un hombre, cuidado, puede ser...! ¡Qué lástima, Cattamarancio! Llegó a la carrera ante ese rebote corto, le pegó de volea como venía y estremeció el Autotrol de un pelotazo...

—Entró bien Cattamarancio, con el olfato clásico de los goleadores, se apuró a darle, le pegó con un fierro y abolló el cartel indicador.

—Lesionado Peñalba, Ortiz Acosta.

—Lesionado Peñalba, lesionado Peñalba. Quedó en el suelo Peñalba, atención esto puede ser importante, hombre fundamental en el esquema de San Lorenzo, está en el suelo, se toma la pierna...

—Pierna derecha...

—Pierna derecha, puede ser aductor, o gemelo, vamos a ver, averígueme Cabrini, juego detenido, esperemos que no sea nada, corren los auxiliares. Este muchacho que hacía pareja con Alejo Benítez, luego de revistar en Atlanta, pasó al Cúcuta de Colombia cuando era técnico Isidro Mendoza, el «Colorado» Mendoza. ¿Usted no lo recuerda, Rodríguez Arias?

—¿El Pardo Sabina?

—No. No. Éste era rubio, alto, buen físico. ¿Cómo se llamaba este muchacho? Parece mentira, pequeñas trampas que nos hace la memoria, sigue el juego, ataca San Lorenzo, ataca San Lorenzo, se viene Grafigna, creo que el apellido empezaba con «hache», un apellido polaco o algo así, se tiró a la punta, busca el desborde Manuel Carrizo, muy veloz, la tiró para adelante y a correr, si la alcanza hay

peligro, cuidado, cuidado... ¿Tenemos la comunicación con Petrogrado, ya la tenemos? ¡Tenemos la comunicación con Petrogrado, adelante don Urbano Javier Ochoa, desde Petrogrado, adelante don Urbano Javier Ochoa!

—...

—¿Qué pasa?... Algo pasa... No se oye... ¿Se cortó?

—¿Ortiz Acosta?... Sí... ¿Ortiz Acosta?

—¡Don Urbano Javier Ochoa, Ortiz Acosta le habla desde el estadio de River, están jugando River y San Lorenzo, 15 minutos del segundo período y empatan sin goles, señor Ochoa!

—Muy bien... yo estoy muy bien, pero...

—El pueblo argentino quiere saber, señor Ochoa, quiere que nos cuente, cómo ha sido hasta el momento ese raid que usted está llevando a cabo a lomo de dos caballos argentinos, dos caballitos argentinos como fueran ya hace muchos años Gato y Mancha, frescos aún en la memoria y el orgullo de todos nosotros. Y que nos cuente además, señor Ochoa, cómo ha sido ese viaje que tras cruzar el Estrecho de Bering lo ha llevado a la tundra soviética, señor Ochoa...

—Bueno, Ortiz Acosta, yo estoy...

—Los argentinos, quiero adelantarle, señor Ochoa, y perdone que lo interrumpa, estamos muy pero muy orgullosos y asombrados de que en esta época de los vuelos interespaciales y las comunicaciones maravillosas que nos unen con todos los confines más remotos del planeta, un hombre, un gaucho nuestro, se lance a la aventura de unir San Antonio de Areco con Stalingrado...

—Bueno, señor Ortiz Acosta, yo...

—Un momento, amigo Ochoa, un momento, acá lo dejo con Peñalba, recio pero leal cuevero de San Lorenzo de Almagro, quien en estos momentos se encuentra lesionado al costado del campo de juego y a quien ya, ya, nuestro colaborador, Miguel Horacio Cabrini, le coloca los auriculares y lo deja conversando con usted. Explíqueme a él las características de esos dos maravillosos caballos argentinos que lo están llevando a usted por todos los rincones del mundo proclamando a los hombres de buena voluntad el firme e indolegable temple de los jinetes de nuestra tierra.

—Cómo no, señor Ortiz Acosta, pero yo...

—¿Cómo le va, señor Ochoa?

—Bien, bien, yo querría...

—Bueno, acá el partido se ha puesto un poco duro, yo recibí un golpe en la canilla, creo que fue al trabar con el ocho de ellos, no hubo mala intención, son cosas que suceden en el ardor del juego...

—Sí, por supuesto, amigo... ehh...

—Peñalba, Eber Virgilio Peñalba.

—Sí, amigo Peñalba, yo no tengo el gusto de haberlo visto jugar a usted porque cuando yo salí de San Antonio de Areco, hace ya de esto unos...

—¡Ochoa! ¡Don Urbano! Ortiz Acosta le habla... ¿Está muy frío allá?

—¿Acá? Bueno, señor Ortiz Acosta, el problema en estos momentos no es tanto el frío, usted sabe que...

—Porque yo recuerdo que cuando fuimos con la selección argentina, hace unos años, hacía realmente mucho pero mucho frío...

—Bueno, sí, es cierto, señor Ortiz Acosta, pero...

—Lo dejo de nuevo con Peñalba, señor Ochoa, explíqueme a él, por favor, el efecto que ha causado ese clima tan duro, tan difícil de sobrellevar, en los dos caballitos argentinos que le están posibilitando a usted ingresar por la puerta grande de la historia de la hípica nacional.

—¿Cómo le va, señor Ochoa?

—Bien, amigo Peñalba, como le decía al amigo...

—No. No habla Peñalba, yo soy Escudero, el masajista de San Lorenzo. Peñalba ha vuelto a jugar

y me pasó los auriculares...

—Mucho gusto, señor Escudero, yo...

—¡Don Urbano, don Urbano! Ortiz Acosta lo interrumpe, dígame, usted con esa proverbial memoria del criollo de nuestra tierra que lo hace recordar hasta los más mínimos detalles ya sean históricos o geográficos, y ahí está el ejemplo siempre presente de los baqueanos, yo le quería preguntar, don Urbano, si usted no recuerda el nombre de aquel zaguero que hiciera pareja con Alejo Marcial Benítez en Racing, que luego fuera transferido a Atlanta, allá por el año...

—Bueno, amigo Ortiz Acosta, para serle sincero yo...

—Tal vez estoy abusando de su sapiencia, don Urbano...

—No, lo que pasa es que yo quería contarle algo que...

—A ver... ¡Un momentito, don Urbano, un momentito! Creo que ya tenemos comunicación con Tonopah, en el estado de Nevada, Estados Unidos de Norteamérica. Creo que ya la tenemos. Un momentito... ¡Sí, sí, adelante señor Santiago Collar desde Tonopah, Estados Unidos de Norteamérica, adelante!

—Buenas tardes, Ortiz Acosta.

—¡Buenas tardes, buenas tardes, amigo Collar, aunque para ustedes, calculo debe ser ya de noche en el gran país del Norte! ¡Señor Collar, lo voy a poner en contacto con un gaucho argentino, un criollo de ley, que en estos momentos está cumpliendo un raid, una verdadera hazaña a lomo de dos caballos argentinos y que habla con usted desde la ciudad de Petrogrado en Rusia!

—Cómo no, señor Ortiz Acosta, será un placer para mí y además...

—Atención en Petrogrado, don Urbano Javier Ochoa, lo dejo conversando con el señor Santiago Collar, un relevante ingeniero argentino que se encuentra trabajando en los yacimientos carboníferos de Tonopah, Nevada, 150 metros bajo tierra. El ingeniero Collar es presidente de la «Peña Argentina Amigos de Radio Laboral» agrupación formada totalmente por mineros compatriotas nuestros que están trabajando allá en esas formidables vetas carboníferas y que se reúnen religiosamente, don Urbano, para escuchar los encuentros de fútbol que Radio Laboral les hace llegar hasta las oscuras profundidades del socavón. ¡Adelante, adelante ustedes, señor Santiago Collar, desde Tonopah!

—¿Cómo le va, señor Ochoa? Es para mí una gran emoción...

—Perdón. Escudero lo escucha, señor Collar, el masajista de San Lorenzo.

—Mucho gusto, señor Escudero, bueno, sería interesante si yo pudiera hablar con el señor Ochoa, allá en Rusia...

—¡Adelante, señor Ochoa desde Petrogrado, adelante!

—Bueno, amigo Ortiz Acosta, lo que yo quería comentarle desde acá, desde Petrogrado, es que está sucediendo algo extraño. La gente acá está muy asustada, ha habido varias explosiones atómicas, han caído misiles sobre muchas ciudades rusas, se habla de un ataque nuclear norteamericano, y a decir verdad, señor Ortiz Acosta, yo también estoy bastante asustado, mis animales están nerviosos, no se sabe bien qué pasa...

—¡Qué pena, don Urbano, qué pena, qué pena que nos da todo esto que usted nos cuenta, realmente nos aflige como argentinos, esa situación que usted está viviendo ante la intemperancia que reina en algunas regiones del mundo por las cuales usted está transitando como verdadero símbolo de paz, don Urbano! ¡Qué pena que ocurran estas cosas, gente que no sabe disfrutar un domingo en paz, tranquilamente!

—Sí, amigo Ortiz Acosta, se dice que el aire está contaminado...

—¡Un momentito, un momentito, don Urbano, que acá avanza River, puede haber peligro, se van en contraataque el conjunto de la banda roja, entró al área Menegussi, midió, tiró, la pelota cruza frente a los palos, llega el once, cuidado...! ¡Qué lástima, Cattamarancio! Solo frente a los palos la quiso reventar y en lugar de tocarla la fusiló sobre la bandeja alta...

—Es de no creer, Ortiz Acosta. Con todo el arco a su disposición, el wing izquierdo millonario la tiró a cualquier parte. Lo habíamos dicho.

—¡No quiera creer usted el gol que perdió Cattamarancio, amigo Collar, allá en Estados Unidos! ¡Adelante usted!

—Gracias Ortiz Acosta, yo quería aprovechar la posibilidad que tan gentilmente nos brinda su emisora, porque aquí a mi lado se encuentra ni más ni menos que el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. Acá está sucediendo algo terrible, señor Ortiz Acosta, ha habido un ataque nuclear soviético, muchas de las grandes ciudades están destruidas, el presidente de los Estados Unidos, junto a algunos otros hombres de gobierno, se ha refugiado acá, junto a nosotros, bajo tierra, y me piden, dado que todos los otros medios de comunicación parecen estar inutilizados, si aprovechando la presencia de don Urbano en Rusia, no se podría hablar con Moscú y resolver esto, que parece haber sido un gran error.

—Por supuesto, no habrá problemas, señor Collar. Dígale al presidente que espere un momentito, enseguida estamos con él... ¡Cabrini!

—¡Un resplandor de frescura en la garganta! ¡«Marcador», el masticable que se anotó un golazo en el gusto del hincha argentino! ¡«Marcador» quita la sed, quita las ganas de fumar, baja la presión arterial!

—Enseguida estamos con el ingeniero Collar y el presidente de los Estados Unidos, apenas venga este tiro de esquina, una de las últimas posibilidades de empatar para la divisa azulgrana. ¡Qué pena, qué pena esto que nos cuentan tanto el ingeniero Collar como don Urbano Javier Ochoa desde el exterior! ¡Cómo hubiésemos querido no tener que escuchar estas cosas, estas muestras de intemperancia! Tal vez así sepamos apreciar un poco más, señores, lo que estamos viviendo acá, en cancha de River, una verdadera fiesta popular en un marco de corrección y tranquilidad que no siempre sabemos valorar en la medida que se merece...

—¡Señor Ortiz Acosta, señor Ortiz Acosta! Collar lo llama, por favor, Ortiz Acosta...

—Un momentito, amigo Collar, un momentito, viene el córner, ya lo vamos a conectar con Rusia, veremos la posibilidad de contactar a ambos presidentes, sería muy interesante una charla entre los presidentes de ambas instituciones, no sabemos si habrá tiempo porque acá sigue el partido a ritmo vertiginoso y la acendrada rivalidad de este clásico de todos los tiempos es un tema excluyente de cualquier otro, máxime cuando se trata de hechos tan desagradables como los que nos han contado, va a venir el córner, atención, en todo caso grabamos la emisión desde los EE.UU. y la pasamos mañana en nuestra polémica de los lunes, entra Marcilla...

—¡Ortiz Acosta, Ortiz Acosta!

—Sube también Julio Jorge Tolesco, hay un micrófono de campo abierto, es la última oportunidad quizás para San Lorenzo, vamos muchachos, se está poniendo muy fea la tarde, el cielo se ha puesto de un extraño color verde, es raro esto señores, el cielo de un color verde, un verde que nos hace acordar que tenemos un llamado desde cancha de Ferro, atención Ferro, cuando venga el córner estamos con ustedes, viene el córner, entra Tolesco, salta Cattamarancio...

# Los últimos «salileros»

Nos persiguieron, señor, nos persiguieron. Mismamente que animales, no que cristianos. Nos echaron de todas partes, señor, nos quitaron todo. Usted nos ve ahora así, débiles y desparramados, señor, pero los salileros supimos ser fuertes.

Claro, no estábamos aquí, estábamos en otra parte, lejos de aquí. Y era un gusto vernos en los domingos de fiesta, señor, cuando había partido. ¡Así de gente los carros y los camiones llenos de salileros hacia la cancha! Con estos colores, señor, los que usted ve en la vincha. Y la cancha, señor. No sé si había alguna mejor en todo el país, vea lo que le digo, no sé si había alguna mejor. Y venían Boca y River y también San Lorenzo y se iban humillados, señor. Los grandes decían que eran, señor, los grandes, pero de ahí se iban con la cola entre las piernas. Y era una fiesta eso, señor.

Ahora nadie se acuerda de los salileros, nadie se acuerda de cuando éramos fuertes y llenábamos de banderas y trapos las canchas. Nadie se acuerda, señor. Ni saben por qué nos llamamos «salileros», señor, ni eso recuerdan las gentes. Venían River o Boca o San Lorenzo con esos equipos bárbaros y cuando se venían al ataque todos nosotros gritábamos «¡salile! ¡salile!» a los nuestros, para que les hicieran cara, señor. Por eso nos decían los «salileros».

Ellos se venían con esas estrellas famosas que salían en las figuritas y en las tapas de «El Gráfico», señor, una vez por año venían, y ahí, en nuestra cancha se hacían pequeñitos, así quedaban los pobrecitos cuando nos veían a nosotros en las tribunas repletas, que cuando me acuerdo me vienen lágrimas a los ojos, señor.

Y siempre la justicia en contra. Siempre la justicia en contra. Como no podían con nosotros los porteños, nos ponían los jueces en contra. Nosotros éramos buenos, señor, buenazos. Gritábamos nomás, a grito pelado, para alentar a los nuestros. Alguna piedra de vez en cuando, también, cuando ya veíamos que la injusticia era muy grande o los contrarios muy superiores. Ésa es la verdad, señor. A nadie le gusta verse humillado en su propio campo. Pero nada más que eso. Y empezaron a perseguirnos, señor. Siempre los jueces en contra, nos penalizaban, señor. Nos echaban jugadores por pavadas, señor. Y los linieres, señor, cierro los ojos y veo todavía esas banderas amarillas o solferinas levantadas, señor, porque alguno de los nuestros había invadido terreno prohibido. ¡Terreno prohibido, señor, si la cancha era nuestra! La habíamos ido levantando nosotros mismos, con esfuerzo, señor. Con sacrificio. Era nuestro orgullo. Siempre los porteños persiguiéndonos. Es cierto que degollamos a Cándelo, señor. ¡Pero ellos habían quebrado a Solibarrieta! Cándelo, el juez Cándelo. Permítame que escupa, señor. Y al domingo siguiente tuvimos que ir a jugar a otra cancha porque nos habían suspendido la nuestra. Por ahí cerca, pero en otra cancha. Y también hubo lío porque los salileros ya estábamos enojados, señor, muy enojados. Nosotros somos buenos, pero la injusticia era mucha. Los porteños nos perseguían, señor, como a animales. Nos provocaban para que nosotros más nos enojáramos, señor, y más nos castigaran. Al Junín tuvimos que ir a jugar después señor. Daba pena, le juro, ver esa caravana de hombres, ancianos, mujeres y niños, en carros y camiones, yendo hacia el Junín para seguir los colores de nuestro equipo señor, los mismos que usted ve en esa vincha, señor. Con un frío terrible y la lluvia. Con los abuelos, con enfermos, con los perros. Le pegamos a un linier en Junín, señor, un infame, y de ahí también nos echaron, también de ahí. ¿Adónde íbamos a ir a jugar, señor, adónde íbamos a ir?

Cada vez éramos menos, castigados por la policía, por las cárceles, los salileros cada vez éramos menos. Los más viejos se fueron quedando en el camino, por esos caminos, cansados de seguir la divisa. Y perdimos la divisional, señor, la perdimos, nos fuimos a la «B», que no es deshonra, señor, pero no es lo mismo. Los tiempos de gloria se habían alejado de nosotros señor, nos habían dejado de lado.

Y siempre la justicia en contra señor. Siempre en contra. Nos castigaban por cualquier cosa, por pavadas señor, por tonterías. De la «B» también bajamos, señor.

Ya ni cancha teníamos para jugar, nada era nuestro. Algunos de los muchachos jugaban descalzos, señor, tan pobres éramos. Y casi nadie para alentar, sólo un grupito, chico. Las otras hinchadas se aprovechaban, señor, y nos pegaban, nos corrían, nos humillaban. A nosotros a los salileros, que habíamos sido fuertes y poderosos y que cuando gritábamos todos juntos no dejábamos que se escuchara ningún otro canto, señor. No nos perdonaban el haber sido fuertes, señor. A la «C» nos fuimos señor, pero ya no teníamos más ganas de pelear, ni jugadores, ni cancha, y éramos un puñadito los que alentaban, señor. Cada vez más lejos de nuestras tierras, cada vez menos parecidos a nosotros mismos. Si hasta el color de las camisetas se había borrado con el tiempo, señor, con las lavadas, con el tierral de los potreros inmundos donde teníamos que ir a jugar, señor, nosotros, que habíamos sabido del césped verde y el olor del césped verde recién cortado, señor.

Y aquí estamos, señor, para que cada tanto venga alguien como usted para investigarnos como a animales raros. Los últimos que quedamos, señor. Los últimos salileros. Los porteños nos persiguieron mucho, señor. Muy mucho nos persiguieron. Si hasta los domingos nos quitaron, señor. Hasta los domingos.

# El «Pichón de Cristo»

Te cuento, Macho, que la cagada la hicimos nosotros. Nos largamos a hablar, ¿viste? a farolear. Nos agrandamos, ¿viste? Y... ¿quierés que te diga?, al pedo, al reverendo pedo. Porque, después de todo, nosotros no le habíamos ganado nunca, empatamos los dos partidos y fueron partidos parejos, ¿viste? que estaban para cualquiera. Pero, yo no sé, hubo gente que empezó a decir que nosotros éramos mejores, que ellos iban primeros de ojete, que nosotros la hacíamos de trapo. Y nosotros nos entusiasamos, agarramos el bochín y, ¿sabes qué? el agrande, viejo, el agrande. Entonces ellos se engranaron e hicieron la justa, porque la verdad que estuvieron bien, un día llaman por teléfono al club, hablan con el Tordo y le dicen que querían jugar con nosotros, ya fuera del campeonato, que querían jugar con nosotros. Que al domingo siguiente que terminara el campeonato hiciéramos un partido en cancha nuestra, en cancha de ellos, en cancha neutral, donde se nos cantaran las pelotas, mirá vos, nos relajaron.

Me acuerdo que el Tordo vino todo cagado adonde estábamos entrenando, a decirnos.

Y... ¿qué íbamos a hacer? Teníamos que agarrar viaje, no nos íbamos a ir al mazo después de todo el quilombo que habíamos armado, te imaginás. Pero la verdad que nos pegamos un sorete bárbaro, porque decíamos: «Estos, ¿sabes qué? nos deben querer pasar por arriba». ¿Sabés el hambre con que nos debían estar esperando? Además, ellos estaban agrandados porque salían campeones, la gente los seguía por todos lados, nos querían romper bien roto el orto.

Así que te imaginás cuando viene Lopecito, el preparador físico, a decirnos que el Pacú se había lesionado, nos queríamos morir. El Pacú será medio loco pero es un arquero, es el mejor arquero de la liga, de eso no te quepa ninguna duda, y se nos viene a lesionar un día antes del partido con estos hijos de puta. Porque cuando nos avisaron lo del Pacú ya habíamos aceptado el desafío, porque eso ya era un desafío, ¿viste? un desafío de esos de los pibes y al día siguiente teníamos que viajar a Bombal porque, de última, se había decidido hacer el partido en cancha neutral. ¡Que lo parió! Te imaginás el quilombo. A un día del partido y sin arquero. Porque al boludón de Medina no lo contábamos; primero, que es un bagre de no creer; después, que ni siquiera había ido a entrenar las últimas semanas y además no sé quién lo había visto con un pedo tísico, por ahí, por Chovet, de pura joda. No le íbamos a ir a hablar del partido porque no nos iba ni a entender el desgraciado.

¡La mierda! Bueno... ¿qué hacemos? Incluso pensamos en llamar a estos tipos y decirles que postergáramos el partido, que esperaríamos hasta que el Pacú se mejorase la gamba, se había jodido la gamba, un tirón. Pero... ¿sabes qué?, lo primero que iban a pensar era que nos habíamos recagado en las patas. Que arrugábamos. Que eran todos versos para no jugar. En eso cae Manolito, cuando estábamos discutiendo el fato y dice que por qué no lo llevábamos al «Pichón de Cristo». El «Pichón de Cristo» es un flaco que había jugado una vez en contra nuestro un amistoso, creo que en Máximo Paz. Un flaco, viste, esquelético, las piernitas, mirá, como las patas de esta mesa, te parecía mentira que pudiera atajar.

Yo, personalmente, ni me acordaba cómo atajaba. Me acordaba de la pinta porque, la verdad, era un pichón de Cristo, no le decían al pedo así. Mirá, sería más o menos como el Luis, ¿viste? no sé si no era más flaco. Pero más alto, y más ancho de arriba, bien de arriba, para colmo con el pelo largón y barbita, gate de risa, el «Pichón de Cristo».

Te digo que, cuando el Manolito vino con ésa, la mayoría de los muchachos estaba tan en bola como yo. Uno dijo que ese día había atajado un vagón, pero me parece que lo dijo por decir, pero lo cierto era que la gente de los otros pueblos, esos tipos que vienen y te cuentan lo de la liga en otros pueblos, decían que el flaco se pasaba. Y eso que ni siquiera había firmado para «San Martín» de Chovet. Sabíamos que estaba ahí, pero no sabíamos si había firmado o no.

Como ya era el día del partido y veíamos que se nos hacía la noche, el Pato y el hijo del Pato cazaron la picá y se mandaron para Chovet a traerlo al ñato. Medio que había ¿cómo decirte? un acuerdo con los de «Independiente» de Bigand, de presentar los mismos equipos que habían estado jugando el campeonato. Digamos, no se había hablado de eso pero se daba por sentado que vos no ibas a caerte a jugar ese partido con cuatro o cinco monos de primera, ¿viste?, cuando los muchachos cazan las licencias del verano y se van al campo a hacer algo de mosca. Vos sabés que lo llamo al «Sopita» Martínez, le digo de ir a jugar y el «Sopita» viene como por un tubo. O el «Conejo». Pero... pero... la joda era jugar con los mismos equipos que se había jugado en la liga. Ahora, en el caso del «Pichón de Cristo», qué sé yo, podíamos decirles que lo teníamos a prueba para el próximo año, que ya había firmado, no sé. Además, ellos, con tal de no verlo al Pacú atajando para nosotros, cualquier cosa, mirá, que lo lleváramos a Fillol, a cualquiera, iban a aceptar cualquier cosa.

Mirá, no te la voy a hacer muy larga. Fuimos a jugar y era un quilombo de gente. Mirabas detrás del alambrado y te daba miedo. Y ellos estaban con todo, ¿eh? Se habían aguantado una semana sin chupar, entrenando como siempre, sin salir de joda después de haber ganado el campeonato para agarrarnos a nosotros y rompernos el culo.

Y bueno, te la hago corta. ¿Sabés quién nos salvó de que nos cagaran, pero que nos cagaran a goles? El «Pichón de Cristo». ¡Dios mío lo que sacó ese animal! ¡Hijo de puta! Ellos no lo podían creer y nosotros, ¿sabés qué? menos. Si vos le veías la pinta al flaco en el arco y pensabas: «acá le pegan un pelotazo en el pecho y lo destrozan al flaco».

Mirá, le sacó al «Tachuela» un cabezazo de pique al suelo que todavía no lo puedo creer. Un balazo, ¿eh? En un córner apareció el «Tachuela», ¡qué bien cabecea ese hijo de puta!, entre mil, entre mil que habían saltado y se la pone de pique, abajo. Éste se tira y la saca. Dos mano a mano con el wing, el negrito, ese que le dicen «Pacha». Un voleo... ¡Uy Dios, lo que fue ese voleo, me había olvidado! Un voleo que agarró el «Gallego» en el punto del penal, seco, abajo, que éste, yo no sé cómo hizo, se tiró y la rechazó con esto, con el antebrazo, yo no sé cómo no se lo quebró, y rebotó como hasta media cancha. Y después, qué se yo, mil, mil porque nosotros no parábamos ni el colectivo, nos pasaban por al lado, nos pegaron un zaino que ni te cuento. Y no fue un ratito.

¿Viste que hay partidos en que por ahí te agarran mal parado y los primeros diez, quince minutos, te cagan a pelotazos?... Acá no. No. Fue así todo el partido, querido, nos dieron un zaino que no te lo quieras creer. Y nada de toquecito o de ole. No. ¿Qué toquecito? Los negros se venían a sacarnos los ojos, metían centros y entraban quince, qué sé yo, mil. Los hijos de puta la tenían adentro y nos querían basurear, nos querían pasar por arriba. Decí que estaba el flaco. Increíble. En el último minuto le tapó un bombazo al cinco que yo me di vuelta para no mirar porque dije: «Aquí lo mata». ¡Y en tiempo de descuento, otra, esa fue la máxima! Ya el área nuestra era un quilombo, estábamos todos ahí adentro. Se arma una de rebotes después de un córner y el ocho de ellos, el «Pantufla», desde el borde del área, le da fuerte al palo derecho del «Pichón de Cristo». El flaco se tira... ¡y no va Huguito y se la toca en el aire! Le pega ¿viste? le pega la cadera al Huguito que había cerrado y le cambia el palo al «Pichón». Yo la vi adentro, ¿viste? La vi adentro. Porque el flaco ya se había tirado, estaba en el aire cuando Hugo le cambia el palo. Yo no sé, no sé cómo hizo. Giró en el aire... ¿viste como los nadadores cuando llegan al final de la pileta y giran para volver para el otro lado? Éste hizo algo así, en el aire, le pegó un manotazo apenas con la punta de los dedos y la dejó ahí, picando a diez centímetros de la línea. Llegué yo y, ¿sabes qué? le puse tamaña quema que creo que la perdí. La saqué del pueblo. No la quería ver más a esa hija de puta. Y terminó el partido. Los de «Independiente» no lo podían creer. No lo podían creer. Se agarraban el bocho. Se la comieron doblada los hijos de puta, con un nudo en la tapún.

Y bueno, te cuento. En el vestuario, te imaginás, los abrazos con el flaco, con el arquero. Una barbaridad, una barbaridad. Y el flaco, calladito, ¿viste? no decía nada, o se sonreía, tenía tierra hasta

en el ojete, pobre flaco, si se la había pasado revolcándose. Los muchachos se bañaron y yo me retrasé un poco. Medio porque antes de bañarme estuve como media hora tirado arriba de un banco de la palmera que tenía. Además, me habían pegado un puntín acá, detrás del muslo, que cuando se me enfrió el músculo me dolía como la puta madre.

Después me bañé y me empecé a cambiar. Fue en eso que lo veo al flaco que salía de la ducha. Y fue raro... porque venía con la toalla atada a la cintura, en ojotas, y en eso pasó por debajo de una ventanita donde entraba sol y el sol le dio en la cabeza, ¿viste? y se le formó como una aureola, ¿sabés de qué?, pienso... de ese vapor que te sale del cuerpo cuando terminás de bañarte. Lo estaba mirando cuando veo que tenía las palmas de las manos lastimadas, las dos. «¿Qué te pasó?» le pregunto. «¿Dónde?» me dice. «En las manos». «Ah, me pisó el nueve», me dice. Me pareció raro, ¿viste? porque me acordaba que el flaco había atajado con guantes. Después también le viché un raspón bastante fulero por acá, en las costillas. Pero parecía un raspón viejo, de algún otro partido. Después el flaco se cambió rápido, como si estuviese apurado, pero me dio la impresión de que no quería que yo le hiciera más preguntas. Y... ¿sabés lo que se me ocurrió pensar? Eso es lo que te quería contar. ¿Sabés lo que se me ocurrió pensar? Mirá que uno a veces es boludo, porque por ahí el tipo es un tipo tímido y nada más. Pero pensé... «¿Este flaco no andará en alguna fulería, en algo fulero, y no quiere hablarla demasiado?». Boludeces que a uno se le ocurren. Mirá cómo es uno de jodido, después de todo. Después el flaco se fue y no lo vi más. Lo buscamos, me acuerdo, durante toda la semana, para ver si no quería firmar para nosotros. Y no lo encontramos. Después volvió el Pacú y ya nos olvidamos del asunto.

# El ocho era Moacyr

El que tiró la primera piedra fue Ricardo, apenas después de haberse ido el tipo.

—Che... ¿quién es este coso?

—No sé —contestó el Zorro—. ¿No es amigo tuyo?

—¿Mío? No. Estás en pedo vos.

—Es amigo del Colifa —aportó el Pitufu certero, interrumpiendo una conversación que sostenía con una rubia de rulos de la mesa vecina. Tenía eso el Pitu, podía mantener varias conversaciones a la vez, quizás porque no le gustaba verse marginado de ninguna.

En eso llegó el Colifa.

—Che... —le preguntó Ricardo—... el flaco ese que se fue, ¿es amigo tuyo?

—¿Qué flaco? —frunció la cara el Colifa mientras se sacaba la campera y la bufanda.

—El flaco... El «Sobrecojines».

—Ah no... —se rió el Colifa—. Yo no lo conozco.

El hombre, el que se había ido, había tenido la desafortunada ocurrencia días atrás, en una de sus pocas intervenciones en la charla, de decir que manejar el último modelo de Renault era sentirse como «sobre cojines». Se habían hecho todos los pelotudos pero la cosa quedó registrada.

—¡Yo creí que era amigo tuyo! —se rió el Pitufu.

—Yo no lo vi en la puta vida.

—Pero... ¿Lo conocés?

—Sí. De acá, ahora.

—Entonces... —insistió Ricardo, casi amenazante—. ¿Quién lo trajo a la mesa?

—Qué sé yo.

Nadie sabía. Pero no era muy extraño. En «El Cairo» era así. De pronto uno se encontraba sentado junto a alguien desconocido que, tal vez por varios días se integraba a la mesa y luego desaparecía tan silenciosa y misteriosamente como había llegado, o reaparecía en alguna mesa lejana, con otra gente asimismo desconocida, y dispensaba un saludo desde allá atrás, al voleo, de cortesía.

—Por ahí alguien se lo dejó olvidado —aventuró el Zorro.

—Eso. ¡Vaya a saber desde hace cuánto tiempo ha estado sentado acá el pobre tipo!

—Yo creía que era amigo tuyo —señaló Ricardo a Belmondo— y ahora resulta que no lo juna nadie.

—¿Mío? ¿Por qué?

Ricardo frunció la nariz.

—No sé —dijo— lo veo muy fino ¿no?

El Zorro captó la cosa de inmediato.

—Muy delicado. ¿No es cierto?

—¿Puto, decís vos? —se rió Belmondo. Después se escandalizó.

—¡Qué guachos de mierda!

—Como te mira mucho... —siguió Ricardo— qué sé yo... yo pensaba...

—Medio troló el muchacho —sentenció el Zorro.

—¡Mirá que hay que ser hijos de puta! —dijo Belmondo—. Como el tipo es serio, es educado, es un tipo correcto... para éstos ya es un comilón.

—Muy fino, muy fino. Demasiado.

—Para mí que a vos te tira la goma —opinó el Colifa, mirando a Belmondo.

—¡Qué hijos de puta! —se tomó las manos Belmondo—. No se puede ser culto acá.

—Si te mira y se relame, Bel... —le informó Ricardo—. A Moreira lo manoteó el otro día.

—Sí —defendió Belmondo— no te le agachés adelante.

—¿Qué lo defendés? ¿Qué lo defendés? —pareció ofenderse el Pitufito—. ¿Tenés algún interés creado con ese tipo?

—Para mí que se la lastra —meneó la cabeza el Zorro—. ¿No viste a Pedrito cómo lo relojea también?

—¿Quién, che? —Pochi había llegado, engancho las últimas palabras mientras acercaba una silla para poner la campera.

—El flaco alto, el «Sobrecojines».

—¿Qué pasa?

—Que es muy sospechoso, medio rarón ¿viste? —el Pitufito reunía la punta de los dedos de su mano derecha frente a la boca haciendo el gesto universal de comer.

—¿El elegante? —exclamó el Pochi, sentándose—. Muy puto. Tragables del año uno.

—¡Qué hijos de puta! —volvió a reírse Belmondo—. El otro pobre tipo...

—Traga la bala —siguió el Pochi, serio—. Es más... creo que lo vi levantando machos en Zeballos y Buenos Aires.

—El otro pobre tipo —siguió Belmondo— es un buen tipo... ¿Cuál es el problema? Que empilcha bien, que toma whisky... ¿Cuál es?

—Oíme... —dijo Ricardo—. ¿Cómo va a venir acá de chaleco?

—¡Dejame de joder! De chaleco.

—Y bueno, laburará en un banco. ¿Cuánta gente de la que viene acá labura en un banco?

—No. Y esa corbatita que usa. La rosita...

—Yo lo que te digo —siguió Belmondo— es que yo no me le agacharía adelante.

—Por ahí te empoma.

—Te empoma.

—Tiene su pinta el hombre —estimó el Zorro.

—Y muy coqueto, se la pasa arreglándose la corbatita...

—Es buen muchacho, che, no sean hijos de puta...

Claro, el tipo en cuestión había aparecido un día en la mesa, tal vez abandonado por algún amigo común, tal vez ingresado en la charla por medio de esas presentaciones vagas y generales, «che, un amigo», de inclinaciones de cabezas cortas y distraídas. En verdad, vestía bien, o al menos demasiado formal para el nivel medio, y participaba poco de las conversaciones. Asentía, a veces metía algún bocado, sonreía a menudo, algo distante, mirando hacia la calle, arreglándose la corbata a cada rato (era cierto). Tomó notoriedad el día que pidió un whisky. «Blenders» dijo, con pronunciación cuidada y Moreira lo miró como si le hubiese pedido un plato asiático. «Mirá que vale casi un palo, macho» le había advertido el mozo, cosa que al tipo pareció no inmutarlo. Y entre el sembradío de pocillos de café, vasos de agua, alguna taza de té o mate y servilletitas de papel arrugadas, el generoso vaso de whisky con hielo parecía un paquebote entrando a puerto rodeado de remolcadores diminutos y oscuros.

Otra cosa había sido lo del polo. Vaya a saber cómo salió la conversación sobre polo, quizás por una joda, quizás por alguna película, lo cierto es que el hombre, por primera vez se metió en serio, lideró la charla, habló de los Harriott, de los Dorignac, de handicaps y de poniers con una exactitud sobria y una información sólida. Y al final, cuando ya la charla había derivado inopinadamente hacia el automovilismo, la cagó con lo de «sobre cojines» que se encendió como una luz equívoca y sospechosa en los radares de todos.

—Yo no sé... —advirtió Ricardo, rascándose la espalda—... pero vos, Belmondo, cuidate.

—Sí —admitió Belmondo— porque que me rompan el orto a esta edad...

—O que le tengas que hacer los deberes al muchacho.

—Te digo que si viene mañana yo me corro.

—Sí. A ver si te agarra de la manito y te lleva para el ñoba.

Pasó un tiempo y el parroquiano desconocido no aportó por «El Cairo». El día en que apareció estaban el Pitufu, Belmondo y el Pochi, nada más, conversando. El hombre se desprendió el impecable saco marrón oscuro del traje, dijo un «qué tal» y se sentó medio mirando para la puerta de Sarmiento y Santa Fe, girando un poco nerviosamente el cuello, como un pollo, estirando el mentón, para acomodarse el cuello de la camisa.

—El cinco era Ramacciotti —decía el Pitufu—. Eso seguro.

—El cinco era Ramacciotti. No me acuerdo el tres —dijo Belmondo aún con la mano izquierda cerrada, el pulgar arriba y los ojos entornados.

—Ditro. El tres era Ditro —aseguró Pochi— que después fue a River.

—¡Eso! Que después fue a River.

—Bueno. Entonces tenemos... —resumió el Pitufu—... Moreno, Valentino y Ditro. El cuatro ese que no nos acordamos, Ramacciotti y Malazzo...

—Canceco, Pando, Carceo, González y Sciarra —recitó de un tirón el Pochi.

—Pero... ¿Cómo mierda se llamaba ese cuatro, la puta madre que lo reparió?

—¿Será posible?

—Era un nombre corto. Un nombre corto como... Suárez, Blanco...

—No. Blanco era un cuatro que jugó en Racing. Buen jugador.

—Pero... —se ofuscó Belmondo—... un tipo muy junado... ¿Cómo carajo...?

—No me voy a acordar... No me voy a acordar... —dijo el Pitufu.

—Nos va a pasar como la otra vez con Della Savia.

—¿Te acordás? Yo no pude dormir en toda la noche.

—O con el negro Marchetta. Pasó una semana hasta que me crucé por la calle con Rafael, me agarró del brazo y me dijo, nada más, lo único que me dijo: «Marchetta». «¡Marchetta, la puta que lo parió!» dije yo, y seguimos cada cual por su lado.

—Una noche, a la madrugada, me llamó el Pelado desde Barcelona para preguntarme quién era el ocho de aquella delantera de Ferro con el Cabezón Juárez, Acosta, Lugo y Garabal.

—Berón.

—Berón.

—Pero a mí, esto, ya me cagó la semana —se reubicó el Pochi.

—¡Pero si hasta me acuerdo de la pinta que tenía —se enardeció Belmondo— uno bajito, narigón, feo...!

—¿Martín? ¿No era Martín?

—No, Martín era de Chacarita.

—Bajito, narigón, feo...

—Sí, pero no era Martín. Martín era de Chacarita y después fue al equipo de José.

—Moreno, Valentino y Ditro... —repasó el Pitufu—... tatatá, Ramacciotti y Malazzo...

—¡Concha de la lora!

El hombre, que había seguido silenciosamente la conversación, con una actitud entre divertida y ausente, se acomodó en la mesa y dijo:

—Sainz.

—¡Sainz! —pegó con la palma de la mano el Pitufu sobre la mesa—. Sainz, la puta que lo reparió.

—Sainz, mirá vos, lo tenía en la punta de la lengua. Claro... te decía que era un nombre corto.

—Sí, pero a mí me salía Suárez, Murúa, Aguirre, qué sé yo...

—No, Murúa era el de Racing. Marcador de punta, también. Grandote.

—Sainz —continuó el tipo, sin ufanarse demasiado por su aporte— después fue a River. Sainz, Cap y Varacka.

—Claro, claro. Exactamente. Que arriba jugaba Domingo Pérez, un uruguayo que era un pedo líquido.

—No —corrigió «Sobrecojines»—. Domingo Pérez es anterior, es de la época de Pepillo, el nueve ese español que trajo River.

—¡Pepillo! ¿Te acordás? No me acordaba de Pepillo.

—Que la delantera llegó a formar... —recordó el hombre—... Domingo Pérez...

—Moacyr —acotó Pochi.

—Moacyr Claudinho Pinto... —siguió el hombre—... Pepillo, Delem y Roberto. Todos extranjeros.

—Que también estaban Onega, el Nene Sarnari...

—Ermindo, todavía no Daniel.

—Pando, Artime...

—No... —volvió a corregir el hombre— Pando y Artime llegan un poco después. La delantera que te digo era con la cuestión del fútbol espectáculo. También jugaba un negro de cinco, el negro Salvador, un negro lentón...

—Sí. La cosa había empezado con Boca, con Armando, cuando lo trajo a Feola...

—Al gordo Felola Feola —dijo el Pitufu— a Dino Sani, a Maurinho...

—Antes a Orlando —puntualizó «Sobrecojines»— Orlando Pecanha do Carvalho, que inauguró, un poco, la función de seis metido adentro acá en la Argentina.

—También vinieron Loayza, me acuerdo, el Pepe Sasía, a Boca...

—Y bueno... —recordó el Pochi— Sasía vino de última acá, a Central, con el Gitano, Borgogno...

—Loayza también.

—Loayza también y me acuerdo...

—¡Ese partido contra el Real de Madrid! —se entusiasmó el hombre—. En cancha de Ñul.

—En cancha de Ñul, un amistoso, que los goles del Real los hicieron Pirri y Gento de tiro libre, sobre la hora.

—Yo estaba detrás del arco donde hizo el gol Gento —recordó «Sobre cojines»— ...y no sé si te acordás que al principio entró Puskas...

—¡Puskas!

Así siguieron casi una hora, hasta que el hombre, de pronto, consultó su reloj, se sobresaltó, se puso de pie, tomó el sobretodo que había dejado prolijamente doblado sobre la silla vecina y, antes de irse, regaló el último aporte.

—Y el diez, el diez del Lobo de La Plata, era Diego Bayo.

—Diego Bayo, claro. Diego Bayo y Gómez Sánchez, el negro Gómez Sánchez que había venido a River con Joya...

Al día siguiente, cuando llegó el Colifa, Belmondo estaba hablando con el Zorro y también estaban el Pitufu, Pochi, Oscar, el otro Oscar, el Negro y el Chelo.

—¿No vino «Sobrecojines»? —preguntó el Colifa. Alguien contestó que no.

—¿Quién es «Sobrecojines»? —dijo el Chelo.

—Rodolfo. Rodolfo creo que se llama. No, no vino.

—Buen tipo ése —dijo el Pochi.

—Buen tipo.

Llore Monito, llore. Usted puede. A usted se le permite, que no es vergüenza llorar cuando las lágrimas tienen la pureza recóndita de aquello que llega desde el corazón que no quiere aflojar ante terceros. Tal vez, pibe, tal vez Monito, son las mismas lágrimas que, años atrás, no tantos quizás, usted tuvo que enjugar con el revés de la mano sucia de tierra en el fondo de la casita del patio con geranios y malvones de barrio Arroyito. Tal vez son las mismas lágrimas vertidas por la rabia, la impotencia, la vergüenza, ante el coscorrón justiciero de su viejita laburante cuando usted no llegaba a la hora establecida para tomar la leche.

¿Cómo iba a entender su madre, Monito, aquel cariño entrañable por la pelota de fútbol, que lo mantenía lejos de la casa, demorado en ese romance infantil con la de cuero, en los yuyales sabios del campito que no sabía de redes ni de cal, tras de la vía? ¿Cómo podía entender su viejo, pibe, su viejo, don Telmo, el genovés terco de canzonetta y nostalgia, su noviazgo purrete con la de gajos y ese lenguaje dulcemente nuestro de los túneles, la pisada, el chanfle, los taquitos y la rabona? Porque no era, no, una piba quinceañera, rubia y pizpireta, de ojos celestes como los de la pulpera de Santa Lucía, lo que a usted le impedía volver en el horario, a gritos reclamado por su madre. No era, no, Monito, el despertar púber del primer amor enredado en los últimos giros de un trompo o en la galleta enojosa del hilo de un barrilete, el que lo hacía terminar los deberes de la escuela a las corridas y escapar luego, gorrión ansioso, pájaro encendido, hacia la complicidad abierta de la calle, el griterío alborozado de los pibes y el llamado seductor de un taconeo. No Monito, lo suyo era más simple, como son simples las cosas que nacen del corazón y eluden las frías especulaciones de la mente. No. Lo suyo era tan sólo la caricia tierna de la capellada de su botín zurdo en la pelota, el toque, la volea, la suela que aprieta el fútbol indócil y lo convence, lo persuade, lo amaestra. Lo suyo era el amague, el pique corto, el freno seco, y el pecho amigo para que allí se durmiera la bella amada cuando caía desde el cielo como un globo cansado de volar sin rumbo cierto. ¡Mire qué fácil, pibe, que era aquello! De la misma forma en que el amor, el puro amor, se presenta, florece y crece como una flor nocturna, como un clavel del aire brotado en la luminosidad escasa de un pasillo, así creció en usted el sortilegio. Nadie le enseñó, como no se enseña el dolor ni la paciencia, ni se sabe de dónde surge el gusto por silbar o el de hablar bajo. Usted ya lo traía impreso, se lo digo, quizás desde el fondo de la historia de ese barrio que ha visto nacer a tantos ídolos y guarda en el aire la vibración, el eco, el reverbero de mil goles gritados en la tarde, atronando el cemento, quebrando la quieta y asombrada calma de su río. O lo aprendió como se aprenden estas cosas, mirando a los demás, tratando de atrapar con ojos asombrados el misterio metafísico del chanfle, la secreta ley física que hace que el balón vaya hacia allá y dé una vuelta. Por eso, por todo eso, pibe, no se inquiete si lo ven aflojar y su mirada se empaña como el cristal de una ventana cuando recibe el tamborileo sonoro de la lluvia. No. Llore Monito, llore. Usted puede. A usted se le permite.

Así lo soñó usted tal vez, un día, allá, aferrado a la almohada confidente de su cama, en la casita del patio con geranios y malvones, alguna de esas noches de verano cuando el calor aprieta y el sueño viene.

Ya está el mago de varita presta. Ya está el ilusionista sutil que hace creer en cosas que no existen y miente que en el dorso de su mano se ocultan pañuelos, palomas y barajas. Está en el medio de la cancha y su eterna enamorada, la pelota, parece que se ha ido y está inmóvil, simula emprender vuelo y no se aleja, o bien hace creer que se le escapa pero vuelve bajo la presión apenas ruda de la suela. Ahora el estadio enmudece, el mago muestra el juego. El Monito arranca y empieza el toque, el

pelotazo sabio, el amague que argumenta una cosa y dice otra. De la zurda precisa del insider brotan conejos, luces multicolores, toques lujosos, las dos cortas sabidas y una larga, la cabeza alta, el ojo inquieto. El público se deleita. Ya la metió de nuevo bajo el pie, la mostró, «ahí la tenés, es tuya» ha dicho, pero no está más, la sacó, la puso en otro lado, la cambió de lugar, la amarreteó de nuevo. Allá está el compañero, el wing derecho, no lo ha visto, pero gira y le pone el pelotazo desde cuarenta metros, en el pecho. Sólo faltan los clarines, los clarines, las fanfarrias, el galope incesante de los corceles blancos girando en torno de la cancha y las ecuyeres de pie sobre sus ancas.

Así lo soñó usted, tal vez, un día, Monito. Ya el espectáculo termina y, a pesar de la magia del insider, a pesar de sus moñas y regates, pibe, a pesar de las cuatro pelotas de gol que usted puso en los pies del centroforward, el partido se agosta en la chatura aburrida del empate. Pero faltaba, nomás, la carcajada. El cierre magistral, la pincelada justa que el artista deposita por fin sobre la tela e ilumina el azul, aviva grises y ruboriza la macilencia de los sepias. Faltaba nomás, la carcajada. Ese balón que llega de atrás, como un balazo. El pecho receptor del entrea la tan afecto a refrenar, mullido, el rebote previsto de la bola. Ya empieza la danza, el giro sobre un pie para enfrentar el arco y el resbalar mansamente de la globa del pecho a la rodilla y de allí al suelo. Allí, en la temible ferocidad del área, allí, donde la puerta de las dieciocho se convierte en muralla pertrechada, donde hay piernas, codos, tapones alevosos y guadaña, allí la puso en el piso el entrea. Allí, en esa media luna, en lo que algunos llaman la empanada, allí donde uno se olvida de la novia, del primer amor, de lo aprendido en la escuela, de la Vieja, «vení conmigo» le dijo el Monito a su amiga del alma. Y se metió en el área con pelota dominada.

No sé si hubo un caño o fueron cuatro. Quebró la cintura, pisó el cuero, pareció en un momento que pateaba, se le vinieron dos, se cerró el cuatro pero el Monito la llevaba atada.

Tal vez ya no me acuerdo, decime vos si miento, pero quedó frente al arquero y la puso en un rincón, de cachetada. No el cachetazo mordaz, el del reproche, sino el empujón cordial, el que te aprueba, la palmada que se le da a un pibe y se le dice «cruzá que yo te miro». La pelota entró pidiendo permiso y ni tocó la red de puro cauta. Luego, el pibe se fue hasta su tribuna y adentro de su puño apretó el gol, lo abrió de golpe y fue otra vez paloma y carcajada.

Llore Monito. Así lo soñó usted tal vez un día, en la casa de malvones y geranios del barrio Arroyito. Y se quedó en sueño nomás, no se dio nunca.

¡Tan bueno que parecía de purrete! Nunca llegó a jugar ni en la tercera. Y en el equipo que se arma en la oficina a veces lo ponen un rato y otras, nada. Está gordo, pibe, algo pelado. Y me han dicho que ni va a la cancha.

Sí, yo sé que ahora hay quienes dicen que fuimos unos hijos de puta por lo que hicimos con el viejo Casale, yo sé. Nunca falta gente así. Pero ahora es fácil decirlo, ahora es fácil. Pero había que estar esos días en Rosario para entender el fato, mi viejo, que hablar al pedo ahora habla cualquiera.

Yo no sé si vos te acordás lo que era Rosario en esos días anteriores al partido. ¡Y qué te digo «esos días»! ¡Desde semanas antes ya se venía hablando del partido y la ciudad era una caldera, porque eso era lo que era la ciudad! Claro, los que ahora hablan son esos turros que después vos los veías por la calle gritando y saltando como unos desgraciados, festejando en pedo a los gritos y después ahora te salen con que son... ¿qué son?... moralistas... ¿De qué se la tiran, hijos de mil putas? Ahora son todos piolas, es muy fácil hablar. Pero si vos vieras lo que era la ciudad en esos días, hermano, prendías un fósforo y volaba todo a la mierda. No se hablaba de otra cosa en los boliches, en la calle, en cualquier parte. Saltaban chispas, te aseguro. Y la cosa arrancó con el fato de las cábalas. O mejor dicho, de los maleficios.

Hay que entender que no era un partido cualquiera, hermano, era una final final. Porque si bien era una semifinal, el que ganaba después venía a jugar a Rosario y le rompía el culo a cualquiera. Fuera Central como Ñul, acá le hacía la fiesta a cualquiera. ¡Y cómo estaban los lepra! ¡Eso, eso tendrían que acordarse ahora los que hablan al reverendo pedo y nos vienen a romper las pelotas con el asunto del viejo Casale! ¿No se acuerdan esos turros cómo estaban los lepra? ¿No se acuerdan ahora, mi viejo? Había que aguantarlos porque se corrían una fija, pero una fija se corrían, hermano, que hasta creo que se pensaban que nos iban a llenar la canasta. No que sólo nos iban a hacer la colita sino que además nos iban a meter cinco, en el Monumental y para la televisión. ¡Pero por qué no se van a la concha de su madre! ¡Qué mierda nos van a hacer cinco esos culosroto! ¡Así se la comieron doblada! ¡Qué pija que tienen desde ese día y no se la pueden sacar!

Pero la verdad, la verdad, hermano, con una mano en el corazón, que tenían un equipazo, pero un equipazo, de padre y señor mío.

Hay que reconocerlo. Porque jugaban que daba gusto, el buen toque y te abrochaban bien abrochado. Estaba Zanabria, el Marito Zanabria; el Mono Obberti ¡Dios querido, el Mono Obberti, qué jugador! Silva el que era de Lanús, el albañil. ¡Montes! Montes de cinco; Santamaría, el Cucurucho Santamaría, qué sé yo, era un equipazo, un equipazo hay que reconocer, y la lepra se corría una fija. ¿Sabés cuántos había en la ruta a Buenos Aires, el día del partido? Yo no sé, eran miles, millones, yo no sé de dónde habían salido tantos leprosos. Si son cuatro locos y de golpe, para ese partido, aparecieron como hormigas los desgraciados. Todos fueron. ¡Lo que era esa ruta, papito querido! Entonces, oíme, había que recurrir a cualquier cosa. Hay partidos que no podés perder, tenés que ganar o ganar. No hay tutía. Entonces si a mí me decían que tenía que matar a mi vieja, que había que hacer cagar al presidente Kennedy, me daba lo mismo, hermano. Hay partidos que no se pueden perder. ¿Y qué? ¿Te vas a dejar basurear por estos soretes para que te refrieguen después la bandera por la jeta toda la vida? No, mi viejo. Entonces, ahí, hay que recurrir a cualquier cosa. Es como cuando tenés un pariente enfermo ¿viste? tu vieja, por ejemplo, que por ahí sos capaz hasta de ir a la iglesia ¿viste? Y te digo, yo esa vez no fui a la iglesia, no fui a la iglesia porque te juro que no se me ocurrió, mirá vos, que si no... te aseguro que me confesaba y todo si servía para algo. Pero con los muchachos enganchamos con la cuestión de las brujerías, de la ruda macho, de enterrar un sapo detrás del arco de Fenoy, de tirar sal en la puerta de los jugadores de Ñubel y de todas esas cosas que siempre se habla. Por supuesto que todas las brujas del barrio ya estaban laburando en la cosa y había muñecos con camiseta de Ñubel clavados con alfileres, maldiciones pedidas por teléfono y hasta mi vieja que no manya mucho del asunto tenía un pañuelo atado desde hacía como diez días, de ésos de «Pilato, Pilato,

si no gana Central en River no te desato». Después la vieja decía que habíamos ganado por ella, pobre vieja, si hubiera sabido lo del viejo Casale, pero yo le decía que sí para no desilusionarla a la vieja.

Pero todo el fato de la ruda macho y el sapo de atrás del arco eran, qué sé yo, cosas muy generales, ya había tipos que lo estaban haciendo y además, el partido era en el Monumental y no te vas a meter en la pista olímpica a enterrar un sapo porque vas en cana con treinta cadenas y no te saca ni Dios después, hermano. Entonces, me acuerdo que empezamos con la cosa de las cábalas personales. Porque me acuerdo que estábamos en el boliche de Pedro y veníamos hablando de eso. Entonces, por ejemplo, resolvimos que a Buenos Aires íbamos a ir en el auto del Dani porque era el auto con el que habíamos ido una vez a La Plata en un partido contra Estudiantes y que habíamos ganado dos a cero. Yo iba a llevar, por supuesto, el gorrito que venía llevando a la cancha todos los últimos partidos y no me había fallado nunca el gorrito. A ése lo iba a llevar, era un gorrito milagroso ése. El Coqui iba a ir con el reloj cambiado de lugar, o sea en la muñeca derecha y no en la izquierda, porque en un partido contra no sé quién se lo había cambiado en el medio tiempo porque íbamos perdiendo y con eso empatamos. O sea, todo el mundo repasó todas las cábalas posibles como para ir bien de bien y no dejar ningún detalle suelto. Te digo más, estuvimos como media hora discutiendo cómo mierda estábamos parados en la tribuna en el partido contra Atlanta para pararnos de la misma manera en el partido contra la lepra. El boludo de Michi decía que él había estado detrás del Valija y el Miguelito porfiaba que el que había estado detrás del Valija era él. Mirá vos, hasta eso estudiamos antes del partido, para que veas cómo venía la mano en esos días. ¿Y sabés qué te lleva a eso, hermano, sabés qué te lleva a eso? El cagazo, hermano, el cagazo, el cagazo te lleva a hacer cualquier cosa, como lo que hicimos con el viejo Casale.

Porque si llegábamos a perder, mamita querida, nos teníamos que ir de la ciudad, mi viejo, nos teníamos que refugiar en el extranjero, te juro, no podíamos volver nunca más acá. Íbamos a parecer esos refugiados camboyanos que se tomaron el piro en una balsa. Te juro que si perdíamos nosotros agarrábamos el «Ciudad de Rosario» y por acá, por el Paraná, nos teníamos que ir todos, millones de canallas, no sé, a Diamante, a Perú, a Cuzco, a la concha de su madre, pero acá no se iba a poder vivir nunca más con la cargada de los leprosos putos, mi viejo. Ya el Miguelito había dicho bien claro que él se la daba, que si perdíamos agarraba un bufo y se volaba la sabiola y te digo que el Miguelito es capaz de eso y mucho más porque es loco el Miguelito, así que había que creerle. O hacerse puto, no sé quién había comentado la posibilidad de hacerse troló y a otra cosa mariposa, darle a las plumas y salir vestido de loca por Pellegrini y no volver nunca más a la casa. Pero, te digo, nadie quería ni siquiera sentir hablar de esa posibilidad. Ni se nombraba la palabra «derrota».

Era como cuando se habla del cáncer, hermano. Vos ves que por ahí te dicen «la papa», o «tiene otra cosa», «algo malo», pero el cangrejo, mi viejo, no te lo nombra nadie. Y ahí fue cuando sale a relucir lo del viejo Casale.

El viejo Casale era el viejo del Cabezón Casale, un pibe que siempre venía al boliche y que durante años vino a la cancha con nosotros pero que ya para ese entonces se había ido a vivir al norte, a Salta creo, lo vi hace poco por acá, que estaba de paso. Y ahí fue que nos acordamos de que un día, en la casa del Cabezón, el viejo había dicho que él nunca, pero nunca, lo había visto perder a Central contra Ñul. Me acuerdo que nos había impresionado porque ese tipo era un privilegiado del destino. Aunque al principio vos te preguntás, «¿Cómo carajo hizo este tipo para no verlo perder nunca a Central contra Ñul? ¿Qué mierda hizo? Este coso no va nunca a la cancha». Porque, oíme alguna vez lo tuviste que ver perder, a menos que no vayas a los clásicos. Y ojo que yo conozco muchos así, que se borran bien borrados de los clásicos. O que van en Arroyito, pero que a la cancha del Parque no van en la puta vida. Y me acuerdo que le preguntamos eso al viejo y el viejo nos dijo que no, y nos explicó. Él iba siempre, un fana de Central que ni te cuento, pero se había dado, qué sé yo, una serie de casualidades que hicieron que en un montón de partidos con Ñul él no pudiera ir por un montón de

causas que ni me acuerdo. Que estaba de viaje por Misiones —el viejo era comisionista—; que ese día se había torcido un tobillo y no podía caminar, que estaba engripado, que le dolía un huevo, qué sé yo, en fin, la verdad, hermano, que el viejo la posta posta era que nunca le había tocado ver un partido en que la lepra nos hubiera roto el orto. Era un privilegiado el viejo y además, un talismán, querido, porque así como hay tipos mufa que te hacen perder partidos adonde vayan, hay otros que si vos los llevás es número puesto que tu equipo gana. No es joda. Y el viejo Casale era uno de éstos, de los ojetudos.

Entonces ahí nos dijimos «Este viejo tiene que estar en el Monumental contra Ñubel. No puede ser de otra forma. Tiene que estar».

Claro, dijimos, seguro que va a estar, si es fana de Central, canalla a muerte. Pero nos agarró como la duda ¿viste? porque nosotros no era que lo veíamos todos los días al viejo, te digo más, desde que el Cabezón se había ido al norte a laburar, al viejo de él no lo habíamos vuelto a ver ni en la cancha, ni en la calle ni en ninguna parte. Además, el viejo ya estaba bastante veterano porque debía tener como ochenta pirulos por ese entonces. Bah, en realidad ochenta no, pero sus sesenta, sesenta y cinco años los tenía por debajo de las patas.

Entonces, con el Valija, el Colorado y el Miguelito decimos «vamos a la casa del viejo a asegurarnos que va y si no va lo llevamos atado». Porque también podía ser que el viejo no fuera porque no tuviera guita, qué sé yo. Nosotros ya habíamos pensado en hacer una rifa a beneficio, una kermesse, cualquier cosa. El viejo tenía que ir, era una bandera, un cheque al portador.

La cuestión es que vamos a la casa y... ¿a qué no sabés con lo que nos sale el viejo? Que andaba mal del bobo y que el médico le había prohibido terminantemente ir a la cancha, mirá vos. Nos sale con eso. Que no. Que había tenido un infarto en no sé qué partido, en un partido de mierda después que una pelota pegó en un palo, que había estado muerto como media hora y lo habían salvado entre los indios con respiración artificial y masajes en el cuore, que no había clavado la guampa de puro pedo y que le había quedado tal cagazo que no había vuelto a ir a la cancha desde hacía ya, mirá lo que te digo, dos años.

¡Hacía dos años que no iba a la cancha el viejo ese! Y no era sólo que él no quería ir sino que el médico y, por supuesto, la familia, le tenían terminantemente prohibido ir, lógicamente. No sé si no le prohibían incluso escuchar los partidos por radio, no sé si no se lo prohibían, para que no le pateara el bobo, porque parece que el viejo escuchaba un pedo demasiado fuerte y se moría, tan jodido andaba. Vos le hacías ¡Uh! en la cara y el viejo partía. ¡Para qué! Te imaginás nosotros, la desesperación, porque eso era como un presagio, un anuncio del infierno, hermano, era un preanuncio de que nos iban a hacer cagar en Buenos Aires, mi viejo. Entonces empezamos a tratar de hacerle la croqueta al viejo, a convencerlo, a decirle «Pero mire, don Casale, usted tiene que estar, es una cita de honor. ¡Qué va a estar mal usted del cuore, si se lo ve cero kilómetro! Vamos, don Casale —me acuerdo que lo jodía Miguelito— ¿cuántos polvos se echa por día? usted está hecho un toro». Pero el viejo, ni mierda, en la suya. Que no y que no.

Le decíamos que el partido iba a ser una joda, que Ñubel tenía un equipo de mierda y que ya a los quince minutos íbamos a estar tres a cero arriba, que el partido era una mera formalidad, que el gobierno ya había decidido que tenía que ganar Central para hacer feliz a mayor cantidad de gente. No sé, no sé la cantidad de boludeces que le dijimos al viejo para convencerlo. Pero el viejo nada, una piedra el hijo de puta. Para colmo ya habían empezado a rondar la mujer del viejo, madre del Cabezón, y una hermana del Cabezón, que querían saber qué carajo queríamos decirle nosotros al viejo en esa reunión, porque medio que ya se sospechaban que nosotros no íbamos para nada bueno. En resumen que el viejo nos dijo que no, que ni loco, que ni siquiera sabía si iba a poder resistir la tensión de saber que se jugaba el partido, aun sin escucharlo. Porque el viejo los diarios los leía, tan boludo no era, y sabía cómo venía la mano, cómo era la cosa, cómo formaban los equipos, suplentes, historial,

antecedentes, chaquetillas, color, todo. Nos dijo más. «Ese día —nos dijo— bien temprano, antes de que empiecen a pasar los camiones y los ómnibus con la gente yendo para Buenos Aires, yo me voy a la quinta de un hermano mío que vive en Villa Diego». No quería escuchar ni los bocinazos el viejo. «Me voy tempranito a lo de mi hermano, que a mi hermano le importa un sorete el fútbol, y me paso el día ahí, sin escuchar radio ni nada». Porque el viejo decía y tenía razón, que si se quedaba en la casa, por más que se encerrara en un ropero, algo iba a oír, algún grito, algún gol, alguna cosa iba a oír, pobre desgraciado, y se iba a quedar ahí mismo seco en el lugar. Así que se iba a ir a radicar en la quinta de ese hermano que tenía, para borrarse del asunto.

Muy bien, muy bien. Te digo que salimos de allí hechos bosta porque veíamos que la cosa venía muy mal. Casi era ya un dato seguro como para decir que éramos boleta. Para colmo, al Valija, el día anterior le había caído una tía del campo y él se acordaba que, en un partido que perdimos con San Lorenzo, esa misma tía le había venido el día antes. Era un presagio funesto el de la tía.

Fue cuando decidimos lo del secuestro. Nos fuimos al boliche y esa noche lo charlamos muy seriamente. El Dani decía que no, que era una barbaridad, que el viejo se nos iba a morir en el viaje, o en la cancha, y después se iba a armar un quilombo que íbamos a terminar todos en cana y que, además, eso sería casi un asesinato. Pero al Dani mucha bola no le dimos porque ha sido siempre un exagerado y más que un exagerado, medio cagón el Dani. Pero nosotros estábamos bien decididos y más que nada por una cosa que dijo el Valija: el viejo estaba diez puntos. Había tenido un infarto, es cierto. Pero hay miles de tipos que han tenido un infarto y vos los ves caminando tranquilamente por la yeca y sin hacer tanto quilombo como este viejo pelotudo, con eso de meterse adentro de un ropero, o no ir a la cancha, o dejar que te rigoree la familia como la esposa y la otra, la hermana del Cabezón. Por otra parte, y vos lo sabés, los médicos son unos turros pero unos turros que se ve que lo querían hacer durar al viejo mil años para sacarle guita, hacerle experimentos y chuparle la sangre. Y además, como decía el Miguelito y eso era cierto, vos lo veías al viejo y estaba fenómeno. Con casi sesenta años no te digo que parecía un pendejo pero andaba lo más bien. Caminaba, hablaba, se sentaba, qué sé yo, se movía. ¡Chupaba! Porque a nosotros nos convidó con Cinzano y el viejo se mandó su medidita, no te digo un vasazo pero su medidita se mandó. La cosa es que el Miguelito elaboró una teoría que te digo, aún hoy, no me parece descabellada. ¡El viejo era un turro, hermano! Un turrizo que especulaba con el fato del bobo para pasarla bien y no laburarla nunca más en la vida de Dios. Con el sover del bobo no ponía el lomo, lo atendían a cuerpo de rey y la tenía a la vieja y a la hermana del Cabezón pendientes de él viviendo como un bacán, el viejo. Y... ¿de qué se privaba? De algún faso; que no sé si no fasearía escondido; y de no ir a la cancha. Fijate vos, eso era todo. Y vivía como Carolina de Mónaco el otario. Bueno, con ese argumento y lo que dijo el Colorado se resolvió todo.

El Colorado nos habló de los grandes ideales, de nuestra misión frente a la sociedad, de nuestro deber frente a las generaciones posteriores, los pendejos. Nos dijo que si ese partido se perdía, miles y miles de pendejos iban a sufrir las consecuencias. Que, para nosotros, y eso era verdad, iba a ser muy duro, pero que nosotros ya estábamos jugados, que habíamos tenido lo nuestro y que, de últimas, teníamos experiencias en malos ratos y fulerías. Pero los pibes, los pendejitos de Central, éstos, iban a tener de por vida una marca en sus vidas que los iba a marcar para siempre, como un fierro caliente. Que las cargadas que iban a recibir esos pibes, esas criaturas, en la escuela, los iban a destrozar, les iban a pudrir el bocho para siempre, iban a ser una o dos generaciones de tipos hechos bolsa, disminuidos ante los leprosos, temerosos de salir a la calle o mostrarse en público. Y eso es verdad, hermano, porque yo me acuerdo lo que eran las cargadas en la escuela primaria, sobre todo.

Yo me acuerdo cuando perdimos cinco a tres con la lepra en el Parque después de ir ganando dos a cero, cuando se vendió el Colorado Bertoldi, que todavía se estará gastando la guita, y te juro que yo por una semana no me pude levantar de la cama porque no me atrevía a ir a la escuela para no bancarme la cargada de los lepra. Los pibes son muy hijos de puta para la cargada, son muy crueles.

¿No viste cómo descuartizan bichos, que agarran una langosta y le sacan todas las patas? Son unos hijos de puta los pibes en ese sentido. Y lo que decía el Colorado era verdad. Ahora todo el mundo habla de la deuda externa, y bueno, hermano, eso era algo así como lo de la deuda externa, que por la cagada de cuatro reverendos hijos de puta que empeñaron el país, la tenemos que pagar todos y los hijos y los hijos de nuestros hijos. Y si estaba en nosotros hacer algo para que eso no pasara, había que hacerlo, mi querido. Además, como decía el Colorado, ya no era el problema de la cargada de los pendejos ñubelistas, está también el fato del exitismo. Los pibes ven que gana un equipo y se hacen hinchas de ese equipo, son así, casquivanos. Son hinchas del campeón. Entonces, ponele que hubiese ganado Ñubel y... ¡a la mierda!... de ahí en más todos los pibes se hacían de Ñubel, ponele la firma. Y no te vale de nada llevarlos a la cancha, conversarlos, hablarles del Gitano Juárez o el Flaco Menotti, ni comprarles la camiseta de Central apenas nacen. No te vale de nada. Los pendejos ven que sale River campeón y son de River. Son así. Y en ese momento no era como ahora que, mal que mal, vos los llevás al Gigante y los pibes se caen de culo. Entonces, cuando van al chiquero del Parque, por mejor equipo que pueda tener Ñul, los pibes piensan «Yo no puedo ser hincha de esta villa miseria» y se hacen de Central. Porque todo entra por los ojos y vos ves que ahora los pibes por ahí ni siquiera han visto jugar a Central o a Ñul y ya se hacen hinchas de Central por el estadio. Es otra época, los pendejos son más materialistas, yo no sé si es la televisión o qué, pero la cosa es que se van de boca con los edificios.

Entonces la cosa estaba clara, había que secuestrar al viejo Casale, o si no aguantarse que quince, veinte años después, hoy por ejemplo, la ciudad estuviese llena de leprosos nacidos después de ese partido, y esto hoy ¿sabés lo que sería? Beirut sería un poroto al lado de esto, hermano, te juro.

El que organizó la «Operación Eichmann», como la llamamos, fue el Colorado. La llamamos así por ese general alemán, el torturador, que se chorearon de acá una vez los judíos ¿viste? y lo nuestro era más o menos lo mismo. El Colorado es un tipo muy cerebral, que le carbura muy bien el bocho y él organizó todo. El Colorado ya no estaba para ese entonces en la O.C.A.L. La O.C.A.L., no sé si sabés, es una organización de acá, de Rosario, que se llama así porque son iniciales, O.C.A.L. «Organización Canalla Anti Lepra». Son un grupo de ñatos como el Ku-Klux-Klan, más o menos, que se reúnen en reuniones secretas y no sé si no van con capucha y todo a las reuniones, o si queman algún leproso vivo en cada reunión. Mirá, yo no sé si es requisito indispensable ser hincha de Central, pero seguro seguro, lo que tenés que hacer es odiar a los lepra. Tenés que odiar más a los lepra que lo que querés a Central.

Hacen reuniones, escriben el libro de actas, piensan maldades contra los lepra, festejan fechas patrias de partidos que les hemos ganado, tienen himnos, son como esos tipos, los masones esos, que nadie sabe quiénes son. Andan con antorchas. Bueno, de la O.C.A.L., de la O.C.A.L. al Colorado lo echaron por fanático, con eso te digo todo. Pero es un bocho el Colorado y él fue el que organizó todo el operativo.

Y te la cuento porque es linda, te la cuento porque es linda, no sé si un día de estos no aparece en el «Selecciones» y todo. Averiguamos qué ómnibus iba para Villa Diego, adonde tenía la quinta el hermano del viejo Casale. Desde donde vivía el viejo, ahí por San Juan al mil cuatrocientos, lo único que lo dejaba en ese entonces, si mal no recuerdo, era el 305 que pasaba por la calle San Luis. O sea que el viejo tenía que tomarlo en San Luis-Paraguay o San Luis-Corrientes, no más allá de eso a menos que fuera muy pelotudo y lo fuera a tomar a Bulevar Oroño que no sé para qué mierda iba a hacer eso. Ahora, la duda era si el viejo se iba a ir en ómnibus o en auto, porque si se iba en auto nos recagaba, pero nos jugábamos a que se iba a ir en ómnibus porque auto no tenía y seguro que el hermano tampoco tenía porque debía ser un muerto de hambre como él, seguramente. Y te digo que la cosa venía perfecta, porque el viejo nos había dicho que iba a salir bien temprano para no infartarse con las bocinas o sea que nosotros podíamos combinarlo con el horario de salida nuestra para el

partido. Porque también nos cagaba si salía a la una de la tarde para Villa Diego porque después ¿cómo llegábamos nosotros a Buenos Aires para la hora del partido con el quilombo que era la ruta y en un ómnibus de línea? Lo más probable es que nos hiciéramos pelota en el camino por ir a los pedos. Y por otra parte, hermano, Villa Diego queda saliendo para Buenos Aires o sea que la cosa estaba clavada, era posta posta.

Después hubo que hablar con los otros muchachos, porque convencer al Rulo no nos costó nada, a él le daba lo mismo y, además, le contamos los entretelones del asunto. Te digo que el Colorado manejó la cosa como un capo, un maestro. El asunto era así, el Rulo es un fana amigo de Central que tiene un par de ómnibus, está muy bien el Rulo. Y en esa época tenía un par de coches en la línea 305. Fue un ojete así de grande, porque si no teníamos que conseguir otro coche, cambiarle el color, pintarlo, qué sé yo, ponerle el número, un laburo bárbaro. Pero el Rulo tenía dos 305 y con uno de esos ya tenía pensado pirarse para el Monumental el día del partido y más bien que se llevaba como mil monos que también iban para allá. Lo sacaba de servicio y que se fueran todos a la reputísima madre que los parió, no iba a perderse el partido ese.

Entonces, el Rulo, con los monos arriba y nosotros, tenía que estar con el ómnibus preparado, el motor en marcha, por España, estacionado. Y el Miguelito se ponía de guardia, tomando un café, justo en un boliche de ahí cerca desde donde veían la puerta de la casa del viejo Casale. Creo que a las cinco, nomás, de la mañana, ya estaba el Miguelito apostado en el boliche haciéndose el boludo y junando para la casa del viejo. Te juro que ni los tupamaros hubieran hecho un operativo como ése, hermano. Fue una maravilla.

Apenas vio que salía el viejo con una canastita donde seguro se llevaba algún matambre casero, algo de eso, el pobre viejo, el Miguelito cazó una Vespa que tenía en ese entonces, dio la vuelta a la manzana y nos avisó. Cargó la moto en el ómnibus, en la parte de atrás, detrás de los últimos asientos y nos pusimos en marcha.

Ya les habíamos dicho a tres o cuatro pendejos, de esos quilomberos de la barra, que se hicieran bien los sotas, que no dijeran ni media palabra y se hicieran los que apoliyaban. Nosotros también, para que no nos reconociera el viejo, estábamos en los asientos traseros, haciéndonos los dormidos, incluso con la cara tapada con algún pulóver, como si nos jodiera la luz, o con algún piloto.

Te digo que el día había amanecido frío y lluvioso, como la otra fecha patria, el 25 de Mayo. Además, el quilombo había sido guardar y esconder todas las banderas, las cornetas, las bolsas con papelitos, los termos, todo eso. Uno de los muchachos llevaba una bandera de la gran puta que medía 52 metros ¡52 metros, loco! Media cuadra de bandera que decía «Empalme Graneros presente» y tuvimos que meterla debajo de un asiento para que el viejardo no la vichara.

La cosa es que el viejo subió medio dormido y se sentó en uno de los asientos de adelante que ya habíamos dejado libre a propósito para que no viera mucho del ómnibus. Rulo le cobró boleto y todo. Y nadie se hablaba como si no nos conociéramos. Y como el ómnibus iba haciendo el recorrido normal, el viejo iba lo más piola, mirando por la ventanilla. La cuestión es que llegamos a Villa Diego y el viejo tranquilo. Cada tanto, cuando nos pasaba algún auto con banderas en el techo, tocando bocina, el viejo miraba a los que tenía cerca y movía la cabeza como diciendo «¡Mirá vos!».

Se ve que tenía unas ganas de hablar pero nadie quería darle mucha bola para no pisarse en una de esas. Así que nos hacíamos todos los dormidos. Parecía que habían tirado un gas adentro de ese ómnibus, hermano. Como cuando se muere algún ñato ¿viste? que se queda a apoliyar en el auto con el motor prendido y lo hace cagar el monóxido de carbono, creo. Bueno, así parecía que a nosotros nos había agarrado el monóxido de carbono. Pero, cuando llegamos a Villa Diego, por ahí el viejo se levanta y le dice al Rulo «En la esquina, jefe». Y yo no sé qué le dijo el Rulo, algo de que ahí no se podía parar, que estaba cerrado el tráfico, que había que seguir un poco más adelante y el viejo se la comió, pero se quedó paradito al lado de la puerta. Al rato, por supuesto, de nuevo el viejo, «En la

esquina». Ahí ya el Rulo nos miró, porque se le habían acabado los versos. Y ahí, hermano... ¡vos no sabés lo que fue eso! Fue como si nos hubiésemos puesto todos de acuerdo y te juro que ni siquiera lo habíamos hablado. Empezaron los muchachos a desplegar las banderas, a sacar las cornetas y las banderas por la ventana, y a los gritos, hermano, «¡Soy canalla, soy canalla!» por las ventanas.

Pero no para el lado del viejo, el pobre viejo, que la cara que puso no te la puedo describir con palabras, sino para afuera, porque los grones, con lo quilomberos que son, se habían ido aguantando hasta ahí sin gritar ni armar quilombo para no deschavarse con el viejo, pero cuando llegó el momento agarraron las banderas, empezaron a sacar los brazos y golpear las chapas del costado del ómnibus y también el Rulo empezó a seguir el ritmo con la bocina.

¿Viste esas películas de cowboy, cuando los choros van a asaltar una carreta donde parece que no hay nadie, o que la maneja nada más que un par de jovatos y de golpe se abren los costados y aparecen 17.000 soldados que los cagan a tiros? ¿Que levantan la lona y estaban todos adentro haciéndose los sotas? Bueno, ese ómnibus debió ser algo así. De golpe se transformó en un quilombo, un escándalo, una de gritos, de bocinazos, cornetas, una joda. ¡Y la gente al lado de la ruta! Porque desde la madrugada ya había gente a los costados de la ruta esperando que pasaran las caravanas de hinchas. Era para llorar, eso, conmovedor, te saludaban, gritaban, levantaban los puños, por ahí algún lepra, a las perdidas, te tiraba un cascotazo... Pero vuelvo al viejo, el viejo, no sabés la caripela que puso. Porque nosotros lo estábamos mirando porque decíamos: éste es el momento crucial. Ahí el viejo o cagaba la fruta, el corazón se le hacía bosta, o salía adelante. El viejo miraba para atrás, a todos los monos que saltaban y cantaban y no lo podía creer. Se volvió a sentar y creo que hasta San Nicolás no volvió a articular palabra. Te digo que el Rábano, el hijo de la Nancy ya se había ofrecido a hacerle respiración boca a boca llegado el caso, que era algo a lo que todos, mal que mal, le habíamos esquivado el bulto porque, qué sé yo, te da un poco de asco, además con un viejo.

Pero mirá, te la hago corta. Mirá, cuando el viejo ya vio que no había arreglo, que no había posibilidad de que lo dejáramos bajar del ómnibus, se entregó, pero se entregó entregó. Porque, al principio, nosotros nos acercamos y nos reputeó, nos dijo que éramos unos irresponsables, unos asesinos, que no teníamos conciencia, que era una vergüenza, qué sé yo todo lo que nos dijo. Pero después, cuando nosotros le dijimos que él estaba perfecto, que estaba hecho un toro, que si se había bancado la sorpresa del ómnibus quería decir que ese cuore se podía bancar cualquier cosa, empezó a tranquilizarse. El Colorado llegó a decirle que todo era una maniobra nuestra para demostrarle que él estaba perfectamente sano y que incluso el médico estaba implicado en la cosa.

Mirá, hermano, y creeme porque es la pura verdad, ¿qué intención puedo tener en mentirte, hoy por hoy? Mucho antes ya de entrar en Buenos Aires ese viejo era el más feliz de los mortales, te lo digo yo y te lo juro por la salud de mis hijos. El viejo cantaba, puteaba, chupaba mate, comía facturas, gritaba por la ventana y a la cancha se bajó envuelto en una bandera. No había, en la hinchada, un tipo más feliz que él. Vino con nosotros a la popu y se bancó toda la espera del partido, que fue más larga que la puta que lo parió y después se bancó el partido. Estaba verde, eso sí, y había momentos en que parecía que vos lo pinchabas con un alfiler y reventaba como un sapo, porque yo lo relojeaba a cada momento. Y después del gol del Aldo, yo lo busqué, lo busqué, porque fue tal el quilombo y el desparramo cuando el Aldo la mandó adentro que yo ni sé por dónde fuimos a caer entre las avalanchas y los abrazos y los desmayos y esas cosas. Pero después miré para el lado del viejo y lo vi abrazado a un grandote en musculosa casi trepado arriba del grandote, llorando. Y ahí me dije: si éste no se murió aquí, no se muere más. Es inmortal. Y después ni me acordé más del viejo, que lo que alambramos, lo que cortamos clavos, los fierros que cortamos con el upite, hermano, ni te la cuento. Eso no se puede relatar, hermano, porque rezábamos, nos dábamos vueltas, había gente que se sentaba entre todo ese quilombo porque no quería ni mirar. Porque nos cagaron a pelotazos, ya el segundo tiempo era una cosa que la tenían siempre ellos y ¿sabés qué era lo fulero, lo terrible? ¡Que si nos

empataban nos ganaban, hermano, porque ésa es la justa! ¡Nos ganaban esos hijos de puta! ¡Nos empataban, íbamos a un suplementario y ahí nos iban a hacer refusilar el orto porque estaban más enteros y se venían como un malón los guachos! ¡Qué manera de alambrar! Decí que ese día, Dios querido, yo no sé qué tenía el flaco Menutti que sacó cualquier cosa, sacó todo, vos no quieras creer lo que sacó ese día ese flaco enclenque que parecía que se rompía a pedazos en cada centro. Le sacó un cabezazo de pique al suelo a Silva que lo vimos todos adentro, hermano, que era para ir todos en procesión y besarle el culo al flaco ése. ¡Qué pelota le sacó a Silva! Ahí nos infartamos todos, faltaban cinco minutos y si nos empataban, te repito, éramos boleta en el suplementario. Me acuerdo que miro para atrás y lo veo al viejo, blanco, pálido, con los ojos desencajados, pobrecito, pero vivo.

Y ahora yo te digo, te digo y me gustaría que me contesten todos esos que ahora dicen que fue una hijaputez lo que hicimos con el viejo Casale ese día. Me gustaría que alguno de esos turrillos me contestara si alguno de ellos lo vio como lo vi yo al viejo Casale cuando el referí dio por terminado el partido, hermano. Que alguno me diga si, de puta casualidad, lo vio al viejo Casale como lo vi yo cuando el referí dio por terminado el partido y la cancha era un infierno que no se puede describir en palabras. Te digo que me gustaría que alguien me diga si alguien lo vio como lo vi yo. ¡La cara de felicidad de ese viejo, hermano, la locura de alegría en la cara de ese viejo! ¡Que alguien me diga si lo vio llorar abrazado a todos como lo vi llorar yo a ese viejo, que te puedo asegurar que ese día fue para ese viejo el día más feliz de su vida, pero lejos lejos el día más feliz de su vida, porque te juro que la alegría que tenía ese viejo era algo impresionante! Y cuando lo vi caerse al suelo como fulminado por un rayo, porque quedó seco el pobre viejo, un poco que todos pensamos; «¡Qué importa!» ¡Qué más quería que morir así ese hombre! ¡Ésa es la manera de morir para un canalla! ¿Iba a seguir viviendo? ¿Para qué? ¿Para vivir dos o tres años rasposos más, así como estaba viviendo, adentro de un ropero, basureado por la esposa y toda la familia? ¡Más vale morir así, hermano! ¡Se murió saltando, feliz, abrazado a los muchachos, al aire libre, con la alegría de haberle roto el orto a la lepra por el resto de los siglos! ¡Así se tenía que morir, que hasta lo envidio, hermano, te juro, lo envidio! ¡Porque si uno pudiera elegir la manera de morir, yo elijo ésa, hermano! Yo elijo ésa.

# Wilmar Everton Cardaña, número 5 de Peñarol

Porque yo lo conocí a Cardaña. Y porque yo lo conocí a Cardaña puedo afirmar que mucho se equivocan aquellos que juzgaron o juzgan al áspero centrehalf peñarolense a través de la imagen recogida en los campos de juego.

Yo sé que es difícil imaginar, suponer, adivinar, una personalidad tierna y sensible escondida tras la carnadura hosca y prepotente del capitán de los aurinegros. Yo entiendo que no es sencillo intuir el gesto amable o la frase cordial en un hombre que hizo del encontronazo cruel, la pierna arriba o el gesto acerbo, una marca personal e indeleble a lo largo de su prolongada campaña. A lo sumo, admito, era factible entrever en él la grandeza, el coraje y una hombría de bien reconocida incluso por aquellos que fueron sus víctimas, encarnizados rivales o detractores.

Pero yo lo conocí a Cardaña y creo que fui uno de los pocos privilegiados que pudo compartir su círculo áulico, cimentado en el respeto mutuo y los afectos sobreentendidos. Y fue ese respeto, ese sobreentendido, el que me permitió ser testigo de un hecho, de una anécdota, que echa por tierra el equivocado concepto de considerar a Wilmar Everton Cardaña como un mero cacique huraño, un ríspido patrón de la media cancha, temido y evitado por los rivales. ¡Cuántas veces el insulto hiriente, el epíteto injusto, el cántico soez, cayó desde la gradería rival sobre la humanidad generosa de mi amigo! Sin duda alguna, muchos de aquellos que ayer desgranaron los más pesados e injuriosos improperios contra Wilmar Everton Cardaña se sentirán incómodos o arrepentidos al finalizar de leer esta nota que revela la otra cara del ídolo deportivo. ¡Cuánta nobleza habitaba el pecho inconmensurable de Wilmar! ¡Cuánto valor cívico podía esconderse bajo el glorioso número cinco prendido a la mirasol peñarolense, ya fuera sobre el verde césped del Estadio Centenario, en cualquier campo de la vecina Buenos Aires, o en la grama misma de tantos y tantos estadios brasileños donde los frágiles y siempre pusilánimes morenos le temían como a una figura mitológica!

No por nada, mi amigo y colega Pablo Aladino Puseya, inolvidable periodista, desaparecido ya, que supo firmar sus columnas en «El Tero Alerta» de Rocha con el ingenioso pseudónimo de «Banderín de Corner», bautizó a Cardaña como «El Hombre». Así, a secas, con mayúscula, porque supo advertir en Cardaña al luchador indoblegable, al deportista cabal de vergüenza invicta, más allá de la circunstancial controversia sobre un puntapié a destiempo o una fractura expuesta. Tiempo después, algún pícaro modificó el apelativo para extenderlo a «El Hombre de Roble», lo que, en sí, parecía configurar un elogio a la increíble solidez de sus piernas ligeramente chuecas pero que, en verdad, escamoteaba la verdadera intención del apodo, que aproximaba a Cardaña a la infamante condición de «tronco». Lo avieso de la maniobra lo certifica el hecho de que esta deformación de su apodo fue adaptada velozmente por los seguidores de Nacional. Y no quedó allí la cosa, porque después de aquel desgraciado accidente con Fanego (el veloz punterito de Huracán Buceo que se destrozara una clavícula contra el alambrado olímpico en un cruce fortuito con Cardaña) parte de un periodismo no propiamente imparcial, pasó a llamarlo «El Hombre de Neandertal». Quisiera que esta anécdota, que puedo contar dado el particular contacto que tuve con el caudillo indiscutible de Peñarol, eche algo de luz sobre la «leyenda negra» que sobre él se derramara desaprensivamente. A mucho tiempo de los hechos, pienso que el mismo Cardaña, refugiado hoy en la paz y el reposo de su hogar en Treinta y Tres, me perdonará que refiera lo ocurrido en circunstancias de aquella histórica final del 54, tema que él, por pudor y humildad, jamás quiso revelar. Puede que el relato aporte también nuevas referencias a los amigos tangueros, ya que lo sucedido en torno a esa final inolvidable fue inmortalizado en un tango que, precisamente, lleva por nombre «La número cinco». La anécdota revelará que el título de la pieza musical se refiere a la casquivana pelota de fútbol y no al número que lucía la camiseta de Wilmar Everton Cardaña sobre sus dorsales, ni al que identificaba (éste fue un

rumor poco serio y malintencionado) a una damisela aspirante al trono de «Miss Paysandú» y por quien, dicen, suspiraba el inspirado compositor de tangos.

Aquella mañana del 3 de noviembre de 1954 llegué al hotel Olinto Gallo, donde se alojaba habitualmente el plantel de Peñarol, palpitando encontrarme con un clima de nervios y tensión, acorde con la magnitud del gran encontronazo final con el clásico enemigo de todos los tiempos: Nacional. Había una efervescencia formidable en Montevideo y los tamboriles de la murga «Los que pelan la chaucha» no habían dejado de atronar el barrio de La Tumba en toda la noche. Sin embargo, me hallé con un grupo de muchachos —jugadores, técnicos y dirigentes— departiendo mansamente luego del desayuno, al parecer olvidados de la proximidad de la justa. Pero esa primera impresión fue efímera. Algún gesto en falso, ciertas torpezas de movimientos, un par de respuestas destempladas o el rechinar penetrante de algunas dentaduras, denotaban el crispamiento interior, el desgarró insoportable de la espera.

Pregunté por Cardaña y me contestaron que el recio capitán se había retirado a su habitación luego de merendar. Subí a su pieza, con la familiaridad que me confería su actitud amistosa hacia mí, y me invitó a pasar con un gruñido. Wilmar Everton Cardaña era hombre de pocas palabras, muy pocas, como todo hombre criado en el campo, entre vacas y animales poco propensos al diálogo. Creo que hasta ese día —y ya llevábamos más de dos años de amistad—, sólo le había contabilizado nueve palabras, monosilábicas en su mayoría. Y vale consignar que más de la mitad de ellas las había gastado en una sola frase, previa a otro partido importante, cuando levantándose imprevistamente de una tertulia, anunció: «Permiso, voy a ir al baño». Era así, directo, franco, hombre de llamar al pan pan y al vino vino y no podían esperarse de él frases grandilocuentes o inflamados discursos. De más está decir que era la tortura de los periodistas radiales quienes, más de una vez debieron quitarle los auriculares sin haber obtenido de él ni un dato, ni un nombre, ni una fecha. Encontré a un Cardaña taciturno y cariacontecido, cosa que atribuí a la responsabilidad del partido de la tarde. En aquella época no habían proliferado las líneas de ropas deportivas; por lo tanto, en las concentraciones, los players usaban sus propios atuendos a veces de gustos caprichosos o discutibles. Cardaña llevaba puesto un saco marrón, colocado del revés, o sea, con la pechera sobre la espalda, lo que lo hacía parecer sujeto por un chaleco de fuerza.

—Es por el pecho —me dijo, señalándose el cuello. Yo sabía que sufría de severas anginas de pecho. El cigarrillo —aquellos cigarritos negros «Barbudas», de la época, que solía lucir detrás de la oreja durante los partidos— le había instalado una tos seca en el pulmón derecho y una tos convulsa en el izquierdo. Parecía mentira que un hombre que fumaba como él, casi siete etiquetas por día, pudiese tener ese despliegue incesante y depredador en el campo de juego. ¡Cuántos jugadores de hoy en día, con los tan mentados y publicitados sistemas de entrenamiento, dietas especiales y cuidados dignos de una odalisca quisieran poseer aquella inagotable capacidad física que acreditaba Cardaña, aun considerando sus excesos y descuidos! ¡Cuántos de los señoritos de hoy en día, atentos siempre a sus peinados y manicuras se hubiesen atrevido a mostrarse a la prensa en saco de calle vuelto del revés, camiseta musculosa debajo y pantalón pijama, sin temor a ser el hazmerreír o al escarnio!

En la misma habitación de Cardaña estaba Nelson Amadeus Farragudo, aquel implacable marcador de punta, el del gol agónico al Wanderers en el 49, de sombrero de fieltro sobre los ojos, tomando mate. Le decían «El Buitre» Farragudo, no sólo por la nauseabunda peladura de su cuello, sino porque, cual la conocida ave carroñera, era quien caía sobre los restos de las víctimas de Cardaña, cuando éste recibía a los delanteros rivales por el medio de la cancha. Por la mustia actitud de Farragudo —mitigaba el sonido del mate cubriéndose la cabeza con una toalla— comprendí que algo no andaba bien en mi amigo, su compañero de pieza, el legendario centrehalf peñarolense.

Por si no lo he dicho, Wilson Everton Cardaña tenía una cara de rasgos grandes, muy marcados. Las cejas, negras y pobladas, se juntaban sobre el puente de la nariz. Los ojos, sin ser bellos, eran

saltones y parecían querer fugarse por debajo de unos párpados gruesos, de piel porosa como la de los citrus. La nariz era prominente, larga, carnosa, de aletas amplias. La boca se abultaba bajo el bigote generoso y se alargaba hacia los costados, pareciendo que las comisuras profundas podían alcanzar los peludos lóbulos de las orejas, también enormes. Entre estos lóbulos y la boca, sin embargo, se interponían dos hondonadas como tajos, arrancando desde los pómulos protuberantes para bajar y delimitar con claridad el mentón avanzado y desafiante. Daba la impresión de que uno podía tomar esa porción inferior de la cara, por aquellos surcos que partían las mejillas, y quitarla de allí, como si fuese un aditamento plástico removible. Había en ese rostro algo perturbador y obsceno pero, al mismo tiempo, sobrecogedor. Era como contemplar un fiordo inmemorial, un precipicio de roca desnuda, el magma primigenio. Era asomarse al inicio de la Naturaleza. Y ese rostro, aquel día, estaba transfigurado.

Consciente Cardaña de que yo había percibido ese clima extraño y dislocado, fue hasta una cómoda y sacó algo de uno de los cajones. Pronto se me acercó con la facilidad que le brindaba nuestra confianza mutua, y me extendió una hoja de papel azul.

—Es una carta —me aclaró.

Leí la carta y, en ella, con una letra despareja, salpicada de errores ortográficos, decía: «Soy casi un niño y, desde hace mucho tiempo, me hallo encerrado en una oscura sala del Hospital Muñoz. Padezco de un mal irreversible y, por eso mismo, no estaré el domingo en el estadio para alentar al glorioso Peñarol. Si no es mucho pedir, me haría muy feliz tener en mis manos la pelota con que se juegue el encuentro, firmada por todo el plantel mirasol. Si es necesario pagar, adjúnteme la factura, que oblaré gustoso con dinero que he ahorrado privándome de la medicación. Suyo, José Petunio Inveninato, cama 747.»

Confieso que terminé de leer aquella carta con los ojos nublados por el llanto ¿Cuántos purretes de hoy en día, deslumbrados por el artificio de la tecnología y la banalidad de la computación, serían capaces de solicitar a su ídolo deportivo el humilde y significativo obsequio de una pelota? ¿Cuántos mitos de la actualidad, engallados por la urgencia de una sociedad que no sabe de la pausa para la charla amable o la reflexión, tendrían la delicada paciencia de solicitar la pelota con que se disputa un partido importante para «después» del partido y no para «antes» del mismo, con todos los inconvenientes que esa voracidad podría provocar en la popular justa? Pero mi sorpresa fue inmensa y total cuando alcé los ojos. Allí, delante mío, Wilson Everton Cardaña, «El Hombre», «El Capitán Invicto», «El Hacha» Cardaña estaba llorando. ¡Aquél que hiciera callar de un solo chistido a 150.000 brasileños aterrados en el estadio Pacaembú, cuando la final de la Copa Roca! ¡Aquél que se bajó los pantaloncitos y el calzoncillo punzó para mostrar sus testículos velludos, uruguayos y celestes a la Reina Isabel en el mismísimo estadio de Wembley! ¡Aquél que ya a los ocho años quebrara en tres partes el tabique nasal a su profesora de música en la escuelita sanducera... estaba llorando! Esa cartita escrita sobre el burdo papel azul por aquel botija preso en la fría sala del Hospital Muñoz había hecho el milagro de ablandar el corazón, en apariencia fiero, del granítico centrehalf de Peñarol y la selección uruguaya.

No abundaré en detalles ni cederé a la tentación periodística de recordar los avatares de aquel partido memorable que terminó con el resultado por todos conocido. Callé la historia por mí presenciada en la habitación de Cardaña, por pudor y prudencia, consciente de que no saldría de mis labios ese relato, como así tampoco de los del «Buitre» Farragudo, austero en su vocabulario como en su manejo del balón.

El lunes, al día siguiente del encuentro, acudí al Hospital Marcelo Muñoz, a ser testigo del final de la historia. Esperaba hallar allí tan sólo a Cardaña pero ¡cuán grande sería mi sorpresa al ver a las puertas del nosocomio el plantel íntegro de Peñarol, algunos aún con la camiseta puesta bajo el saco, deseosos de cumplir con el pedido postal! Y lo increíble, lo conmovedor es que no se habían reunido

allí por un acuerdo previo o concertado. ¡Uno a uno, por su propia cuenta, con la misma coordinación que ponían en el campo de juego para implementar la ley del off-side o presionar a un juez de línea, habían llegado hasta el Muñoz para acompañar al capitán en la entrega del preciado regalo! ¿Cuántos planteles de la actualidad, ahítos de dinero y fama fácil, serían capaces de repetir aquella escena, aquella convocatoria, llevada a cabo por hombres simples y cabales, deportistas que no conocían los devaneos en torno a contratos fabulosos ni los desplantes exigentes por unas cuantas monedas de oro, antes de comenzar algún encuentro?

Y entonces fue el sinceramiento. Ante esa presencia masiva y espontánea, frente a tanta humanidad enternecida, Wilson Everton Cardaña no aguantó más y lloró como una criatura. Lo seguí yo y luego el plantel. Lloramos abrazados sin avergonzarnos de los facultativos que nos miraban con cierta curiosidad o de los transeúntes que acertaban a pasar por el lugar. Algún periodista, mal periodista, arriesgó luego la mezquina versión de que el plantel de Peñarol lloraba aún el lunes la ignominia de la abultada derrota, soslayando el hecho irrefutable de que se trataba tan sólo de un acto de amor y desprendimiento. ¡Cuántos periodistas de hoy en día, mercenarios que ponen su pluma al servicio de quien más paga, habrían hecho exactamente lo mismo que aquel sicario de la prensa amarilla!

Desahogados en parte, pero aún trémulos por lo tocante de la escena, pudimos seguir rumbo a la sala 2, media hora más tarde. Adelante, Cardaña, con la número cinco entre sus manos enormes. Atrás, yo y el plantel, encolumnados en un remedo de la tantas veces repetida entrada a la cancha.

Y quiero ser cauteloso al narrar lo que sucedió después, ya que tuvo ciertos rasgos sorprendidos e inesperados. Como así también advertir al lector que mi fidelidad al relato me obliga al uso de palabras que no son de mi predilección, pese a que configuran moneda corriente en la vía pública.

Fue casi simultáneo entrar a la sala 2 e individualizar al pequeño que había solicitado el obsequio. Tendría doce, trece años y, cubierto por un camisón blanco de tela basta, se hallaba de pie sobre su cama, expectante, mirando hacia la puerta como si nos hubiese adivinado. Tal vez el revuelo de enfermeras y doctores lo alertó, quizás la intuición infantil, o tal vez el hecho de que, nosotros, nos acercábamos cruzando los largos y umbrosos pasillos cantando la Marcha del Deporte. Pareció que no daba crédito a lo que veían sus ojos, las pupilas se le empañaron y comenzó a temblar como atacado por la fiebre. Impresionado, Cardaña se acercó a él y le entregó la pelota firmada por todos. El pibe la miró, nos miró a nosotros, volvió a mirar la pelota, nos volvió a mirar a nosotros y finalmente gritó:

—¡Hijos de puta! ¿Cómo pueden perder con esos chotos de Nacional?

Confieso que nos quedamos estupefactos, helados por lo sorprendente de la agresión.

—¿Cómo carajo puede ser que esos putos nos hagan cuatro goles? —siguió gritando el imberbe, ya absolutamente desaforado, roja la cara, las venas del cuello tensas, como a punto de estallar—. ¡Hijos de mil putas! ¡Troncos de mierda! ¡Métanse la pelota en el culo!

Y, acto seguido, arrojó el balón al rostro de Cardaña, estrellándolo contra su nariz. Vi palidecer al capitán y temí lo peor.

—¡Vendidos! —seguía, para colmo, el botija—. ¡Se vendieron como unos miserables! ¿Cuánta gaita les pusieron para ir para atrás, guachos de mierda?

Vi a Cardaña dar un paso hacia el muchacho y supe que no podría contenerlo.

—¡Cagones! —vociferó el chico, empujándose hasta caer, casi de la cama—. ¡Maricones! ¡Vayan a trabajar, ladrones!

Advertí, en el último instante, el brillo asesino de tigre en los ojos de Cardaña, el mismo que había apreciado tantas veces en las inmediaciones del área, y supe que atacaba. Se lanzó con los dos pies hacia adelante en la temida «patada voladora» y alcanzó al muchacho en pleno tórax, de la misma forma en que puso fin a la carrera de Alberto Ignacio Murinigo, el prometedor número nueve del River Plate. Cayeron los dos del otro lado de la cama y, sobre ellos, se abalanzó una docena de

enfermeros que se habían acercado atraídos por los gritos del botija.

Salimos destrozados del Muñoz. Los muchachos de Peñarol, heridos hasta lo más recóndito por la injusticia de los agravios recibidos. Yo, por lo estremecedor de la escena presenciada.

Al día siguiente, un médico de guardia me informó que el chico tenía cuatro costillas fisuradas, lo que obligaría a prolongar su internación seis meses más. También me dijo que el botija padecía de una calvicie irreversible y que había solicitado permanecer internado a los efectos de no concurrir a una escuela técnica que detestaba. Que era un buen chico, en verdad muy hincha de Peñarol y que, meses atrás, se había hecho regalar un planeador firmado por un diestro del volovelismo que había batido un récord sudamericano.

Muy pocos conocen esta anécdota, ya que una conjura de silencio se cernió en torno a ella. Yo me abrigué en el secreto profesional para no revelarla. El plantel de Peñarol calló el suceso por un natural prurito del deportista derrotado y en cuanto al agresivo muchacho, tengo información de que aún sigue en el mismo hospital, aunque ahora con el cargo de «jefe de enfermeras». Wilmar Everton Cardaña siguió jugando, desparramando coraje y sangre charrúa en cuanto campo de juego le tocó en suerte asolar. Siguió acrecentando su fama de guapeza y virilidad sin límites. Siguió mostrando, en suma, una sola de sus dos caras o facetas: la del enérgico, pétreo y filoso centrehalf de los de aquellos tiempos.

Apenas un puñado de sus más íntimos, guarda, como un tesoro, el secreto de aquellas lágrimas que supo derramar ante el conmovedor y sencillo pedido de un niño.

# La columna tecnológica: Fútbol y ciencia

## ¡Hasta siempre, señor árbitro!

Los setenta y tres mil espectadores que concurrieron el 15 de enero de 1988 al Duisburg Stadium de Oberhausen no pudieron dejar de apreciar que entre los protagonistas del espectáculo había significativas ausencias.

Y no se trataba, por cierto, de que el Ruhr 214 no alistara entre sus filas a Hans «Caperucita» Gfrörer, o bien que entre los fervorosos «barqueros» del Postfach no estuviese Fritz, «El talabartero» Kiepenheuer. Lisa y llanamente, lo que brillaba por su ausencia aquella tarde en el Duisburg Stadium era el terceto arbitral. De cualquier forma, no era una sorpresa para el público, dado que, la «Effektivaterien Ballönem Helveticen» había anunciado el match como una prueba piloto de un nuevo sistema de «referato a distancia». Efectivamente, a escasos cien metros del coqueto estadio de Oberhausen, los concurrentes podían advertir una misteriosa construcción de cemento, de forma tubular, que alcanzaba la respetable altura de 75 metros. Esta torre no presentaba ventana alguna, y más podía confundirse con un monumento moderno, o con alguna reminiscencia emblemática de la majestuosidad nazi que con lo que verdaderamente era: la central computarizada de control desde donde se dirigiría el encuentro. Los curiosos asistentes al match tampoco podían adivinar que, bajo sus pies, una intrincada maraña de cables, sensores electrónicos, filamentos inalámbricos y terminales computarizadas, unían el estadio propiamente dicho con la torre de referato.

Dentro de la torre, a una altura de 50 metros sobre el nivel del piso, se encuentra la nave central, a la cual se accede mediante el servicio de tres elevadores, uno para el árbitro y los restantes para ambos jueces de línea. Quien entra allí, a ese vasto recinto privado de luz natural y arrullado por el permanente murmullo de los acondicionadores de aire, podrá pensar que se halla en alguna de las centrales de control de vuelo de la NASA, o bien que ha caído en el vientre mismo del *Nautilus*, el legendario sumergible del capitán Nemo.

Ciento veintisiete pantallas de televisión, prolijamente alineadas, emiten su mensaje, desde las paredes levemente curvadas del salón. En frente de ellas, en medio de ellas, tres hombres, tres profesionales en el difícil arte del referato futbolístico, receptionan hasta el más mínimo detalle de cuanto ocurre sobre el campo de juego. Allí, alejados de la gritería ensordecedora de la turbamulta, ajenos a la indudable presión que configura el hostigamiento de los partidarios, los colegiados pueden dirigir, asépticamente, el encuentro.

El sistema, costoso hasta el momento, simplifica notablemente la tarea del árbitro y ha reducido en forma sensible los disturbios en los campos de juego. El juez, fría su mente, gozando del privilegio de beber su marca de cerveza preferida en tanto vigila a los 22 jugadores, cuenta, entonces, con la inestimable ayuda de mil ojos electrónicos que complementan los suyos. En cuanto detecta una infracción, oprime un botón y un silbato estridente se escucha a unos cien metros más allá, en todo el estadio. Si la jugada no ha sido clara o si la infracción es dudosa, el colegiado cuenta con otro valioso recurso para calmar y convencer, en forma palmaria, al bando que se considera perjudicado: con otro simple botón desplegará sobre las dos inmensas pantallas electrónicas colocadas en ambas cabeceras del estadio, la escena repetida, con detención de imagen y ampliación de los ángulos necesarios para refrendar con sólidas razones la penalidad adoptada. Cualquiera podría suponer que esa maniobra requeriría dos o tres minutos en concretarse, con el consiguiente retraso y ruptura del ritmo del partido. Pero no es así, ya que la memoria computarizada seleccionará entre los centenares de enfoques de la misma acción, las cuatro o cinco que considere más gráficas y contundentes, brindando

al juez, en una fracción de segundo, la posibilidad de poner frente al público las que juzgue más válidas. Todo esto, sin que la máxima autoridad del match sufra el reproche de los jugadores ni sus estentóneos reclamos.

Más simple aun, para el nuevo sistema de referato, es eliminar cuanta duda pueda presentarse respecto de balones fuera de juego, balones ingresados o no tras la línea de la portería, o bien, incluso, ante la siempre controvertida «Ley del Offside». Un sistema televisivo tipo «Fotochart» turfístico elimina cualquier clase de duda, ya que el ojo eléctrico que patrulla la línea del último defensor captará, precisará y denunciará a quien reciba el balón en posición prohibida. En los casos de un discutido *hand*, por ejemplo, donde ni siquiera la visión televisiva puede dictaminar en un ciento por ciento el contacto del balón con la mano del defensor, también la insospechable computación vendrá en auxilio del señor árbitro, puesto que las pantallas mostrarán la acción, agregando un luminoso respunte verde Nilo de coordenadas y flechas indicatorias que avalan la posibilidad o la imposibilidad, de que dicho contacto haya tenido lugar.

De cualquier manera, el revolucionario sistema, llamado provisoriamente AUP (Arbipeissal Und Perspektiven), admite también el encanto de la controversia. Nadie puede negar el importante condimento que significa para el partidario del fútbol la discusión en la oficina, durante toda la semana, sobre si tal o cual fallo estuvo acertadamente tomado. Y no puede, tampoco, quitársele al aficionado común la posibilidad de exorcizar sus frustraciones y represiones domésticas, denostando la figura del colegiado. Así ha sido siempre y lo seguirá siendo, aunque en menor medida con el nuevo sistema, que también deja, sabiamente, resquicios para la discusión.

En algunos casos muy puntuales, el poder de decisión quedará en manos del clásico y consabido criterio personal del árbitro. Allí, como siempre la falibilidad humana seguirá alimentando el intercambio de opiniones. Se dará, por ejemplo, con la inefable «Ley de la ventaja». No habrá computadora, entonces, que ayude a dictaminar a su referí si tal o cual jugador cometió una infracción adrede o sin quererlo, como tampoco contará el árbitro con ayuda tecnológica para decidir si el delantero que se proyectaba solo hacia el gol ha de caer definitivamente o podrá continuar con su carrera, luego del golpe que intentara derribarlo. La misma incógnita deberá enfrentar el colegiado cuando deba determinar, sin respaldo científico alguno, cuándo una «mano» dentro del área es intencional o casual, ya que no hay todavía, por fortuna, computadora alguna que esté conectada con el cerebro mismo de los futbolistas. Se podrán repetir, entonces, protestas o abucheos del público, pero ya nunca de la magnitud de la ocurrida en torno al recordado árbitro internacional belga, Henri Degrelle<sup>[1]</sup>.

Justamente en virtud de este suceso, la FIFA aceleró los estudios y puesta en práctica del sistema AUP. De todos modos, ese grado de controversia, ese resquicio de humana posibilidad de error ha sido minuciosamente estudiado por los psicólogos que trabajaron en el proyecto para no revestir al más popular de los deportes de un halo tecnocrático que le reste espontaneísmo y creatividad. Así será, entonces, que los seguidores partidarios de los conjuntos podrán continuar exteriorizando sus quejas como siempre, como en todas las épocas, a pesar de que, también en ese orden, se han detectado indicios inquietantes. En efecto, desde el 17 de junio último, un adelanto significativo se puso de manifiesto en el campo de la protesta partidaria, en ocasión de llevarse a cabo el clásico encuentro entre el Benelux-Gotha de Mons y el Astipalaia, de Grecia. Tras un discutido fallo del colegiado sueco Gustavo Skelleftea, un proyectil misilístico del tipo M-L7, versión soviética de segunda generación, impactó y redujo a polvo la torre de control de referato. Se piensa que el proyectil fue accionado por un fanático del Astipalaia, mediante un propulsor personal, desde atrás del arco norte del estadio, distante casi unos 250 metros de la sólida construcción tubular, aún hoy hecha escombros. «Ellos también han progresado mucho», sólo atinó a decir Gerd Walde, titular del Consejo Arbitral Germano y propulsor del sistema AUP, a título de conformista comentario.

# Escenas de la vida deportiva

—Andá cambiándote, Tito —pidió Rogelio, que estaba sentado en el suelo poniéndose las medias. Tito se quedó mirando hacia la cancha, fruncida la nariz.

—¿Nadie vino a reservar la cancha? —preguntó. Jorge había atado el extremo de una venda al paragolpes del auto, se había alejado un par de metros y ahora la enrollaba prolijamente. No contestó.

—¿El boludo del Ruso no vino a reservar la cancha? —insistió Tito, el bolso al hombro.

—Cambiate, Tito —dijo Aguilar—. Ya se van los muchachos.

—¡Ruso! —gritó Jorge—. ¿Reservaste la cancha?

El Ruso ni se dio vuelta para responder, sentado sobre el piso aún húmedo.

—No vine, Jorge —gritó—. ¡Con lo que llovió anoche! Pero no hay drama...

—El Ruso se la piroba a la vieja y la vieja se la presta —asesoró Aguilar.

—¡Ruso! —llamó Tito—. ¿Te seguís haciendo tirar la goma con la vieja cada vez que venís a alquilar la cancha?

—Por lo menos no te la cobrará ¿no? —aportó el Pichicua.

—El Ruso se piroba a la vieja —Jorge ya había terminado de enrollar las vendas—. La vieja no le cobra el alquiler pero después él nos lo cobra a nosotros.

—Esas viejas son perfectas para chuparte el zodape porque no tienen dientes, ¿no Ruso?

El Ruso movió la cabeza de un lado al otro.

—Hijos de puta —reprochó—. Como ochenta años tiene la vieja. ¿No tienen madre, ustedes?

—¿Qué? —Tito eructó—. ¿Te querés culear a mi vieja también?

Se rieron. En la cancha, una multitud de morochos corría detrás de una pelota marrón y deformada. Algunos de ellos con pantalones largos arremangados y descalzos. Jugaban y gritaban. Se reían.

—¡Tienen un pedo éstos! —dijo Marcelo.

—Claro. Si se comieron un asadito allá, detrás del arco.

—Mirá la zapan de aquél... Hijo de puta, parece embarazado.

—Éstos no se van a ir más —calculó Tito, indolente.

—¡Cambiate, forro! —le gritó Miguel—. Cambiate de una vez y dejá de hinchar las pelotas.

—¿Y quién les va a decir que se vayan? —Tito concedió descolgar el bolso del hombro—. ¿Vos les vas a decir que se vayan?

—¡Ya hablé con uno de ellos, pelotudo! —dijo Aguilar—. Se van ahora nomás.

—Mirá la caripela de los negros. Como para decirles algo está...

—Si no se pueden ni mover del pedo que tienen. Juegan cinco minutos más y se mueren...

—¿No se pueden ni mover? —se hizo oír el Ruso, atándose los botines—. Mirá cómo la pisa el gordo aquél... ¡recién hizo un gol!...

Tito se sentó sobre el pasto con un resuello.

—Sabés qué ganas de apoliar que tengo... Me hubiera quedado durmiendo —dijo.

—Está lindo para dormir —aprobó el Ruso.

—Es al pedo —meneó la cabeza Miguel—. Lo que es no saber un carajo de fútbol. Estos son los mejores días para jugar, querido. Nublado, fresco...

—Estuvo lloviendo, Negro —se quejó Tito.

—Quieren venir a jugar cuando hay sol y un calor de cagarse —Miguel afeó la voz, doctoral—.

Ahí quieren venir a jugar. Cuando no te podés ni mover del calor que hay. Hoy está perfecto, papá.

—Es verdad. Es un día bárbaro —aprobó el Ruso, que dudaba entre sacarse el buzo o no.

—¡Pero claro, querido! —siguió Miguel—. Ni siquiera hay viento. Es preferible jugar con lluvia

que con viento, mirá lo que te digo.

—Seguro —Marcelo ingresó en la controversia, desde lejos—. Con viento es una cagada. Nunca sabes para dónde mierda sale la pelota. Con lluvia, cuando le agarrás la mano al pique... chau... cuando le adivinás el sapito...

—Es que sale como arriba de un vidrio...

—¡Eso! Ahí está la joda. Pero es mejor que con viento.

—Es que éstos no saben nada, Chelo —se envalentonó Miguel—. Hay que explicarles todo. Quieren entrar al Primer Mundo y se quedaron en la Pulpo de goma...

—No pasaron de la de tiento.

—Se quedaron en la Plastibol.

Tito, luego de sentarse, se había ido dejando caer hacia atrás, hasta quedar acostado con el bolso de almohada.

—Avisame cuando empiece —pidió.

—¡Vestite, boludo! —atronó Aguilar—. Después empieza el partido y todavía te estás cambiando, como el otro día.

Tito se rió.

—¿Cuántos polvos te echaste, Tito? —preguntó Rogelio, que había terminado de enrollar las vendas. Tito seguía riéndose, tapándose los ojos con un brazo. Se le sacudía el estómago bajo la camisa a cuadros—. ¿La colocaste hoy? ¿Te permitió la patrona?

—¿Usted también la puso, Marcelito? —se interesó Aguilar, generalizando el tema.

—Cuatro al hilo.

—¿Y te podés sentar todavía?

—¿No se cansa tu novio? —añadió el Ruso.

Tito se seguía riendo. Pero se levantó de pronto, como alarmado.

—¡Che, esto está mojado!

—Y claro, nabo, si llovió toda la noche.

—¿Llovió mucho? —preguntó Marcelo.

—Yo me desperté a eso de las cuatro y caían soretes de punta —dijo Miguel que había abierto la botellita de aceite verde—. Dije «cagamos»...

—El Negro es como los pibes —Jorge, ubicado entre los autos, meaba un neumático—. Se despierta a la madrugada para ver si llueve y si al día siguiente se puede jugar.

—¿Y qué te parece?

—Toda la semana esperando el sábado.

—Che... —Tito había empezado, morosamente, a desabrocharse el pantalón—. ¿Quién trae la pelota?

—Rogelio —Aguilar buscó con la vista y llamó—. ¡Rogelio! Vos tenés la pelota, ¿no?

—No —se alarmó Rogelio.

—Ay, la concha de su madre —Marcelo tironeaba de los cordones—. Siempre el mismo quilombo con la pelota. ¡No me digás que no hay una pelota!

—Yo se la di a Pepe el sábado pasado —se encogió de hombros Rogelio.

—Uy, la puta que lo parió...

—Bueno, muchachos... —anunció resignadamente Tito, abrochándose de nuevo el cinturón.

—No. No —calmó Rogelio—. Pepe viene. Viene seguro.

—¿Cuándo hablaste con él?

—Esta mañana. Me dijo que venía. Más, teniendo la pelota. No nos va a cagar así.

—El que no viene es el Flaco —anunció el Ruso.

—¿Por qué no viene el Flaco? —se ofuscó Miguel—. ¿Otra vez nos caga ese hijo de puta?

—No sé, tenía que hacer...

—Pero... ¿será posible? —Miguel se había puesto de pie, deteniendo la minuciosa dispersión del aceite verde por sus piernas—. Yo no me explico. ¿Qué otra cosa más importante que jugar al fútbol podés tener que hacer un sábado a la tarde, decime? ¿Qué otra cosa?

—Tenía que viajar, iba a Córdoba, no sé...

—Pero que se vaya a la concha de su madre, que no venga más.

—Tiene una novia allá, por Alta Gracia, que le da cuerda.

—Ya se van los muchachos —el Ruso miraba hacia la cancha.

Los morochos se iban retirando. Había uno tirado en el suelo, boqueando. Otros dos corrían a un flaquito, que persistía en dispararse con la pelota. «¡Cuajada! —le gritaban—. ¡Pará, Cuajada, o te vamos a cagar matando!». Se reían.

Gonzalo, que se cambiaba adentro del auto, por el frío, llegó al trote, endurecido.

—Pediles a ver si nos dejan la bola —sugirió al Negro. Aguilar miró hacia la cancha.

—¡Qué mierda te la van a dar! ¿Y dónde se la devolvés, después?

—Se la llevamos a la casa.

—¡Ni casa tienen estos negros! —se rió Marcelo—. Si vinieron todos en un camión. «Se la llevás a la casa». ¡Mirá las amistades que tiene el Gonza!

—¡Boludo! ¡Si no tenemos pelota! —Gonzalo miraba irse a los morochos, como con pena.

—Ahí viene Pepe. Ahí viene Pepe. Él la trae —tranquilizó Jorge.

—¿Ése es el auto de Pepe?

—Sí. Un Renault.

—¿Rojo?

—Sí, rojo.

—Ese auto no es rojo.

—Espera que pase detrás de la casilla y lo vas a ver bien.

—Sí, es Pepe, es Pepe...

—Es Pepe.

—¡Es Pepe! —certificó, casi desde el centro de la cancha, Marcelo.

—¿Qué hacés, Chelo, estás rezando? —le gritó Gonzalo. Marcelo se había arrodillado y, en un impensable rasgo de pudor, meaba cortito sobre el césped.

—Es muy católico el flaco.

—Che... —Tito se había quedado en calzoncillos y mostraba unas piernas flacas y lampiñas—. ¿Ellos vinieron?

Había logrado interpolar una nueva nota de intranquilidad. Aguilar y Miguel miraron hacia el otro costado de la cancha.

—Sí, vienen —masticó Miguel, que no quería pensar en la posibilidad de suspender—. Vienen. Ellos vienen.

—¿Vos viste a alguno?

—El jueves lo vi en el centro al pelado que juega de cinco. Y me dijo que venían.

—El jueves no, boludo. Ahora, te digo. ¿Acá viste a alguno?

El Ruso pisaba cuidadosamente la cancha casi pelada. Daba saltitos para entrar en calor.

—¡Allá hay uno! —gritó, señalando hacia los árboles de enfrente.

—Ah, sí... —Rogelio se quedó con el pantaloncito en el aire, escudriñando la lejanía—. El morochito que juega de siete. El... ¿cómo le dicen?

—El Bimbo, el Pimba, algo así. La mueve ese hijo de puta.

—¡Qué sorete la va a mover!

—¿Ah no? ¡El zaino que te hizo comer la vez pasada!

—¡Qué va a mover! A tu hermana se puede mover el flaco ese...

—Y con uno solo... ¿Qué hacemos? —Tito dudaba en sacarse la camisa.

—¡Ya vienen los otros, pelotudo! Vienen todos juntos. El otro día vinieron en dos autos, sobre la hora.

—¿Qué hora es?

—Cambiate, gil, y dejá de romper las bolas.

—Chupame el choto —recomendó Tito—. Y pasame el aceite verde.

—Comprate, si querés aceite verde —negó Miguel—. Miserable de mierda. Vos sos como el otro, el Gonza, que nunca pone guita para la cancha...

—Metetelo en el orto.

—¿Vos sabés cómo pica?

—¿Nunca te lo pasaste sin querer por las bolas?

—Ay, mamita querida. ¿Y el Fonalgón?

Pepe había estacionado el auto y venía a paso lento hacia el grupo.

—¿Trajiste la pelota? —le gritaron varios.

—La tengo en el baúl.

—¡Y bajala, sota, o te creés que vamos a estar toda la tarde esperando!

—¡Pepe maricón! —chilló Marcelo, distorsionando la voz.

—¡Putazo! —se unió Tito. Pepe, caminando de nuevo hacia el auto, giró hacia ellos y se agarró los huevos. Después siguió caminando.

—¿Cuántos somos? —preguntó Miguel—. ¿Juntamos gente?

—Sí. Estamos. Estamos —dijo Aguilar.

—La concha de su madre puta —farfulló Tito. Se había quedado con la mitad de un cordón del botín en la mano.

—¿Sabes por qué te pasa eso? —asesoró el Negro—. Porque te pasas el cordón por debajo de la suela. ¿Te lo enrollás por debajo de la suela? Así se te rompe.

—¿Por qué no me chupás un huevo, cabezón? —Tito resoplaba reacomodando el largo de los cordones—. ¿Ahora me lo decís?

—Hay que decirles todo, Negro —habló Miguel—. No están para el Primer Mundo.

—Si por lo menos viniera un par más de ellos —calculó Gonzalo—. En el último de los casos hacemos un picado.

—¡Si ellos vienen, ellos vienen! —desestimó Miguel, que había terminado de lubricarse—. ¡Allá vienen!, ¿no ves? ¡Para que te dejes de hablar al reverendo pedo!

—Ahí estamos —musitó Gonzalo, levantando apenas la vista—. ¡Llegaron, che! —les avisó a los otros. Pepe había sacado la pelota del baúl del auto, la apretó un par de veces para ver cómo estaba y después la tiró hacia la cancha donde ya trotaban y hacían flexiones casi todos.

—¡Traela! ¡Traela! —pidió el Ruso, que sólo se ponía locuaz cuando entraba a la cancha. Miguel, en cambio, se mantuvo serio. Fue hasta donde estaba Tito y se puso en cuclillas junto a él.

—Tito —le dijo—. Hoy no te mandes tanto al ataque. Seguro que por tu lado va a jugar el flaco del otro día, ese que le dicen Trastorno. Es muy rápido. Tratá de encimarlo y no dejarlo dar vuelta. Si lo dejás darse vuelta te pinta la cara porque es un pedo líquido ese hijo de puta. Le vas encima y ponete de acuerdo con Aguilar para que cierre por detrás tuyo si se la meten a tu espalda... —Tito aprobaba con la cabeza, obediente— ¿De acuerdo? ¿De acuerdo? —recalcó Miguel—. Porque vos me decís que sí y después no hacés un carajo de lo que te digo...

—Sí. Pero decile al Negro. Porque aquél agarra la lanza y se va arriba y después no vuelve en la puta vida.

—Si vos te vas a volantar, yo te hago el relevo, quedate tranquilo. Pero además, yo le digo al

Negro —Miguel se puso de pie como si hubiese terminado con la indicación, pero antes de meterse en la cancha, se volvió para decir—. Guardá los bolsos en el auto, Rogelio. Nunca se sabe.

A Tito lo único que le faltaba ponerse era la camiseta verde, y puteaba por el frío.

—Loco ¡qué busarda que tenés! —Pepe, desde el suelo, poniéndose los botines, lo miraba y se reía. Tito se miró el estómago como si recién lo descubriera.

—Tengo que salir a correr —calculó.

—¿No salís a correr en la semana?

—No tengo tiempo, Pepe. Debería. Pero...

—Salgamos. Llamame y salimos.

—Sí. Porque así...

—Después se siente en los partidos...

—Te llamo, porque no hay nada más rompebolas que correr solo.

—Después no me llamás nunca, hijo de puta. Ya el mes pasado me hiciste lo mismo.

—Te llamo, te llamo —prometió Tito, pero ya Pepe corría hacia el arco más cercano, donde peloteaban al Lungo. Miguel no se dignaba a patear. Intentaba tocarse la punta de los botines con los dedos y recomendaba «elongá, elongá» a cada uno que le pasaba cerca. Pero, de pronto se irguió y siguió atentamente el curso de una pelota que se iba entre los árboles.

—¡Che...! —advirtió—. ¿No está bofe esa pelota?

—Está un poco globo —admitió el Ruso—. Pero está bien.

Víctor la había ido a buscar casi hasta el terraplén, detrás del arco, y la devolvió hacia la semiborrada línea del área. Marcelo la paró con el pecho y la tiró de nuevo a la copa de los árboles.

—¿Con qué le pegás, hijo de puta? —lo observó, fijamente, Miguel, las manos en la cintura—. ¿Cómo se puede tener tan poca sensibilidad en el pie? ¿Cómo se puede ser tan animal? —Marcelo se reía—. Si te ve Federico Sacchi se muere de un infarto, querido —la siguió Miguel—. ¡Y pretenden jugar al fútbol! ¡Qué agravio a la cultura futbolística del país, por favor! ¡Son jugadores de terraza, nacidos en el centro! ¡Cuánto potrero que te falta, por Dios!

La pelota, esta vez, y quizás intencionadamente, le llegó a Miguel, que la puso bajo la suela y miró el arco.

—¿Dónde la querés? —le preguntó al Lungo.

—Pateá y dejá de hinchar las bolas —dijo el Lungo.

—Decime, decime.

—Ahí —señaló el Lungo, mostrando el ángulo bajo del segundo palo. Miguel le pegó de derecha, con estilo, y la pelota se elevó unos cuatro metros para caer tras el terraplén. Hubo risas.

—¡No! ¡Traé! ¡Traé para acá! —Miguel había salido disparado detrás de la pelota, a grandes trancos, enojado—. ¡No se puede jugar con eso! ¡Es un bofe esa pelota, hay que inflarla!

—¡No rompás las bolas, Miguel! Está bien la pelota. Mejor si está blanda. Dejala así —se quejó Gonzalo—. Después se moja y se pone que pesa una tonelada. Te hace mierda el balero si cabeceás...

—Mirá lo que es esto. Mirá lo que es esto —graneaba Miguel, oprimiendo la pelota con ambas manos—. No se puede jugar al fútbol con esto.

—¡Largala! —Jorge se golpeó las manos, girando sobre sí mismo—. ¡Cómo rompe las bolas el negro éste!

—¡Pero si a ustedes les da lo mismo jugar con una pelota que con un ladrillo, querido! —dijo Miguel—. Para lo que juegan, todo les resulta lo mismo...

—La verdad que está un poco floja —admitió el Ruso, junto a Pepe.

—Pero es la única que hay.

—¡Muchachos! —llamó, Gonzalo, a los rivales—. ¿Ustedes trajeron una pelota? —El Pelado negó con la cabeza.

—Nos dijeron que ustedes tenían. ¿Qué le pasa a ésa? —preguntó después.

—¿Tienen un inflador? —Miguel estaba empecinado.

—¿Y qué haces con un inflador, Miguel, si no tenés un pico? —dijo Gonzalo, un poco hartó.

—Pico hay. Pico hay. ¿Vos no tenés un pico en el auto, Pepe?

Pepe puteó por lo bajo y se fue para el auto.

—El flaco aquel tiene un inflador —alertó el Ruso, señalando, dentro del grupo de la contra, al que había llegado primero en bicicleta. Miguel se encaminó hacia allí.

—¡Dejala así, Negro! ¡Dejala así! ¡Está bien así! —insistió Jorge.

—A ver si todavía la hace cagar este pelotudo —previno Tito.

—¡Ustedes corran! —ordenó Miguel, dándose vuelta y sin soltar la pelota—. ¡Muévanse, elonguen que hace frío!

Cuando Pepe llegó con el pico ya tenía el inflador.

—Dame —dijo. Y empezó a escudriñar el cuero de la pelota con los ojos entrecerrados—. ¿Dónde está la marquita?

—Hacela girar, hacela girar —dijo Pepe, con su cabeza casi apoyada sobre el hombro de Miguel.

—Sin anteojos no veo un choto.

—Marquita puta... Es una flechita...

—Una flechita. Pero se le borra después...

Miguel seguía haciendo girar el balón, mirándolo, con la nariz prácticamente pegada al cuero.

—A veces la marcan con una birome... ¡Acá está!

Una minúscula flecha bordada en cuero señalaba un orificio diminuto, disimulado en la costura de dos gajos.

—¿Es éste, no, seguro?

—Sí, sí, es ése... —Miguel carraspeó.

—Metete un gallo —recomendó Pepe. Miguel sostenía la pelota con una mano contra el pecho mientras con la otra manipulaba el pico.

—¡Cómo vas a jugar con la pelota así, macho! —se escandalizó—. ¿Dónde se ha visto? ¡Estos, porque tienen un garfio en el empeine! Juegan al fútbol porque Dios es grande... No saben un sorete, hay que decirles todo...

—No te comprenden, Miguel.

—Sufro la soledad de los líderes, Pepe...

—¿Qué pasa, Miguel? —se acercó corriendo Tito—. Ya estamos para largar.

Miguel escupió una saliva blanca y espumosa sobre el agujero de la pelota. Le erró por un centímetro. Primero hizo girar el balón, procurando que la oscilación deslizara la escupida hasta cubrir el agujero. Pero luego, apurado, la empujó directamente con el dedo hasta tapar la casi inapreciable juntura. Luego metió la punta del pico hasta encontrar resistencia.

—Ojo... —recomendó Pepe—. ¿Ahí está el agujero?

—Pará —dijo Miguel. Sin sacarle el pico del inflador, bajó la pelota hasta aprisionarla entre sus rodillas.

—Ojo —repitió Pepe. Miguel hizo fuerza, empujando el pico.

—No entra el hijo de puta —cerró los ojos.

—¿Estás seguro que está ahí la válvula? ¿No se habrá corrido la cámara?

—No. Está ahí. Está ahí —aseguró Miguel y pegó un nuevo empujón al pico. Se oyó una explosión ahogada y la pelota pareció aflojarse entre las manos.

—La pinché —dijo Miguel, girando la cabeza y mirando a Pepe con cara inexpresiva—. La pinché.

Estuvieron unos veinte minutos más viendo si llegaba alguien con una pelota. O si pasaba alguien

que tuviera una. Marcelo se ofreció a ir a buscar una a la casa de un primo, en el centro, pero no sabía si el primo estaba o se había ido a la isla... Le dijeron que no. A la media hora, Tito comenzó a cambiarse de vuelta. Gonzalo lo puteó por enésima vez a Miguel y rumbeó para el auto.

—¡No se podía jugar así, querido! —reafirmó Miguel—. Se pinchó, mala suerte. Pero así no se podía jugar. Ningún jugador de fútbol que se respete puede jugar con una pelota así.

—Vos te quedaste en la Pulpo, Miguel —hirió Jorge, yéndose—. No estás para la de cuero.

—Y ustedes se quedaron en el Tercer Mundo, hermano —no daba el brazo a torcer, Miguel—. Les da lo mismo pato o gallareta. Total... para ustedes todo es igual...

—Miguel —llamó el Ruso, ya cambiado, en su habitual tono calmo y medido—. Andate un poco a la concha de tu madre —y aceptó la invitación de Aguilar de volverse juntos en el auto para el centro.

# Jorge, Daniel y el Gato

—¡Qué verga somos, viejo! ¡Qué verga! —Jorge se inclinó con un gesto de dolor y se quitó, uno a uno, los botines embarrados. Se masajéó, siempre con rostro dolorido, los dedos del pie bajo la tela gruesa de las medias de fútbol.

—Qué le vamos a hacer —dijo el Gato, el vaso de cerveza en la mano, por decir algo, casi distante, como resignado. Más atrás, en la misma mesa pero alejada su silla como dos metros, las piernas abiertas, el Dani lucía abstraído, totalmente ausente.

—¿Cómo mierda podemos perder tantos goles, digo yo, cómo podemos perder tantos goles? El otro día contra La Cortada, lo mismo, querido, erramos una barbaridad... Después ellos, cuando tienen una oportunidad, te abrochan y andá a cantarle a Gardel...

—¿Te duele? —preguntó el Gato, señalando con su mentón hacia los pies de Jorge.

—El tobillo —señaló—; pisé un pozo y me lo torcí. Me lo hice percha.

—Parate —recomendó el Gato.

—Si me paro me duele más, pelotudo.

—Que no jugués, te digo, forro. Parate quince días porque si el próximo partido se te llega a torcer de nuevo después se te hace crónico.

—Ahora le meto hielo —desestimó Jorge—. Y cuando se deshincha me vendo bien y no hay problema.

—Te lo vas a cagar, Jorge.

—Si no vengo yo, creo que el próximo sábado no juntamos ni siete como para entrar a la cancha.

—O andá a lo de la curandera que dice el Niki —insistió el Gato.

—¿Qué curandera? —Jorge se reía, pese al dolor.

—Dice que las torceduras te las cura con un vaso de agua. La vieja tira granitos de trigo, ¿viste la especie de semillitas de cuando desarmás las espigas?, en un vaso de agua. Las semillitas que se van al fondo son los nervios que tenés sacados. Las que flotan son los que están bien.

Jorge lo miró al Gato, incrédulo.

—O al revés —se cubrió el Gato—. Al Niki lo curó así. Bah, eso dice el Niki.

—Al Niki lo que hay que hacer es internarlo en un psiquiátrico —murmuró Jorge—. Me vendo bien, y a la lona —reafirmó. Después recogió los botines, parándose. Se tomó la cintura con las dos manos y estiró un quejido gutural—. La concha de su madre —dijo—, me duele todo.

—Para colmo está pesadísimo —el Gato se pasó la manga de la camiseta sobre la frente calva empapada de sudor—. Y hace transpirar esta porquería —elevó un tanto, mostrando, el vaso de cerveza.

—Hay que decirle a Enrique que el sábado que viene traiga las camisetas de manga corta. No puede ser tan boludo —dijo Jorge, ya con las llaves del auto en la mano, como demorando la retirada.

—¿Las blancas? Están hechas mierda esas camisetas, Jorge.

—No, están bien... Bah... Se las aguantan...

—Faltan números.

—El boludo del Ñaqui que se quedó con una cuando se cabreó por lo de Gustavo.

—Hay que decirle que la traiga. Al Mosca también.

—Al Mosca que lo hable otro, yo no lo hablo... ¿Vos venís el sábado, Daniel?

Jorge señaló con la llave del auto al Dani que, hasta ese momento, no había salido de su mutismo, la vista perdida hacia el ventanal que daba al bulevar Rondeau, despatarrado sobre la silla.

—No. Creo que no.

—Uy —arrugó la cara, Jorge—. Cagamos —se dirigió al Gato—. No sé si juntamos once si éste

no viene. Tito tampoco puede venir, al Pinza lo echaron hoy, el boludo. Le van a dar como cuatro fechas...

—¿Por qué Tito no viene? —preguntó el Gato.

—Qué sé yo... Tiene un bautismo, una de esas boludeces que siempre tiene.

—¿Otro bautismo?

—¿Podés creer?

—¿Qué es Tito? ¿Monaguillo?

Jorge soltó una risa corta.

—Cagamos —repitió—. Para colmo, el otro forro de Aníbal hoy se fue cabrero...

—¿Por qué se fue cabrero?

—Porque el Colo no lo puso de arranque. Y... ¡viejo! Somos once. No podemos jugar todos. Si al final de cuentas, vos bien lo sabés, al final, jugamos todos. Hoy faltás vos, mañana falto yo...

En silencio, Dani osciló la cabeza, como desaprobando, pero no dijo nada.

—¿Vos no venías, entonces? —insistió Jorge.

—No. Creo que no. Creo que tengo que viajar —dijo Daniel, serio.

—¿Contra quién es? —dijo el Gato.

—Cerámica, creo... ¡No! No. Palermo, Palermo.

—No es tan jodido.

—¡Para nosotros son todos jodidos, Gato! —se rió, irónico, Jorge—. Mirá vos hoy, estos muchachos no le habían ganado a nadie, a nadie, son unos chotos, Gato. Y se vienen a desvirgar con nosotros, a nosotros nos hace la fiesta cualquiera... Dejame... Somos una verga nosotros, Gato, no me digas...

El Gato hizo un visaje con la cara, de aprobación, negación o duda.

—Chau. Nos vemos —dijo Jorge, y se fue rengueando hacia el auto—. Chau, Daniel —incluyó, de última, ya desde la vereda de «El Morocho del Abasto». Daniel y el Gato se quedaron en silencio. El Gato apuró lo último de su cerveza y liberó luego un eructo suave.

—¿Y el Mosca por qué no viene? —se preguntó después, en voz alta. Daniel había apoyado sus codos sobre las rodillas peludas y miraba hacia la calle. El sudor le resbalaba por la frente hasta la nariz y luego caía por ésta, para precipitarse desde su punta sobre el bolso que estaba entre sus pies. Daniel se encogió de hombros.

—Qué sé yo —moduló con la boca, sin emitir sonido alguno. Después empezó a sacudir la cabeza hasta girarla para mirar al Gato.

—¿Vos viste cómo me puteó el Quique? —le preguntó—. ¿Vos viste cómo me reputedó el Quique, ese pedazo de pelotudo? —repitió, antes de que el Gato contestara nada. El Gato abrió mucho los ojos, simulando.

—No... ¿Cuándo? —mintió.

—Cuando me erré ese gol, en el segundo tiempo...

—¿Cuál?

—¡En el segundo tiempo! —se exasperó Daniel—. Que íbamos uno a cero. Si lo hacía nos poníamos uno a uno...

—¿Ése que pasó todo frente al arco? ¿Que...?

—¡Ése! Que se fue la Pioja por la izquierda y metió el centro atrás...

—Ah, sí... Pero no lo vi muy bien... Yo estaba afuera.

—¡Pendejo pelotudo! ¡Como si uno errara los goles a propósito, viejo!

—Sí... Pero no escuché. La verdad que no escuché. Vi la jugada pero...

—Arriba me putea el hijo de puta.

—Te venía alta, me pareció...

—¡Acá me venía! —como impulsado por un resorte, Daniel se paró, señalándose a la altura de la ingle—. ¡Acá! ¿Cómo mierda quería que le pegara? La tocó el arquero, picó y se levantó...

—No bajaba nunca.

—¡Nunca bajaba, la concha de la lora! Y el otro pelotudo me viene a putear. El sorete ese de Quique...

—Bueno, pero... Qué sé yo...

—¡Mirá si nosotros tuviéramos que putearlos a ellos por las cagadas que se mandan ahí abajo! —Daniel ya estaba un tanto descontrolado—. ¡Mirá si nosotros tuviéramos que putearlos a ellos por los cagadones que se mandan ahí abajo! Hoy mismo, hermano... ¡Raúl, Raúl, otro, otro que me puteó en la misma jugada! ¿Me querés decir qué carajo quiso hacer Raúl en el segundo gol de ellos? ¿Me querés decir qué carajo quiso hacer?

—Quiso cancherear...

—¡Si no tiene resto para cancherear, querido! ¡La va de crack y no sirve ni para tirar flit, no me vengas! Y después te chillan cuando vos errás un gol, hermano... Y no hace ni un año que están jugando, Gato, haceme el favor... No hace ni un año... —se volvió a sentar, como si no pudiera quedarse quieto—. ¿Cuánto hace que estamos jugando nosotros, Gato, cuánto hace que estamos jugando?

—Uhhh... —enarcó las cejas el Gato.

—Cinco años. Cinco, seis años hace. Empezamos nosotros, ¿o no es así?, con el Colo, con Ñaqui, con Marcelo...

—Claro, claro...

—¡Y ahora resulta que cada sábado que uno viene aparece un pendejo nuevo! ¿Cómo es eso? Uno viene y ya ni siquiera conocés a tus compañeros... Como ese pibe, el Huguito... ¿Quién lo trajo a ese pibe? ¿Quién lo anotó al Huguito? ¿Me querés decir quién lo trajo?

—El Colo...

—¡El Colo, claro! Porque él sabe que no le saca nadie la camiseta de cinco. Pero como no le dan más las tabas se tiene que rodear de pendejos que corran y se rompan el culo por lo que él no corre ni se rompe el culo en la mitad de la cancha, ¿es así o no es así?

—Sí, Daniel... Pero también tenés que comprender que en una liga como ésta, sin límite de edad, si no mechás algunos pibes con los jovatos, te pasan por arriba. ¿Viste los de «25 de Diciembre», que son todos pibes? Son aviones esos pendejos, Daniel, no los agarrás ni con un lazo...

—Sí, sí, pero no hay derecho, Gato, no hay derecho... Porque cuando a esos pibes, esas estrellitas, esos cracks que, entre nosotros, no son tan cracks como se piensan porque sino no estarían jugando acá, estarían jugando en Central, en Ñubel, en Central Córdoba... Bueno, cuando a esos cracks resulta que se les canta las pelotas irse a jugar a Provincial, o al campo, o a la concha de su madre... ¿a quiénes tienen que recurrir para armar el equipo? ¿A quiénes tienen que recurrir?... A Norberto, al flaco Suríguez, al Narigón... a vos... ¿O por qué te creés que se chivó el Mosca y no viene más? ¿Por qué te creés? Porque lo dejaron afuera dos partidos seguidos y no lo pusieron más, hermano. Con el verso ese de que eran partidos chivos, de que eran partidos importantes, que eran contra el puntero, contra Social Lux, contra Minerva, contra la pinchila de Mahoma y todo eso... Decí que vos, o el Narigón Anselmi, son de fierro y se la aguantan y vienen y vienen y vienen... Pero el Mosca se hinchó las pelotas...

—Es verdad... Eso es verdad —asintió el Gato, golpeteando con el culo del vaso sobre el nerolite de la mesa.

—¿Querés que te diga más? —retomó Daniel tras un silencio—. Yo prefiero perder con el Narigón, con el Mosca, con vos, con Norberto... y no con todos esos nuevos que ha traído el Colo. Porque bien que cuando el Raúl, el Quique o alguno de éstos te caga, bien que salen echando puta a

buscarlo al Norberto, al Mosca, a todos éstos...

—Es el eterno problema... —dijo el Gato, calmo. Daniel pegaba palmaditas sobre la mesa. Había vuelto a mirar hacia afuera y procuraba regularizar el ritmo de su respiración.

—No me vengas, viejo... —machacaba.

—Es el eterno problema, Daniel... Formar un equipo de amigos, para divertirse. O formar un equipo para ganar el campeonato.

—¡Si nosotros no podemos ganar el campeonato, Gato! —lo miró Daniel con infinita indulgencia, abriendo los brazos. Nosotros no podemos ganar ningún campeonato, querido, si somos unos perros, unos perros somos, unos muertos de hambre...

—Sí, pero vos viste cómo son estas cosas. Al principio se dice que vamos a formar un equipo de amigos, para divertirse, pero cuando de pedo se ganan un par de partidos ya todos piensan que se puede ganar el campeonato.

—Miralo al otro —volvió a menear la cabeza Daniel, y cambiando de tema—. ¡Qué fácil que la hace Jorge, qué fácil que la hace! «Al final jugamos todos lo mismo», te dice. «Al final entran todos». ¡Mira qué turro! Sí, entran todos... ¡pero unos arrancan jugando todos los partidos, como el Colo y él, y el Taca... y otros, como el Narigón, entran veinte minutos! ¡Entran todos los partidos, sí, pero veinte minutos! «Jugamos todos». ¡Mirá qué turro!

—Decímelo a mí —susurró cabizbajo el Gato, tristemente. Daniel chistó, como desinflándose.

—Encima hay que aguantarse que te puteen cuando errás un gol —dijo—. Hay que joderse —se rió, ácido—. A mi edad tener que venir a amargarse la vida. Uno que espera toda la semana el sábado para venir a jugar y pasarla bien y hay que amargarse la vida con estos pendejos. O con el Raúl mismo que no es tan pendejo...

—Son cosas del juego, Daniel...

—Y ojo que no lo digo por el Huguito, que es un flor de pibe, un pan de Dios. Pero los otros... No sé... Tienen mierda en la cabeza y... ¿sabes qué es lo que más me calienta? —Daniel se volvió hacia el Gato como si hubiese encontrado el quid de la cuestión. Retomó, incluso, el ritmo acelerado de su discurso—. Que te putean porque te erraste el gol pero, en realidad, lo que te quieren remarcar es que te lo erraste por viejo choto. No por tronco, o porque sos de madera, por mal jugador... ¡Por viejo choto, porque no te dan más las tabas, ni las articulaciones, ni los reflejos! ¡Eso es lo que te quieren remarcar, lo que quieren poner en evidencia estos cabrones!

—No, Daniel...

—¡Sí, señor! Sí, señor... Porque el otro día, en el partido contra Mercadito, el Cacho, el Cacho, se erró un gol igual igual al mío, pero igual, calcado.

—Es cierto...

—Le quedó alta, a dos metros del arco, sin arquero y... ¿sabés adónde la tiró?

—A la mierda.

—¡A la concha de su madre! ¡A la recalcada concha de su madre la tiró! Mucho más alta que la que tiré hoy yo. Ahí la tiró. Y lo putearon. Pero seguro que nadie pensó que lo había errado por viejo choto, porque el Cacho tiene veintidós pirulos y tiene un lomo así y es un toro el Cacho... Pero cuando un tipo de treinta y seis años hace lo mismo que hizo el Cacho ya todos piensan que lo erraste porque estás hecho un fósil de mierda, un viejo choto y que le tenés que dejar tu lugar a los pibes. ¡Mierda se lo voy a dejar! ¡A mí nadie me regaló nada cuando yo empecé a jugar! Veinticinco años hace que juego al fútbol... Y encima tenés que aguantar que te errás un gol y te putean...

Se quedaron un momento callados. El Gato, abstraído, hizo girar con la punta de un dedo el tíquet que había dejado el mozo y que había quedado planchado bajo el culo del porrón húmedo. Lo despegó con cuidado y unos numeritos en celeste quedaron impresos sobre el nerolite. El Gato parecía estudiar el tíquet pero, de pronto, quedamente, dijo:

—Daniel... Daniel... Oíme.

Daniel seguía con los ojos clavados en la ventana.

—Oíme, Daniel —siguió reclamando el Gato—. ¿A vos te jode que te puteen por un gol errado?

Daniel osciló la cabeza, considerando estúpido responder.

—¿A vos te jode? Entonces dejame que te cuente una cosa. ¿Me dejás?

El excesivo preámbulo atrajo, por fin, la atención de Daniel, quien miró de reojo al Gato.

—¿Te acordás el sábado pasado, que jugamos contra Teléfonos?

Daniel asintió con la cabeza.

—¿Te acordás que yo entré en el segundo tiempo? Habré entrado a los veinte minutos del segundo tiempo...

—Sí, que entraste porque se jodió el Tito, que si no el Colo tampoco te ponía...

—Por lo que sea, por lo que sea... Cuando yo entré íbamos perdiendo dos a uno...

—Sí, dos a uno.

—Faltando unos quince minutos ¿te acordás? hubo un centro sobre el área de ellos, un rebote, y me quedó servida a mí, picando, casi en el punto del penal, un poco más atrás, pero casi en el penal, sobre la derecha...

—¡Uy, sí! Me acuerdo.

—Le pegué de prima y la tiré a la mierda. Así de simple. La tiré a la mierda.

—Arriba del travesaño, me acuerdo.

—Arriba. Y... ¿querés que te diga una cosa, Daniel? ¿Querés que te diga una cosa? —Daniel lo miró—. Nadie me dijo nada —ahora era el Gato el que miraba fijamente a la mesa, las cáscaras de maní, los círculos dibujados con espuma por los vasos sobre el nerolite—. Nadie me dijo nada... Hubo un silencio... Un silencio total...

—Bueno... Es mejor. Te juro que...

—No, Daniel. No es mejor... Cuando ya nadie te dice nada es que ya nadie espera nada de vos... Es una cosa, ¿cómo decirte?... piadosa. Un silencio... comprensivo, ¿entendés? Me di vuelta y lo vi al Colo que le hacía señas al Quique como diciendo «Dejalo. No le digas nada. ¿Qué le vamos a hacer? Bastante hace el pobre viejo...». Por eso...

—Es que...

—Por eso te digo, Daniel... Alegrate que todavía te putean. Alegrate. Quiere decir que todavía te consideran apto para jugar, para meter goles, para mezclarte con ellos...

Daniel aspiró hondo.

—Puede ser —dijo. Y pidió la cuenta.

# Cenizas

Al encontrarse ya dentro de la cancha, pisando la gramilla, el Colo pensó lo que tantas veces había pensado: «Qué pelotudez es venir a una cancha para otra cosa que no sea ver un partido de fútbol. Es como comer solamente puré o lechuga». Se acordó una vez más del Mundial del 78 en Mar del Plata. Antes de comenzar los partidos donde jugaba Italia salían a la cancha los *condottieri*, un grupo de muchachitos vestidos al estilo medieval, con mucho bordado, mucha seda, portando enormes banderas multicolores. Allí, sobre el verde césped, bajo el frío glacial que hizo ese invierno, ondeaban las banderas sobre sus cabezas en ampulosos y armoniosos giros. Le habían dicho al Colo que aquel era un espectáculo clásico de Siena, transportado entonces a La Perla, ya que los *azzurri* disputaban esa zona. Pero lo que justificaba el número, lo que rescataba en realidad la ceremonia y la hacía graciosa y soportable, es que luego, después, cuando el último de esos pendejos presumiblemente milaneses o romanos desaparecía por el agujero del túnel con la satisfacción del deber cumplido, salían los equipos y jugaban un partido de fútbol. Era un buen aperitivo entonces el de las banderas, un entremés, pero no podía ser el plato de fondo. En la Edad Media, concluyó el Colorado... ¡aquél era el plato de fondo! Se juntaban un montón de tanos, se reunían en una plaza o en un «largo», veían a los pendejos revolear las banderas como locos, y luego todos se iban de vuelta para sus casas dichosos y contentos con el espectáculo recibido... ¡Y no había partido de fútbol! Al menos en aquellos tristes casos, meditaba el Colo, la cosa no era en estadio alguno, entonces podía justificarse la ausencia u omisión del más popular de los deportes. ¡Pero el Colo había ido una vez a ver a Serrat, en el Gigante, y pensó lo mismo! Quería ver al catalán, recordaba, tenía ganas de oírlo, eso era lógico. Pero mientras se acercaba al estadio, mientras circulaba por los pasillos bajo las tribunas, mientras se ubicaba mansamente y sin nervios en las plateas, pensaba: «¡Por qué no habrá un partido, aunque más no sea de reserva!». Experimentaba la misma sensación que solía asaltarle cuando, al viajar en auto, pasaba junto a un camión. El Colo estaba preparado mentalmente para resistir la duración de un viaje. Las cuatro horas, por ejemplo, del Rosario-Buenos Aires. O las doce del Rosario-Mar del Plata. O las casi seis del Rosario-Córdoba. Sabía que poco a poco, kilómetro a kilómetro, iba quedando ya menos tiempo para llegar y luego, sí, esperaba el baño, la ducha reparadora, el descanso, el mirar televisión descalzo. Pero al pasar junto a los camiones no podía menos que imaginar al abnegado camionero: no llegaba nunca. Su trabajo era no llegar nunca. Y ésa era la sensación. Ir a un estadio de fútbol a otra cosa que no fuera ver un partido de fútbol era no llegar nunca. No tener un punto de referencia. Como le pasaba al puré, a la lechuga, a los pobres pelotudos de los *condottieri* revoleando banderas que ni siquiera eran comunistas, o a los camioneros que no llegaban nunca a ninguna parte. Reflexionando el Colo sobre todo eso, con la cajita de madera entre las manos (se la habían confiado por un ratito) derivó indefectiblemente en la memoria de cuánto lo habían atemorizado los camioneros cuando se iba acercando, aquella noche, a Pelotas. O a Torres. O a Florianópolis. Y él iba con la familia en un Citroën, vehículo impensable para los brasileños, a disfrutar de unos días en la playa. *Carro estranho* había musitado un morocho girando curioso en torno al Citroën, cuando pararon en una estación de servicio. «Imposible tenerlo acá en Brasil» agregó luego. «No los fabrican» arriesgó el Colorado, amistoso. «No —sonrió el moreno—. Le cortan la capota y le roban todo». *Tudu* pronunciaba, en ese idioma en joda que ellos tienen. Y los camiones, madre mía. Enormes, prepotentes, rumorosos, terminales. En esas carreteras ondeantes, sinuosas y mojadas por la lluvia intermitente y rompepelotas. Por la noche aquellas moles se ubicaban sigilosamente detrás del Citroën y luego lanzaban sobre él un torrente de luz, una catarata enceguedora de un blanco definitivo que bañaba la región, el asfalto, el perfil verde de los morros amenazantes, y penetraba en el coche esculpiendo volúmenes macabros en el interior, restallando en el espejito retrovisor como una cachetada de

advertencia. Y el Colo no hallaba el espacio a la derecha para tirarse. A la derecha estaba la franja blanca del límite del camino. Después, la negrura de la noche, quizás los mojones, quizás el abismo, quizás el precipicio de cientos de metros sobre el mar oscuro, tal vez una franjita mínima de tierra donde el día de mañana abriría sus brazos una pequeña cruz recordatoria de la familia argentina que plegó sus alas buscando el talco de las playas brasileñas, la amabilidad de sus aguas y el rosáceo nácar de las *casquinhas de sirí*.

Y el tipo estaba sentado unos treinta metros más allá, bajo un quincho. Parecía, por la pinta, un alemán o un suizo, de esos que van a Brasil para calcinarse como camarones en la playa, para extasiarse con el culo de las mulatas y tomar *caipirinhas* a lo bestia. Rubio, casi coloradón como el Colo, de barba corta y enrulada, dormitaba en su reposera frente al mar. No había mucha gente en la playa. O la había, pero parecía poca de tan desperdigada que estaba. «No como en Mar del Plata» había dicho Sarita, gozosa. El Colo se acercó al alemán (o al suizo), levantó explícitamente el tubo de bronceador en el aire y preguntó:

—¿Se lo dejo? ¿Se lo puedo dejar en la mesita? —ejemplificando, a la vez, con el gesto claro de depositar el tubo sobre la mesa que (junto a la reposera donde dormitaba el rubio) mostraba una acumulación de toallas y sandalias de sogá. El tipo lo miró apenas y asintió con la cabeza, haciendo ahorro (suizo al fin) de su gutural idioma. El Colo trotó hacia el agua y se metió en olla con la confianza que da saber que no se trata de un agua congelada que descargará martillazos de rabia sobre los dedos de los pies, morderá las rodillas y apretará las bolas al llegar a la vital zona de los genitales, como si los estrujara con el mismísimo puño vindicatorio de Neptuno. Allí estuvo, entonces, contemplando las nubes, el cielo azul, el verde intenso de los morros cercanos, casi una hora. Y después volvió. Cuando pasó junto al rubio, lentamente, se acordó del tubito. Sin querer molestar demasiado, tomó el tubo de la mesa, lo levantó bien expresivo hasta sus ojos y moduló un «Gracias» sonoro. Entonces vio que el otro estaba leyendo un libro en castellano sobre la vida del Negro Olmedo.

—¿Sos argentino? —preguntó el Colo.

—Sí —contestó el otro, bajando el libro, animoso y con buena disposición.

—Mirá vos. Pensé que eras europeo, alemán, algo así... —argumentó el Colo, como si fuesen cosas diferentes.

—No. Argentino.

—¿De dónde?

—De Pompeya.

—Ah, porque soy de Rosario —dijo, el Colo, afirmándose en el tuteo ya que el otro parecía cálido y, además, de la misma edad—, y fijate vos que, casualmente, Olmedo era de Rosario.

—Sí, por supuesto —dijo el rubio ex suizo—. A mí me gustaba mucho el Negro. Y además, hay otra afinidad grande...

—¿Cuál? —se interesó el Colo, ante el paréntesis de suspenso que había hecho el otro.

—Hincha de Central.

Cuando, tiempo después, bastante tiempo después, el Colo contaba la anécdota en *El Cairo*, invariablemente al llegar a esta parte la voz se le quebraba y los ojos se le ponían vidriosos.

—Cuando el tipo me dice *hincha de Central* —repetía, ante la atención respetuosa del Pitufu, del Centu, de Chiquito— te juro que a mí se me puso la carne de gallina —y se pasaba una mano temblorosa sobre el antebrazo izquierdo a unos centímetros de la piel, no ya como si estuviera percibiendo los repentinos canutos en su carne, sino como si le hubiesen crecido, definitivamente, una multitud de plumas batarazas.

—¡Mirá lo que es el destino! —seguía—. ¡Encontrarme ahí con un canalla, en esa playa! Porque no era la playa del centro de Florianópolis o de Camboriú, donde dada la cantidad de argentinos que van, vos bien podés imaginar que te vas a encontrar con gente de todas las tendencias, de todas las

creencias y de todos los equipos. Incluso de Central. Pero ésta era una playa de mierda, perdida en la loma del quinoto, ahí en Itapema, adonde nosotros habíamos ido porque Sarita me rompía tanto las pelotas con eso de irse a una playa tranquila e irse a una playa tranquila e irse a una playa tranquila todo el tiempo. ¡Ahí, ahí mismo, me vengo a desayunar con que, prácticamente el único tipo que había en miles de kilómetros a la redonda, no solo era argentino, sino que era fana de la Academia! ¡Mirá vos cómo son las cosas!

—El Destino —meneaba lentamente la cabeza, místico, el Pitufu.

—Es que Central es grande. Colora —agregó el Centu—. Es universal.

—Te imaginás que entonces nos pusimos a conversar, a charlar —continuó el Colo— y estuvimos como dos horas hablando del asunto. En resumen, te la hago corta. El tipo éste no era rosarino, pero el padre, el padre era ferroviario y había venido a laburar mucho tiempo acá, y acá se había hecho canalla a muerte, y por lógica lo había hecho también a este muchacho. Además, mirá lo que te digo, el viejo de este tipo, que todavía vive en Rosario, había jugado en Sparta y en Central allá por el año del pedo, o sea que la cosa iba bien en serio. No era una simpatía así nomás.

—¿Y el tipo que vos te encontraste era fana?

—Fundamentalista. Es fana. A muerte. A muerte. Se va a ver todos los partidos en Buenos Aires. ¡Y me presentó a los hijos! Pibes que tendrían quince, dieciséis años. Todos canallas.

—¡Qué lindo!

—¡Qué emocionante! ¿No? Tan lejos...

—Por supuesto que nos hicimos recontraamigos, desde ese día fuimos casi todos los días a esa playa y cuando me vine, lógicamente, me traje la dirección del tipo y todos los datos.

—Vos le diste la tuya.

—Le di la mía. Quedamos en intercambiar información, en vernos de nuevo, tal vez si se da el tute de que yo me vaya a ver un partido importante por allá...

—¿Importante? —dudó el Centu, atento a la austera realidad de la divisa auriazul.

—Bueno. Si se da.

La cosa pareció terminar ahí. Cada tanto, es cierto, el Colorado aparecía con alguna carta de su amigo veraniego, o mostraba ufano alguna foto poblada de camisetas de Central que estaba dispuesto a mandarle al otro, a título recordatorio, para mantener en alto el fuego de la amistad. Pero la relación parecía encaminada a disolverse lentamente, con mansedumbre, como suele suceder con los amores de vacaciones. Sin embargo un día, el Colorado llegó a *El Cairo* considerablemente excitado. Lo había llamado el rubio desde su tanguero reducto de Pompeya, para imponerle de una infausta noticia: había muerto el padre, aquel viejo ferroviario que inaugurara la estirpe canalla y que supiera jugar en Sparta y Rosario Central. El Colorado —siempre de acuerdo a su versión oral— se había realmente conmovido. Que ese tipo, su simpatía estival, lo llamara al solo efecto de comentarle la muerte de su progenitor, era una palmaria demostración de que aquella amistad (surgida de los colores gloriosos) era más profunda que lo sensorialmente perceptible y que, por lo tanto, el rubio —ahora huérfano— deseaba compartir el momento de congoja con el circunstancial amigo, tan lejano.

—Pero la cosa no terminaba allí —advirtió el Colorado, nuevamente en la Mesa de los Galanes, esta vez enriquecida por la presencia del Pochi y de Belmondo—. La cosa no terminaba allí. Parece que el viejo, antes de morir, pidió como última voluntad que sus cenizas se tiraran en las canchas de Sparta y de Central, los dos cuadros donde él jugó...

Por los muchachos cruzó una sombra de respetuosa sorpresa.

—La mitad de las cenizas —especificó el Colo— en la cancha de Sparta. Y la otra mitad en el Gigante. ¡Mirá vos el deseo del tipo!

—¿Y alcanza para tanto? —frunció la cara el Pitufu, siempre un poco irreverente.

—¡Y qué sé yo! ¡Qué sé yo! Te imaginás que nunca me vi metido en un trámite de éstos, Pitufu.

—¿Era grandote el hombre? —lo del Centu tampoco sonó muy cuidadoso.

—¿Y por qué decís que estás metido? —preguntó Pochi—. ¿Por qué vos estás metido?

—¡Porque yo tuve que hacer la gestión ante Central! —saltó el Colora—. ¡Yo tuve que hablar con el Presidente! De ahí vengo.

Sin duda, en algún momento de la charla veraniega, tras horas y horas de recordar partidos memorables y entre alas famosos, tras horas y horas de consumir *caipiras* añorando al Gitano Juárez y a Mario Kempes, el Colorado le había confesado al otro que él pertenecía a la temida OCAL, la Organización Canalla Anti Lepra. La misteriosa organización, lindante con la clandestinidad, agrupa a una serie de hinchas de Central de corte confesional fundamentalista y suele dedicarse, mayoritariamente, a urdir brujerías y macumbas contra la suerte de *Los primos del Parque*, la repudiada divisa rojinegra. No es mucho lo que se sabe sobre la OCAL porque, como la OLP o el IRA, se trata de una organización de carácter celular, cerrada, e históricamente, ningún ser humano ajeno a la estructura ha tenido acceso a sus actas secretas. El amigo rubio del Brasil, es obvio, se había visto conmocionado ante la íntima revelación del Colo y, ahora, ante la desgracia familiar sufrida, recurría al acceso al tráfico de influencias de su amigo rosarino, quizás sin saber que la OCAL no es para nada un apéndice de Rosario Central, sino apenas un grupo de apoyo, independiente, que incluso solo considera al club, *una institución amiga*

El Colo relató (siempre en *El Cairo*) que la gestión frente a Sparta, humilde club de barrio, la había realizado el ala familiar del difunto radicada desde hacía mucho tiempo en Rosario, obteniendo una inmediata aprobación de parte de aquella gente sencilla. Pero en Central la cosa se había puesto complicada y la familia no había logrado siquiera hacer contacto con el Presidente, bastante preocupado, lógicamente, por conseguir algún jugador bueno y barato que ampliara las posibilidades del primer equipo con vistas al inminente campeonato. Y fue cuando, desde Buenos Aires, desde Pompeya para ser más exactos, la misma mano rubia que sostuviera un día el libro sobre el Negro Olmedo, señaló la figura del Colorado para aligerar la empresa. La gestión del Colo fue expeditiva y exitosa pese a la desconexión de la OCAL con la institución auriazul.

—Hablé con el Presi y le conté todo lo de este muchacho del Brasil —explicaba en la Mesa como quien hubiera develado un oculto romance clandestino—. Lo del padre, que había sido jugador de Central y todo eso. Y el Presi me dijo que sí, que era posible. Pero me puntualizó muy claramente que la aceptación no debía sentar un precedente que diera pie a nuevas peticiones.

—Claro —opinó Chiquito—. Te imaginás que a todos se les ocurra lo mismo...

Se rieron, como si la cosa fuera divertida. Y lo era, en parte. O al menos, inusual.

Sin embargo, caminando lentamente (la cajita en las manos) por el lado de afuera de la cancha, paralelo a la línea de toque, pisando con cuidado el césped impecable, el Colorado percibió que había perdido algo de la excitación de estar viviendo una anécdota imborrable de la picaresca futbolera o de estar atravesando un hecho simpático que le daría argumento para infinitos y repetidos relatos. La familia del padre de su amigo (éste no había venido a Rosario por razones impostergables de trabajo) los tíos, los sobrinos, las hermanas y los nietos, mostraban todos (especialmente mientras subían por las escaleras del túnel) una gravedad suma, una real congoja y un dramatismo contenido. Tanto era así que el Colorado temió que se notara demasiado en el abultado bolsillo de su gabán, el volumen de la cámara fotográfica que había llevado para registrar el evento con la poco solemne intención de documentar así, luego, en rueda de amigos, el momento de la dispersión de las cenizas. Se ocupó entonces, en ir y venir varios metros junto a la línea lateral «como si estuviera en el calentamiento previo», imaginó mirando la inmensidad de las tribunas vacías y silenciosas, apreciando el manto verde inmaculado de la gramilla, sorprendiéndose por la comba insólita que dibujaba el terreno de la cancha dado el sistema de drenaje y que hacía que, desde la posición en que se encontraba el Colorado, no se viera la línea de fuera del otro lado, la que daba espaldas a Cordiviola. Siempre con la cajita en

la mano (se la había confiado un corpulento tío del rubio, por un momento) el Colo se sentía un poco incómodo (como si lo hubiesen abandonado en una esquina sosteniendo una torta de bodas ajena) de gabán azul marino entre tanto traje oscuro, corbata negra y frases cortas y apesadumbradas.

—Era un velorio, Pitu —repetiría después el Colo, hasta el cansancio, para transmitir la congoja de la ceremonia—. Lo que yo quizás olvidé entre tanta emoción mezclada por esta cuestión del llamado del rubio, la muerte del padre y el lógico y humano fanatismo que tenemos todos por Rosario Central: lo que a mí medio se me pasó por alto con toda la emotividad que representa el asunto de esparcir las cenizas de un tipo sobre la cancha de fútbol donde él mismo jugó un milenio de años atrás...

—Cosa no muy habitual, lógicamente.

—Para nada habitual... Lo que yo no supe medir correctamente, te decía, es que se trataba lisa y llanamente de un velorio. A la luz del día, a pleno sol, frente a una sábana verde maravillosa, pero un velorio al fin de cuentas, con los parientes dándose el pésame, con los primos recordando al finado, con la viuda llorando, porque lloraba la viuda y todo eso. Al punto que, te juro Pitufu, uno llegaba incluso a olvidarse de que allí, a pocos pasos de donde estaba caminando yo con la cajita en las manos, habían jugado el Gitano Juárez, el Negro Castro y el Enano Giménez.

Y fue así que justamente cuando el Colorado calculaba el preciso lugar del campo desde el cual había pateado el Flaco Menotti cuando le hizo aquel gol impresionante a Amadeo Carrizo, se le acercó el hermano del difunto haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—No hay nada que hacer —dijo—. El tipo no quiere.

—¿Quién no quiere? —salió de su abstracción el Colorado—. ¿Qué no quiere?

—El canchero. No nos quiere dejar entrar a la cancha.

—Pero... Si tenemos el permiso del Presidente ¿Por qué no quiere?

—Porque dice que le vamos a arruinar el césped —se exaltó el pariente—. Que está impecable. Que ayer llovió y abajo está un poco blando.

El Colorado paseó su vista por el césped llevándola hasta las áreas, hasta los arcos sin las redes colocadas.

—La verdad que está bárbaro —acordó—. Y claro, está por empezar el campeonato y el hombre quiere que esté de puta madre.

—¡Pero si nosotros no le podemos hacer nada, señor Vázquez! —el otro abrió los brazos, airado—. Somos cuatro locos que no vamos a entrar a escarbar la tierra para sacar los panes de césped. Además, estas canchas están preparadas para resistir cualquier cosa.

Otros parientes se habían acercado a ellos dos y, las manos en los bolsillos o los brazos cruzados, giraban sobre sí mismos, frustrados y decepcionados.

—¿No pensarán que queremos enterrarlo? —se acercó uno, preguntando seriamente.

—Pero... ¿no era que estaba todo resuelto? —se enojó otro—. ¿No era que el Presidente había dado su autorización?

El Colorado se sintió tocado en su responsabilidad.

—No. Si yo hablé. Si yo hablé —tranquilizó—. Ahora voy a hablar yo con el canchero. Lo que pasa es que ayer llovió y quiere cuidar la cancha. A simple vista parece que no, pero abajo está pesada. Apenas se empieza a correr aparece el barro.

—¿Y quién va a correr, acá? ¿Qué apuro tenemos? —insistió el otro, con lógica de hierro—. ¿Tan poco tiempo tenemos para la ceremonia?

El Colorado prefirió no responder. Dejó la cajita en manos del tío del rubio procurando darle a su gesto cierta majestuosidad ritual y se encaminó a paso firme a hablar con el canchero quien, en pose de baqueano, observaba en cuclillas el césped de sus desvelos.

—Yo le entiendo, caballero, yo le entiendo —aceptó el canchero, poniéndose de pie y golpeando

la palma de una mano contra la otra para quitarles alguna brizna de pasto—. Pero a mí nadie me ha dado una autorización y yo no los puedo dejar entrar. Después el césped se jode y al que me putean todos es a mí.

—Pero yo hablé con el Presidente —argumentó el Colo, sintiéndose al borde de la desesperación—. Si quiere le hablamos por teléfono y que él mismo se lo diga, se lo confirme.

—El Presidente puede decir lo que quiera —el hombre era incommovible—. Pero él no sabe nada sobre césped. Es muy fácil hablar desde la sede del club, total, uno no tiene ni idea de lo que pasa en la cancha. Pero el responsable del estado del campo soy yo, caballero, y me he comprometido a tenerlo diez puntos en el momento de la reanudación del campeonato. Nunca ha estado tan bien el césped, nunca. Además —señaló vagamente hacia el túnel— hay que caminar como trescientos metros para encontrar un teléfono. Y eso si en Intendencia hay alguien.

—Voy a llamar lo mismo —el tono del Colorado ya era francamente agrio—. Se imagina que no se puede dejar a toda esta gente así —le indicó al canchero el oscuro grupo de personas que, cabizbajos, aguardaban cerca de la entrada del túnel—. Han venido los parientes, los hermanos, los nietos de esta persona que fuera estrella del fútbol rosarino. La viuda. Gente que ha viajado desde lejos —mintió.

—Ya vi a la viuda. Y vi los tacos que tiene. Me destroza la cancha si entra con esos tacos.

—Tiene que ser un poco más comprensivo —reclamó el Colo—. Se trata de un funeral, después de todo.

—Soy comprensivo, caballero. Y yo también tuve un padre.

El Colorado pegó media vuelta y retornó hacia el compungido grupo a paso vivo. La última frase del canchero hacía entrever a un ser humano sensible. Pero el detalle de los tacos de la viuda, en boca de ese hombre, era un mal presagio. El Colo sabía, por otra parte, que a esa hora sería inútil tratar de encontrar al Presidente en su despacho.

—Nada que hacer —informó a la gente, que lo aguardaba como quien espera a un mensajero celestial—. Está emperrado en que no y que no y que no. Pero no hay que desesperarse. Me dijo que en Intendencia hay un teléfono...

—¡Qué macana! —masculló el tío del rubio.

—¡Cómo me iba a suponer yo que, conseguida la autorización del Presidente, nos íbamos a encontrar con un tipo como éste, tan celoso de su trabajo!

—¿No querrá que le tiremos unos mangos? —el mismo tipo que había cuestionado la eficacia de la gestión del Colorado, surgía ahora, acerbo, expeditivo, con una sólida propuesta. El Colo y el tío del rubio lo miraron.

—Es posible —musitó el Colo, echando mano al bolsillo, aun culposo—. Deje que yo me ocupo y después en todo caso, dividimos el gasto.

—Cuidado —dudó el tío del rubio—. No vaya a ser cosa que se encuentre con un tipo insobornable y caguemos el asunto. Y después se complique todo mucho más.

—¿Cuánto le doy? —desestimó la advertencia el Colorado, práctico. Fue en eso que, con el rabillo del ojo vio aparecer, por la boca del túnel, un manchón negro y blanco. «Un referí» alcanzó a suponer el Colo, aterrorizado ante la posibilidad de que no hubiesen tenido en cuenta algún partido de las divisiones inferiores a jugarse en horas de la mañana. Pero pronto, un informante cercano vino a tranquilizarlo. «El padre López» escuchó, cerca. El sacerdote, jovial, campechano, de *clergyman* y pantalones grises se disculpó ante la viuda por la tardanza y pronto, su rostro tomó visos de contrariedad cuando lo impusieron del inconveniente surgido.

—Dejen que yo hable con este muchacho —dijo. Y partió caminando lentamente hacia el canchero, que había vuelto a su posición indígena acuclillada, como escrutando en procura de detectar la mata traicionera que perturbaba la horizontalidad perfecta de su llanura. El padre López estuvo

hablando corto tiempo con el canchero. Desde lejos, el grupo lo observó comportarse con cordialidad y bonhomía, no exenta de firmeza. Por último, se vio al canchero inclinar la cabeza y ponerse una mano sobre el corazón mientras el Padre, con movimientos gráciles de su mano derecha, lo bendecía. Luego el Padre López volvió hacia el grupo.

—Dice que está todo bien —informó, oyéndose de inmediato un suspiro de satisfacción general—. Pero, con una condición: que nos saquemos los zapatos. Creo que no es una petición demasiado caprichosa como para que no podamos aceptarla. Pienso que la tolerancia está en el espíritu de todos nosotros.

Sin una palabra, los deudos comenzaron a quitarse el calzado, apoyándose los unos en los otros para no perder el equilibrio, pasándose la cajita de mano en mano para posibilitar la maniobra, hasta que quedó en poder del sacerdote.

—A mí me eximió de descalzarme —justificó el Padre López, sosteniendo el cofre—. También Jesús caminó sobre las aguas. ¡Y otra cosa! —previno a los que ya se disponían a entrar a la cancha—. El canchero también pidió que no arrojásemos las cenizas en las áreas, porque ésas son las zonas más castigadas. Esa región es sagrada.

—En mitad de cancha —dijo el tío del rubio—. Pancho, el finadito, pidió que las esparciéramos en mitad de cancha.

—Muy bien. Vamos entonces —ordenó, calmo, el cura. Todos ingresaron a la cancha. El Colorado se cuidó de no pisar la línea de toque, consciente de que ésa era una de las tantas cábalas de los jugadores, pero se abstuvo de inclinarse a tocar el pasto o santiguarse, temeroso de que el Padre López pudiese interpretar erróneamente su gesto. La comitiva llegó hasta el círculo central y allí se llevó a cabo la breve ceremonia. El Colo se quedó un tanto alejado del círculo de familiares, como no queriendo invadir sentimientos. Un poco conmovido, además, al pensar que en aquel puñado de cenizas de tono amarillento («Algo parecido al queso de rallar» diría después en una comparación que, no por doméstica, era menos certera) se había corporizado breve tiempo atrás, un hombre hecho y derecho, con su historia, sus sentimientos, sus sentires y su familia, como él mismo, o como cualquiera. Después, y para tranquilidad del Colo, aparecieron algunas cámaras fotográficas, algunas poses grupales para estas cámaras y hasta alguna camiseta de Central que se extendió, discreta, frente a los pechos de los deudos. El Colo temió por alguna nueva amonestación de parte del canchero, pero a éste se lo había tragado el túnel durante la tocante ceremonia y recién reaparecía ahora, arrastrando un cúmulo de redes. También había aparecido otro señor, alto y desgarbado, un utilero quizás, quien tuvo a bien quitarse la gorra en tanto contemplaba como la mano enérgica de la viuda lanzaba puñados de cenizas hacia los cuatro vientos.

—¿Son de alguna religión oriental? —consultó el hombre al Colorado que volvía.

—No. El canchero nos pidió lo de los zapatos. Por el césped, ¿sabe?

El tipo aceptó, con la cabeza. El grupo ya había regresado al costado de la cancha para calzarse. El Colo, más tranquilo, caminó entonces hasta el canchero para agradecerle la gauchada.

«No tiene nada que agradecer, caballero» contaba después el Colo, en *El Cairo*, que le había dicho el tipo, desenredando con paciencia el caótico entramado de las redes.

—Después de todo —dijo el Pitu, conocedor— se habrá dado cuenta de que las cenizas son un buen abono para el pasto. ¿No se usan para eso de vez en cuando?

—No, lo que pasa, yo pienso, es que al tipo le quedó laburando el balero, porque... ¿Saben qué me dijo cuando ya nos íbamos? ¿Saben lo que me dijo?

Todos aguardaron en silencio.

—Me dijo: «No es mala idea ésta de que se tiren las cenizas de uno sobre la cancha, la verdad sea dicha. No es mala idea». Y yo me fui pensando en lo que me había pedido el Presidente, de que esto no sirviera para sentar un precedente. Pero, bueno, la cosa ya estaba hecha.

—Ahora... —reflexionó el Pochi—. Fijate vos cómo este tipo, el canchero, no aceptó la orden del Presidente, pero se fue al mazo apenas el cura lo charló un rato.

El Colo jugueteó un momento con la cucharita dentro del café.

—Es que hay un Poder Superior, Pochi —afirmó—. Hay un Poder Superior.

# La observación de los pájaros

Uno abre la puerta y sale a la calle con un infierno escarbándole las entrañas. Afuera, la siesta del domingo transcurre silenciosa y quieta, como si no pasara nada. Y no pasa nada, hermano, no pasa nada. Si después de todo, es apenas un partido más. Un partido más entre los miles de partidos que han jugado los clásicos equipos rosarinos. ¿O acaso uno piensa o alguien se acuerda de cómo salieron en el primer partido del año '75? ¿O en el segundo? Ni uno mismo lo sabe. Ni se acuerda. Son emociones momentáneas, pasajeras. Intensas pero fugaces. Un dolor profundo, una alegría enceguedora pero que al día siguiente ya se va, desaparece sin dejar huellas físicas visibles, como la varicela. Seguro que no hay casi nadie en la cancha. Casi vacío el Parque. Mañana dirá el diario que el partido concitó poco público. Que la campaña irregular de los sempiternos rivales, la promesa de un mal partido y la amenaza de un nuevo empate alejó a las parcialidades, por supuesto. No tiene importancia el partido. Si se pierde, habrá un chisporroteo urticante durante un rato, alguna cargada extemporánea, una mirada sobradora, pero nada más. Nada más. Pero será un empate. Quedan 45 minutos apenas, si es que ya ha empezado el segundo tiempo. 45 minutos. Pero ¿cómo es posible que tarden tanto en pasar 45 minutos? ¿Cómo puede ser que se transformen en una eternidad inacabable? La cosa es no mirar el reloj. No mirarlo nunca. Entonces, de pronto, cuando uno en un reflejo natural y entendible de animal urbano mira el cuadrante, ya han pasado 40 minutos o 43, no queda nada. Dos minutos apenas, un suspiro, una minucia de tiempo, un preámbulo mísero al gesto altivo del árbitro que levanta la mano derecha y muestra a los jugadores, a la tribuna y al mundo, que adiciona dos minutos solamente, que le importa un carajo que haya habido ocho de demora por choques y turbamultas y que está dispuesto a cortar el clásico lo antes posible con la tranquilidad de haber sacado el partido sin problemas mayores ni expulsiones injustas. Es así. Pero lo más jodido son los primeros 20 del segundo tiempo, eso es lo jodido, uno cavila. Allí todavía los equipos quieren llevarse los dos puntos y el local especialmente, carajo, se lanzará al ataque obligado por su condición de dueño de casa. ¡Y los nuestros son tan boludos que siempre se desconcentran en los primeros minutos! Entran dormidos, no encuentran las marcas, les meten goles imbéciles tras un rebote. Goles boludos... ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¡Un bocinazo! ¡Hay un gol! ¡Alguien festeja! Si se escucha otra bocina no quedan dudas, ya se celebra... Pero no hay nada. Vuelve el silencio. Uno camina y percibe un golpeteo sordo, un tam-tam opresivo desde el lado de adentro del pecho, la boca pastosa. ¿Cómo mierda pueden tardar tanto en pasar 45 minutos? Si uno va a comer, por ejemplo, o a tomar un café y esta allí, al pedo, charlando, mirando a la gente, distraído y de pronto cuando mira el reloj, ya se le ha pasado más de una hora. ¿Cómo es posible esa diferencia de densidad en el tiempo? Es más, hace muy poco, digamos ayer sin ir más lejos, uno estaba en el patio de su casa jugando a los soldaditos y ahora, de golpe y porrazo, ya tiene la edad que tiene y se le ha caído el pelo de la cabeza. Hace horas prácticamente, se reunía con los compañeros de la secundaria festejando la finalización del quinto año, estrechaba la mano de Podestá, jodía con Carelli y de pronto, en un soplo, está aquí, caminando por las calles del barrio como un prófugo, como un linyera, como un fugitivo, tratando de que pase de una buena vez por todas ese putito clásico con el resultado que sea. Eso mismo. El resultado que sea. Victoria, empate o derrota. Incluso derrota. Porque la derrota, cuando se acepta, cuando se instala, invade el cuerpo como una medicina amarga pero relajante, resignada. Lo que a uno lo destruye es la ansiedad. Dos semanas, tres semanas, cuatro, esperando que llegue el día preanunciado. Séptima fecha de las revanchas. Y lo inapelable de lo indefectible. Esa bola en el estómago que se va formando en los comentarios previos, durante el partido con Vélez, durante el partido con Ferro, durante el partido con Boca, en torno al clásico que se acerca. La fiesta de la ciudad... ¡justamente! Se van a la concha de su madre con la fiesta de la ciudad. Feliz es ese perro que cruza la calle. Se oyen incluso las pisadas acolchadas de sus

patas sobre el empedrado, tal es el silencio de la siesta. No sabe nada del fútbol, no sabe nada del clásico, no le importa un sorete el resultado. ¿Y eso? Alguien gritó. Sí. Alguien gritó. En una casa cercana se elevó un grito. ¿Hombre o mujer? Si es mujer puede que no haya pasado nada. Un reproche a su hijo tal vez. Si es de un hombre puede ser un gol. Aunque hay mujeres terriblemente fanáticas también. Es más, son las peores con las cosas que les gritan a los jugadores en la cancha. La casa es humilde. Puede ser gol de Central, entonces. El barrio es un reducto canalla. Pero ahora está todo muy mezclado. Antes los verduleros eran de Central y los oligarcas leprosos. Pero ahora uno ve conchetos que son canallas y unos grones impresionantes que son leprosos. Se ven incluso niños con la rojinegra muchas veces. No hay seguridad por lo tanto de que ese grito de alborozo provenga de un centralista. De todos modos, no se repite. Uno mira hacia el entorno como un indio. Olfatea el aire, para las orejas, gira la cabeza buscando indicios en el aire. No se puede sufrir tanto. Tal vez sea mejor ir a la cancha. Uno está allí *in situ*, en el lugar propiamente dicho de los hechos. Enclavado en medio de la popu, mirando lo que pasa, sin necesidad de adivinar nada ni de que se lo cuenten. Pero hay que ir muy temprano, cuando empieza la reserva. Y pararse y sentarse, y pararse y sentarse y pararse y sentarse cada vez que hay una situación de gol hasta que al fin se paran todos para siempre y se termina esa historia. Hay que estar más entrenado que los jugadores, carajo. Estrujado, además, por la sudorosa multitud bajo el sol inclemente del estío. Y ver el insufrible espectáculo de los lepras cubiertos de banderas gigantescas, saltando y gritando como demonios en la bandeja de enfrente. Porque no se puede ir a las plateas y correr el riesgo de quedar sentado junto al enemigo. Y después, la otra, la verdad: de visitante, sea en la Bombonera, en el Gasómetro o en el Monumental, es muy pero muy probable que te rompan el culo. Históricamente ha sido así. Y el regreso es duro. Pero lo peor es la radio. Es mucho peor que ir a la cancha. Es como pelearse con un tipo en una habitación a oscuras. Los relatores asumen la responsabilidad frente a sus oyentes, y más que nada frente a sus anunciantes, de dotar de dramatismo al espectáculo, esa verdadera fiesta del fútbol rosarino. Por lo tanto, los remates siempre salen rozando los maderos, las atajadas siempre revisten la condición de milagrosas y los ataques en profundidad despiden invariablemente un definitivo aroma a gol. Hay que guiarse entonces por el estallido de la tribuna, allá, en el fondo. El rumoreo de la indiada como telón de fondo del tipo que transmite. Uno escucha el *Uhhh* que se transforma en *Ahhh* cuando todavía el relator no ha alcanzado a gritar que esa pelota se viene como balazo para el marco, y uno ya entiende que nos salvamos de pedo o que volvimos a perder una ocasión irrepetible. Uno escucha el estallido lejano cuando el tipo aún está anunciando que llega el centro y ya sabe que el grandote de ellos saltó y te la mandó a guardar. En la cancha al menos, uno ve dónde está el *wing*, dónde se fue esa pelota y a qué distancia real del arco se desarrolla la jugada. Aunque también está el recurso de escuchar otro partido y esperar la conexión con Rosario. River-San Lorenzo por ejemplo, que conectará a cada momento con la emoción que se vive en el Parque Independencia en otra edición de uno de los clásicos más antiguos de nuestro fútbol. Pero allí la cosa suele ser peor. El corazón está inerte ante el sablazo fatal de la noticia. Antes por lo menos, con Fioravanti —un caballero de la radiofonía deportiva— alguien te anunciaba: *Atento Fioravanti*. ¡*Atento Fioravanti!* llamaba un tipo. Entonces uno se agarraba de las almohadas, por ejemplo —si estaba tirado en la catrera— daba una vuelta carnero sobre el lecho, mordía la sábana y aguardaba, como un pelotudo, como un cordero ante la destreza final del matarife, el golpe artero. Podía ser que llamaran desde otra parte, supongamos, desde Platense en Manuela Pedraza y Cramer, después de todo. O bien desde el coqueto estadio de Atlanta, para anunciar un gol de un ignoto puntero izquierdo. A veces uno, antes, un segundo antes, percibía detrás de aquel llamado cobardemente anónimo el corto e inusual estallido del público, de algún público, más parecido al sonoro griterío de los locales que al apagado de los visitantes y entonces intuía, detectaba, temía, que el llamado fuese desde Rosario. Y para colmo, Fioravanti demoraba la conexión comentando, preciso y atildado, que en esos momentos, los bravos muchachos azulgranas estaban armando la barrera, la

empalizada, el valladar, el muro de contención... Pero aquel anuncio, el ¡*Atento Fioravanti!*!, alertaba el espíritu, prevenía la psiquis y disponía el terreno para recibir el dolor supremo o la alegría enceguecedora. En cambio ahora no. Ahora, de buenas a primeras descaradamente, crudamente, ferozmente, un desafortunado se mete en la transmisión vociferando ¡*Gol de Boca!* y a la mierda. Uno queda aterido, trémulo, abofeteado, pensando que en esas tres palabras pudo haber cambiado el sentido de la vida, el eje del movimiento del mundo y el sentido mismo de nuestra existencia sobre la Tierra. Por eso, por preservación tal vez, uno puede decidir que no quiere saber absolutamente nada sobre el partido. No quiere verlo ni escucharlo, ni siquiera enterarse del resultado hasta el momento exacto del pitazo final. ¿Por qué? Porque uno sabe que todo sufrimiento tiene un límite, que su cansado corazón no podrá aguantar el trámite, que la angustiada transmisión radial se sumará a la tensión propia hasta alcanzar ribetes intolerables y que prefiere, en suma, conocer el marcador ya puesto de un impacto seco, un manotazo duro, un golpe helado. Sin embargo encerrarse en un ropero, en la piecita chica de la terraza, puede ser ocioso. El sonido radial es finito, incisivo, líquido y se filtra por las paredes. Usted conoce que su vecino suele estallar en un mugido estremecedor ante los goles. Y están también las lejanas bombas de estruendo. Y las bocinas... El cine puede ser. El cine es una opción. Pero siempre habrá en la platea casi desierta del domingo a la siesta, filas más atrás, otro cobarde con una radio portátil incrustada en el oído. Uno, sensibilizado como un animal en carne viva, pese a las tinieblas lo ha visto y asume desde ese mismo momento, que Sharon Stone podrá ponerse en bolas una y mil veces, que Michael Douglas podrá agarrarse los huevos contra una puerta en repetidas ocasiones, pero que, a uno solo lo tendrá sobre ascuas ese mínimo canturreo oscilante y rápido que más que escuchar, adivina y que proviene de la radio del hijo de mil putas de la fila de atrás que hubiese podido elegir otro cine para refugiarse. Por eso, ahora uno está en la calle. Intentó ver televisión y fue lo mismo. Tomó café, dio vueltas por la cocina pero el tiempo se había detenido en la casa como aquel tiempo que diseñara Bioy Casares en *La invención de Morel*. De pronto hubo una explosión, clara, inequívoca. Una bomba de estruendo. ¡Aquello era un gol, sin duda alguna! Se levantó de la silla y giró varias veces en torno a la mesa, cautivo del infernal desasosiego. En la cocina la radio, apagada, muda, lo esperaba. ¡Podía ser un gol de Central y uno estaba ahí, como un boludo, sufriendo al pedo! Y si era gol de Newell's, mala suerte. La resignación, sabía, habría de invadirlo como una melaza reparadora. Hubo que correr hasta la radio y encenderla. El dial capturaba un programa musical, insensible a los problemas medulares de la sociedad. Uno buscó locamente con el dial. Apareció una propaganda gritona y vertiginosa ¡Era allí! «Vamos a la boca del túnel» indicó un tipo. Atrás, el rumoreo. No había excitación en los comentaristas, no había exaltación ni clamoreo. «El empate está bien, hasta el momento» sentenció otro. Era el entretiempo y cero a cero. Algún pelotudo descerebrado había hecho explotar aquella bomba perturbando a la gente en su descanso, atentando contra la vecindad inocente. Uno apagó la radio, casi con rabia ante su ataque de debilidad. Cuarenta y cinco minutos nomás para el final del suplicio. No se podría aguantar allí adentro. La adrenalina recorría el cuerpo como uno de esos carritos multicolores que suben y bajan, endemoniados, por las Montañas Rusas. Había que salir. Caminar. Hacer algo. Ya deben ir como 20 del segundo. Ya seguro los equipos se conforman con el empate. Más vale no arriesgar, quedarse en el molde, cuidar atrás. Un punto es negocio para los dos, ni vencedores ni vencidos, la ciudad tranquila. Todos contentos. Pasa, veloz, un auto. Su conductor lleva el gesto adusto. ¡Puede ser otro hincha de Central que está escuchando el resultado tan temido! Sí, a uno le parece haber visto el péndulo de un escaquin azul y amarillo colgando del espejito... ¡Suena una bocina varias veces! Puede ser el inicio de un festejo u, ojalá, el anuncio fatal de un accidente... ¡Ladra un perro! Tal vez se alarmó ante el salto gozoso de su amo, lepra insigne... ¡Atrueno el escape abierto de una moto! ¿O son petardos? ¿Hay gol de alguien? ¿Será alborozo ajeno o fuego propio? Uno recupera, de pronto, aquel instinto primario y animal que infructuosamente trataran de legarnos nuestros ancestros aborígenes. Comienza a rastrear señales en la

copa de los árboles, a adivinar conductas en la actitud de los animales, a bucear respuestas en los indicios de la naturaleza, en la interpretación del vuelo de los pájaros. Desde una persiana cerrada llega la bocanada fugaz de un relator de radio. Uno apura el paso pero la voz lo persigue como un misil de cabeza inteligente. ¿Qué inflexión ignota había en su voz? ¿La entusiasta y exitista del cronista ante la vibración de una victoria? ¿La cadencia monótona y desilusionada ante la mediocridad de un nuevo empate? Uno es un radar, es una antena, es el cervatillo frágil que eleva el morro húmedo en la espesura, el oráculo que adivina el destino en la lectura sutil de los guijarros. Recuerda sin duda la última tarde en que se perdió —catastróficamente— un clásico. Aquella mañana previa al hecho, los perros ladraron alocados, las aves enmudecieron y los gatos tuvieron un comportamiento errático y equívoco revolcándose, aparatosos, sobre sus propias heces. Deben ir, uno calcula, 30 minutos, media hora. Que todo siga así, en calma chicha, que no cambie. ¡Otra vez una explosión, otra de estruendo! ¡Que la corten con eso, pelotudos! Ya se la hicieron correr una vez y era mentira. Tiran por tirar. Para hacerlo cagar a uno en las patas, nada más. Aunque sabe que si se confirma un gol de Central lo va a gritar. Solo y en la calle, como un pavote, seguro que pega un salto y se lo grita. Sí señor. Es toda una avalancha de presión que tiene acá, en la boca de la garganta, esperando salir, atragantada. Dobla lentamente un auto, el conductor lo mira y va hacia uno. Es el Negro Mario. ¿Qué quiere este boludo? ¿Por qué aminora la marcha, por qué lo mira? Mario saca media cabeza por la ventana, la menea y sonríe con una mueca triste. «¡Qué verga que somos, hermano!» dice. Un estilete de hielo le baja a uno desde el pecho hasta la entrepierna. «¿Qué pasa? ¿Perdemos?» pregunta. «Uno a cero». «Qué va a hacer» dice uno, supuestamente filosófico, medio como si no le importara, como si hubiera salido a caminar porque quiere reflexionar tranquilo sobre el devenir humano en el próximo milenio. Mario acelera y se va. Uno está destruido, pulverizado. Un hachazo feroz lo ha partido por el medio. «Qué va a hacer», se repite. ¡Una mierda «Qué va a hacer»! ¡Mañana y pasado y toda la semana viendo en la televisión ese gol puto! Y el festejo, y el salto interminable de los lepra, y la pila de jugadores rojinegros celebrando. Y eso si es un solo gol, después de todo. Porque por ahí Central se va a la desesperada a buscar el empate y se come cuatro. Decí que falta poco... Y aguantarse la cargada de Marini. La cara de sobrador del pelado Vega. Los mil chistes malos que brotan como hongos después de cada derrota. El «¿Sabés cómo le dicen a Central?». Hay que meterse en la cama y no salir por 20 días. Eso hay que hacer, la puta madre que lo reparió. ¿Para qué carajo uno se pone esa remera mugrienta, la blanca con el dibujo del oso panda, que lo acompañara en tres victorias? ¿Para qué mierda se la pone uno? De ahora en adelante, no los ayuda más, así de claro. No los ayuda más. Después de todo, ¿qué tiene que ver uno con ellos, con el equipo? ¿Juega acaso? ¿Uno entra a la cancha y juega, acaso? Son once muchachos medianamente conocidos y a la mierda. Nada más. Apenas eso. Hay cosas más importantes en la vida. Si a uno se le estuviera muriendo la madre en este momento, poco y nada de bola le daría al clásico. Un clásico que no pasará a la historia, de eso no hay duda. Uno de tantos. ¿Cuánto va? Ya debe estar por terminar, casi seguro. Ahora sí, que pase algo. Alguna otra explosión, algún otro dato que permita aferrarse a una ilusión momentánea por lo menos. Aunque después resulte otro gol de Ñuls, mirá lo que te digo. Un dos a cero no es goleada, un dos a cero... ¡Hay otra explosión, otra bomba de estruendo! ¡Y ahora otra, y otra más! Terminó. No cabe duda. Se acabó el clásico y nos ganaron. La reputísima madre que lo reparió. Y bueno, ya pasó. Hay cosas peores. Seguimos arriba, de todos modos, en la estadística. Se oscureció la tarde, está nublado. Ojalá que llueva y se arruine todo. Que nadie ande por la calle. Sale un chico de una casa y después otro. El primero, en cueros grita «¡Vamos Central, todavía!». Un relampagueo de flash lo ilumina a uno por dentro. Se le seca la garganta. Balbuceante alcanza a preguntar, «¿Terminó?». «Uno a uno» dice el chico, «empató Central sobre la hora». Uno camina, ahora aterido, por inercia, por instrumental. ¡Central sobre la hora, carajo! ¡Central sobre la hora! No grita. No hace un gesto. No levanta la mano. El grito le explota adentro como una bomba de profundidad. ¡Vamos los canallas,

todavía! Parece mentira. Uno hubiese pensado que iba a saltar, desencajado; brincar sobre una verja, treparse a un árbol como un simio, escalar por un balcón hasta una terraza. Pero no. No es para tanto. No era tan terrible, después de todo. Tal vez no tan importante. Pero una sensación de lasitud, de calidez, de infinita paz interior lo va invadiendo cordialmente. Ya está a una cuadra de su casa. Tiene hambre, tiene ganas de ver a su madre, de estar con sus amigos, de acariciar la cabeza de los niños que juegan en la vereda, futuro de la Patria. La tarde está clara, plena de sol y hasta más fresca. Uno se detiene un momento antes de entrar a abrir la puerta y cruza un par de frases con su vecina. Le pregunta por las flores que está regando, por la dimensión insólita que ha alcanzado la enamorada del muro. Comprende de pronto que esa vieja hinchapelotas y mal llevada, no es tan mala. Por lo contrario, es muy simpática. Entra por fin y va hasta el baño, antes de prender la radio para oír, de punta a punta, los comentarios finales. Orina. Se lava las manos, se mira en el espejo. Tiene más de mil nuevas canas en las sienas. Hay dos arrugas novedosas y profundas en la frente. Las ojeras se han tornado más oscuras. Uno ha envejecido cinco años otra vez, igual que siempre. Todo por un clásico, apenas. Un partido de fútbol, simplemente.

# Entre las cañas

El dos de ellos, el de bigotes, tremendo hijo de puta, le pegó para arriba como para perderla. Se escuchó el ruido de la pelota atravesando las ramas altas de los eucaliptos y el Talo rogó que no quedara de nuevo trabada allí, como en el primer tiempo, cuando tuvieron que bajarla a cascotazos. Pero enseguida la vio continuando su vuelo como un cometa, por detrás de los árboles, hacia los cañaverales junto al terraplén de la vía. Allí sí, la perdió definitivamente, pero él ya corría desesperado hacia el lugar, puteando como un desesperado. «¡La hora, la hora referí!», oyó gritar al mismo guampudo del dos de ellos, apoyado por otros jugadores, los suplentes y el gordo insoportable del delegado que preguntaba a los alaridos: «¿Hasta cuándo vamos a jugar, viejo?».

—¡Buscala, Néstor, buscala! —pidió ayuda el Talo, desencajado, saltando por sobre la zanja, cruzando como una luz bajo los eucaliptos en dirección al bosque de cañaverales de casi tres metros de alto que bordeaban el terraplén. Pero Néstor no contestó, estaba agachado, aprovechando el momento de descanso, atándose los cordones como si el asunto mucho no le importara. El Talo quiso putearlo pero no le salió ningún sonido de los labios. Comprendió que su cerebro había dejado prácticamente de funcionar. Mientras zigzagueaba entre los autos que habían dejado estacionados bajo los árboles, mientras medía los casi treinta metros que aún lo separaban de los cañaverales, mientras escuchaba a sus espaldas la voz aguda de Belía reclamando, solidario, «¡Pelota, referí!», dedujo que la sangre ya no le llegaba a la cabeza y que sólo se le apelotonaba, confusa e hirviente, en las venas del cuello que parecían querer reventar bajo la piel empapada de sudor. Cagón de mierda el Néstor, mariconazo. Cuando no se estaba atando los cordones de los botines, se estaba arreglando el dobléz de las medias o levantando los puños de la camiseta. Y siempre las manitos tipo conejo, recogidas cerca de los pectorales, el andar fino, el toque bajo con el empeine.

—Es un habilidoso, Talo —le había insistido Patota, sonriendo, medio para empujarlo, la noche del asado.

—Gonca, querido, gonca. Cagonazo de mierda —no se dejaba convencer el Talo, aprovechando que Néstor era uno de los pocos que no había podido ir a la reunión—. Así pone la patita —y el Talo ponía su mano derecha como si tratara de proyectar sobre una pared la sombra de la cabeza de un pato con el pico hacia abajo—. Andá a cagar.

Los otros se reían. Especialmente el Bochón, que nunca hablaba.

—Es distinto, Talo. Es distinto —seguía Patota, con paciencia.

—¿Distinto por qué? ¿Me querés decir por qué es distinto?

Patota adoptó, a propósito, un tono de exagerada superioridad.

—Escuchá, Talo —pidió—. Voy a tratar de explicarte en palabras que incluso un tipo como vos pueda llegar a entender.

—Claro, yo no soy abogado... —aflojó Talo, meneando la cabeza, risueño.

—Escuchen, che —generalizó Patota, inclinándose sobre la larga mesa y mirando hacia ambos extremos—, que después no se los voy a repetir... Oíme, Talo... Oíme... El habilidoso va a la pelota en disputa con otra idea en el bocho, diferente a la idea con la que va el picapiedra, con la que va el defensor que simplemente quiere sacar esa pelota, interrumpir el juego...

Se había hecho un silencio importante. Quizás porque ya había algo de sueño en el grupo, quizás porque les había entrado el sopor posterior a las comidas, tal vez porque la de Patota era una opinión respetada, de analista del fútbol, aceptada incluso por el mismo Talo, no muy fácil de persuadir en las discusiones o en el campo de juego mismo.

—El habilidoso, el tipo de talento —siguió Patota, consciente del silencio que había logrado— va

a la pelota en disputa con la idea de llegar una fracción de segundo antes, tocarla con la punta del botín, hacer pasar de largo al defensor y llevársela jugando. Con esa idea va el habilidoso. No se le pasa por la cabeza trabar, ganar la pelota por fuerza. Por eso va con el piecito, como decís vos, animalito... —lo miraba fijamente al Talo, sentado casi frente a él—, así, porque él piensa en llegar antes y pirarse con la pelota. En cambio, el defensor va con la idea de cortar el juego, de sacarla, de tirarla a la remismísima mierda, le importa un sorete que la pelota le quede a él, le quede a uno de su equipo o que se vaya afuera. Entonces, no va con la puntita del botín, a él le da lo mismo llegar una fracción de segundo antes que el habilidoso, al mismo tiempo que el habilidoso, o una fracción de segundo después que el habilidoso. El defensor va con las piernas, con los codos, con las rodillas, con el culo, con la cabeza, con lo que sea con tal de sacar la pelota, de cortar el juego. Entonces, cuando el habilidoso llega esa fracción de segundo antes a la pelota, la engancha con la puntita del pie y se la lleva y le hace arrastrar al otro el orto por el pasto catorce metros, todos gritamos: «¡Bien, qué bárbaro, mago, genio, maestro!». Incluso vos, hijo de puta... —Patota señalaba al Talo con un dedo acusador—. Pero, en cambio, si el habilidoso llega al mismo tiempo o un poco después que el cavernícola del defensor... ¡A la mierda! El defensor lo barre, lo barre y se la saca, porque va con otra fuerza, con otra idea, con otra determinación. Entonces vos, vos y todos estos hijos de puta —ahora Patota involucró al resto del plantel— le gritan: «¡Cagón, poné la gamba, pelotudo, mariquita!».

—¿Y vos no le gritás?

—Yo también. —Patota se tumbó sobre el Mono, golpeó con la palma de la mano en la mesa haciendo oscilar el vino de los vasos y se mató de risa—. No, yo no —dijo después, recompuesto y cuando aún los demás se seguían riendo—. Yo muero con la mía. Soy fiel a mis principios.

—Es cagón, Patota —insistió el Talo, pétreo—. El Néstor es cagón. Juega bien, es habilidoso y todo lo que vos quieras, es muy buen muchacho y yo lo quiero mucho, pero que juegue para los otros.

—¿Por qué te pensás... —Patota comprendió que toda su prédica había caído en el vacío— que de todos los habilidosos se ha dicho que son cagones? Siempre lo mismo. Los ignorantes como vos, como ustedes, siempre han dicho: «Sí... Fulanito es muy hábil, la rompe, la hace de goma, pero... —Patota abría y cerraba los dedos de su mano derecha vuelta hacia arriba como demostrando algo que latía— es cagón, es muy cagón...». Siempre se ha dicho, Talo.

—Dejame, Patota —negó Talo—. Yo quiero ganar. Yo quiero ganar.

—Yo también —se anotó Norberto, que tampoco sentía demasiada simpatía por Néstor.

—Son tipos individualistas, querido —se metió, además, Pichicua—. Piensan en ellos, nada más.

—Mirá vos —marcó el Talo—. Nosotros no nos reunimos en la puta vida. Hoy, que hacemos un asado porque llegamos a la final, él no viene.

—Tenía que viajar, Talo —se ofuscó Patota.

—Sí, tenía que viajar —refrendó, desde la cabecera, Arnoldo.

Talo había terminado de plegar cuidadosamente un trozo que había cortado del papel que hacía las veces de mantel, había formado con él un conito chato de punta aguda y se escarbaba con eso, ahora, los intersticios de las muelas. Siguió meneando por un rato largo la cabeza, produciendo una serie de chistidos al absorber aire entre los labios para apresurar la limpieza.

—Cagón, hermano. Cagón.

Y, sin embargo, el Néstor había metido los dos goles. De un rebote el primero y luego de hacer una pausa infinita el segundo, propia de un tipo que podía conservar la mente fría en una final y dentro de los borbollones criminales del área.

—¡Más allá, más a tu derecha! —Talo escuchó que le gritaba el Mono. El Mono también había salido disparado detrás de la pelota que se escapaba, como un satélite, lejos de la cancha. Y también el Perita, que casi sentó de culo a uno de la barra que alentaba a los otros y que se interponía en su

camino. Casi le pegan al Perita, porque los de afuera eran más temibles que los de adentro, gente de los rancheríos que rodeaban la cancha, laburantes del frigorífico, que siempre se acercaban a ver los partidos en la canchita de Las Quebradas, tomando mate, escuchando los partidos de la B, y que se habían pasado el partido cargándolo al petiso y puteándolo de la madre al Talo. Al Talo, que se había zambullido ya entre las cañas, desesperado, consciente de que el referí no iba a agregar más de uno o dos minutos a un partido que iba por los 44, tres a dos para los locales, bajo la presión de los jugadores de Saavedra que se tiraban al suelo por cualquier cosa y el apriete de los de afuera que ya un par de veces se habían metido en la cancha para festejar el final simulando confundir la sanción de un foul con el pitazo definitivo.

—¿Qué más quiere que haga, señor? —le había preguntado, altivo, el árbitro al Talo, cuando éste le reclamó más severidad con el Pulenta, el nueve de ellos que se retorció en el piso como si lo hubiese picado una yarará. El Talo sabía que el árbitro, con esa pregunta, no sólo se refería a la tarjeta amarilla con que ya había sancionado al delantero por simular, sino también le recordaba el penal que les diera cuando ellos iban ganando dos a uno y que el mismo Talo tiró a la mierda cuando, allí mismo, podía haber liquidado el partido. La imagen de esa pelota huyendo, imbécil, hacia la altura, por encima del travesaño, volvió como una puñalada ardiente a la memoria del Talo mientras apartaba las cañas como un poseso, buscando la pelota. Sabía que esa imagen del arquero con los brazos en alto y festejando, los saltos de ellos, las manos del mariconazo del Néstor agarrándose la cabeza y la sensación de que algo tumultuoso se le derrumbaba desde el tórax hacia los testículos, lo perseguirían inflexibles durante días, semanas, meses y tal vez, años. No podía creer, no podía aceptar, no le entraba en la cabeza, que fueran perdiendo tres a dos ese partido que ganaban dos a cero. Si hasta sus propios compañeros, el Patota, el Flaco, Belía, el Pichicua, se habían apurado para rescatar la pelota, en el primer tiempo, cuando el once de ellos, al que le decían «Platiní», la perdió en el eucalipto. Podían haber dejado que se ocuparan ellos, pero el partido venía en apariencia tan fácil que no modificaba nada ser cordiales. Primero había sido el Flaco el que intentó un par de veces desencajar la pelota de esa rama en horqueta mediante otra pelota, una pelota chota que tenía uno de los negritos que merodeaban por el barrio, pero no le acertó. Después fue el Patota, junto al cuatro de ellos, que se pasaron como cinco minutos tirando piedras hacia arriba —estaba como a cinco metros la pelota— ante la mirada atenta del referí y del resto de los jugadores. Por último, uno de los grones del caserío cercano —«adiestrado en hacer puntería en faroles o en las ventanillas del tren Estrella del Norte», había dicho Norberto en la alegría exultante del medio tiempo— fue el que logró destrabar la pelota aquella, que cayó rebotando en otras ramas entre reclamos estentóreos hacia el árbitro por diez minutos de alargue.

—Estaban muertos, la puta que lo parió. Muertos, estaban —prácticamente sollozaba el Talo, fuera de sí, sintiendo en las pantorrillas descubiertas por las medias bajas, en los muslos y en los brazos, el cortaje filoso del cañaveral. Lo mareaba esa multitud de cañas verticales, iguales, idénticas e interminables, que le impedían ver a más de medio metro. A su izquierda escuchaba el zarandeo y las pisadas enérgicas del Patota que también se había zambullido como el Mono en la espesura.

—¿La encontraste? ¿La encontraste? —gritó el Talo, ilusionado, los ojos al cielo, oyendo que Patota puteaba más fuerte.

—¡No! ¡Está lleno de moscas esto!

—¡Buscala, boludo, no le des bola a las moscas!

Si el Talo metía ese penal se acababa el partido. Tres a uno arriba y se terminaba la joda. «¡Si ya habían empezado a pelearse entre ellos!», jadeaba Talo.

¿Estaban seguros de que la pelota había caído entre los cañaverales? ¿O se habría ido mucho más allá, pasando el terraplén, detrás de la vía? «¡Yo la vi caer, yo la vi caer —refrendó el Mono— está por acá nomás!»

¡Los invencibles de Saavedra, los que se morfaban a los chicos crudos, los grones de la quebrada, se estaban comiendo un zaino de novela en el primer tiempo, no la podían agarrar ni con un gancho, querido!

No habían pasado más de tres minutos de búsqueda, pero para Talo era una eternidad. Justo cuando los tenían a ellos bajo los palos y el empate podía venir en cualquier momento. Apartaba cañas con fuerza descontrolada y sentía que todo su cuerpo era una brasa, entre la calentura propia de la derrota y el sol incandescente de finales de diciembre. Ellos no eran un gran equipo, pensaba Talo, buscando algo de saliva para escupir. El año pasado todavía, cuando jugaban el Pelusa ese, el Polaco y el Galleguito, cuando le habían metido once goles al Mono entre los dos partidos. Pero este año, sin el Pelusa, sin el Huevo y con ese Platiní lesionado, eran como cualquiera. Dijera lo que dijera Norberto.

—Vos querés ir contra la Historia, Talo —le había dicho Norberto una noche en que celebraban el cumpleaños del Nene. Norberto no era de hablar mucho. Jugaba al fútbol, incluso, como al pasar. Iba siempre, sí, cumplía, ponía lo suyo, pero sin apasionarse. No conocía casi nunca a los rivales, ni se alegraba demasiado por las victorias, ni se amargaba mucho por las derrotas. El torneo era, para él, un programa amable de los sábados a la tarde, pero nunca comentaba los partidos de primera que daban por televisión ni armaba programas para ir a la cancha. Es más, no se sabía si era de Central o de Ñuls. Patota decía que lo había escuchado decir una vez que era simpatizante de Banfield. Y se mezclaba en las conversaciones de antes de los partidos sólo cuando, extrañamente, se referían a problemas del país o a conflictos mundiales. Talo, no obstante, lo respetaba, porque a la hora de meter, metía, callado pero eficiente. Y lo quería, también, porque, como decía el Bochón, era más bueno que el Quáker.

—¿Por qué? —preguntó Talo, un poco achispado por el champán.

—Talo... mirá... —le señaló en derredor Norberto—. Mirá esta reunión. Estamos en un departamento céntrico, ¿no?... Vos estás tomando champán, los muchachos también... Antes comimos muy bien, con vino del bueno, entrada fría, postre helado y todos los chiches... El ambiente es agradable, hay calefacción central, hay luz eléctrica, hay agua corriente... Vos estás empilchado de primera...

—No tanto, Norberto. Tampoco exageremos —sonrió Talo. A su lado, Patota terminaba con un pedazo de torta.

—Me parece que te quiere coger, Talo —le advirtió Patota, tocándole el codo.

—No te voy a decir que es el jet-set... —continuó Norberto, impertérrito— pero el nivel es bueno, del tipo de los comerciales de Gancia. Muy bien, Talo... La última vez que fuimos a jugar contra Saavedra, ¿cuándo fue?

—No me hagás acordar. Ya me había olvidado de la calentura. Nunca me había comido ocho.

—¿Cómo fuimos? En auto. Fuimos catorce o quince tipos a jugar y ¿en cuántos autos fuimos hasta allá desde el centro?

—Ocho, nueve autos —se anotó Patota, serio.

—Nueve autos, Patota —corroboró Norberto—. Nueve. Los conté, antes de empezar el partido. Ellos, los morochos, salían de las zanjas, Talo. O cruzaban la calle. Desde las casitas de alrededor de la cancha. Venían ya cambiados, con los botines en la mano, en cuero, desde las casas que quedaban enfrente. Los que vivían más lejos venían en bicicleta, los botines colgados del cuello... —Norberto dejó arriba de un mueble la copa que tenía en la mano para tener mayor capacidad de expresión. Juntó las dos manos frente al pecho con las puntas de los dedos unidas hacia arriba y las sacudió con energía —. ¿Y vos todavía pretendés ganarles, Talo? ¿Vos todavía tenés la ilusión de ganarles?

—¿Qué carajo tiene que ver todo eso, Norber? —se echó hacia atrás, fastidiado, Talo—. ¿Qué tiene que ver?

—¿Qué tiene que ver? Vos querés ir contra la Historia, Talo... Vos querés tener el autito nuevo, el champán, el pollo a la naranja... —Norberto enumeraba cada cosa tomándose un dedo alternativamente con la otra mano y mostrándolo a Talo—, el postre helado, el vino fino y las pilchas caras y además, y además, querés ganarle a los de Saavedra.

Norberto se reía.

—Nos ganan porque nos echan a Pichicua, Norberto —exclamó Talo—. Por eso nos ganan. Ahí, entonces, se les hizo fácil.

—Nos van a hacer siempre ocho como nos hicieron esa vez, Talo. Comprendelo. No es un problema de si nos echaron a uno o a otro. Es un problema de coherencia histórica, Talo...

—No es así. No es así... —no se doblegaba el Talo, pensativo.

—Es la única revancha que tienen contra nosotros, Talo —siguió Norberto—. El fútbol es la única posibilidad que tienen de superarnos, de ganarnos y de gozarnos. Entendelo. Ahí adentro de la cancha no hay autos, ni champán ni pilcha que valga. Todos en camiseta y en pantaloncitos, Talo, y se acabó. La ventaja que no te pueden sacar socialmente, o en el trabajo, por lo desperejo del estrato social, te la sacan en la cancha...

—Ahora me sale con planteos socialistas... —se rió el Talo, buscando complicidad en Patota. También el Nene se había acercado, sirviendo más bebida a los del grupo—. Oíme —retomó el Talo—. Si ese Gallego, el nueve, tiene una gomería que saca mucha más mosca que yo y que vos juntos, seguro.

—Te digo en términos generales, Talo —se encogió de hombros, Norberto—. Pero, creeme, no les vas a ganar...

—Y además, si les ganás, te cogen —se rió el Nene a carcajadas.

—No es para tanto, Nene —negó el Talo.

—O te cagan a trompadas.

—No es para tanto. Con nosotros nunca ha habido problemas. Y ya jugamos como seis veces. Yo veo que los otros equipos lo quieren echar a Saavedra de la Liga. Pero con nosotros nunca ha habido problemas.

—¿Sabés por qué con nosotros nunca ha habido problemas, Talo? —lo llamó a la reflexión Patota, doctoral. Talo lo miró, inquisitivo—. Porque nosotros nunca les hemos ganado, querido. Siempre nos han hecho la boleta, fácil. Pero esperá que le vayamos ganando algún partido algún día... y después contámela. Te cagan a patadas, Talo. Son terribles.

—No es así, Patota. No es así...

En eso pensaba el Talo esa tarde, cuando llegaron a la cancha antes de la final. Pero sabía, tenía la convicción de que en ese partido cambiaría el curso indefectible de la Historia que mencionaba Norberto. Su Olimpo había armado un buen equipo, había abandonado el sempiterno papel de partenaire navegando de la mitad de la tabla para abajo y Talo estaba dispuesto a dejar la vida en la cancha aunque fuese Saavedra quien estuviese enfrente y a pesar de los grupitos de morochones sarcásticos y presumiblemente violentos que se habían acercado a alentar a los locales.

—Son muy pesados, Mono —los estudiaba de reajo, disimuladamente, el Perita mientras se vendaba los pies, sentado sobre el pasto alto cercano a la zanja y entre los coches estacionados.

—Pesados las pelotas —alentó el Talo, metiéndose en la conversación—. Al primero que me diga algo, salgo y lo cago a trompadas.

—No, de veras, Talo —insistió Patota—. Es una zona jodida. Dos por tres sale en el diario que hicieron cagar a alguien.

—Y, oíme —reclamó atención el Nene, poniéndose los pantaloncitos—, hace un par de meses... ¿No salió en el diario que habían hecho cagar a toda una familia? Por acá nomás, a dos o tres cuadras

de acá debe haber sido...

—Sí, sí, me acuerdo —dijo Norberto.

—¿Un par de meses? —Patota apareció, irónico, desde atrás de un auto adonde se había escondido para orinar. Se hacía un lazo ahora con las cintitas que ajustaban la cintura del pantalón—. Ayer, boludo... Salió hoy en el diario...

—Estás en pedo —gritó el Nene—. Lo de la familia fue hace como dos meses.

—Te digo que ayer —corrigió Patota— hubo una denuncia por otra pelotera. Parece que hicieron cagar a un tipo y lo hicieron desaparecer. A un enfermero, o a un tipo de un dispensario, algo así. No leí bien.

—Si vos no sabés leer —se rió, ruidoso, el Nene.

—Se lo comieron —dijo el Talo, ya harto. Patota lo miró, el ceño fruncido—. Se lo comieron. Son caníbales... ¡Pero por qué no se van a la concha de su madre!... No se presenten a jugar si tienen tanto cagazo, viejo.

—Te digo nomás, Talo —pareció disculparse Patota.

—Salgan y jueguen, querido —bufó el Talo—. Cuando los apurás, arrugan como cualquiera.

Y había tenido razón el Talo. Saavedra terminaba el partido tirando la pelota afuera sin el más mínimo decoro ni vergüenza. Tanto, que había desaparecido en los cañaverales. Y el Talo les pegaba trompadas y patadas a las cañas, despejando la zona, tal vez para desahogarse de paso de la bronca que le hacía hervir la sangre y para olvidar esa visión apocalíptica de la pelota yéndose a las nubes en el penal.

—¿La encontraste, Talo? —oyó gritar al Mono.

—¡No!

—¡Voy a pasar detrás del terraplén! —avisó el Mono—. ¡Por ahí siguió de largo!

Talo no tuvo voluntad para contradecirlo. Seguía embistiendo contra las cañas, buscando alcanzar el milagro de vislumbrar algún manchón blanco de la pelota en ese bosque. Y entonces lo vio. Un plano blanco entre las cañas, a un metro de sus pies.

—¡Hija de puta! —aulló. Arrancó hacia el lugar como un búfalo. Imaginó que volvía corriendo hacia la cancha con el cuero bajo el brazo. Le diría al Perita que sacara el lateral, que se la diera atrás a Norberto, y que Norberto le pegara derecho viejo al medio del área desde cuarenta metros. Y él iría con los demás en la última carga, al ataque todos, con el odio de la frustración empujándolo desde atrás. Saltaría, empujaría, arañaría, se apoyaría en los contrarios, se treparía por los hombros del arquero pero por Dios y la Virgen y sus propios hijos que llegaría a meter un cabezazo formidable para romper la red y ganarle definitivamente a esos negros de mierda. Iba a gritar el gol dentro del arco, hasta eviscerarse, hasta romperse una a una las cuerdas vocales.

Apartó las últimas cañas y lo vio. Un cuerpo caído, boca abajo, las moscas zumbando, locas, sobre la espalda de la chaquetilla blanca. Olió un olor fuerte y espantoso. Un pegote oscuro en la cabeza del caído. Otro pegote lacre, como pintura seca, junto a la boca en la cara torcida. Y al lado, como un perro fiel, la pelota. Talo pasó un pie sobre el cadáver, contuvo la respiración, y se inclinó para tomar la Tango. Se hizo de ella y volvió sobre sus pasos, derribando cuanta caña se cruzó a su paso. Corrió hacia la cancha gritando: «¡Vamos! ¡Vamos carajo! ¡Sacá vos, Perita!».

Quince minutos después, tirado entre los autos, aún jadeante, llorosos los ojos por la picazón intensa de la transpiración que le caía de las cejas pobladas, observando ya un poco más tranquilo el festejo de los de Saavedra, el Talo comprendió que por más que pasaran los años, los años de los años, nunca se borraría esa imagen terrible de su memoria: aquella pelota subiendo, subiendo, y yéndose bastante arriba del travesaño.

# Plegarias a la Virgen

El primero que lo vio fue el Pájaro. Estaba sentado sobre una de las barandas de la Rambla Catalunya, mirando hacia la calle, de espaldas al río, y empezó a reírse.

—¡Mirá quién viene allá, Agu! —alertó, divertido—. ¡No me digás que ya se volvió el pelotudo!

Agustín se incorporó y frunció el ceño, mirando hacia la vereda de enfrente, hacia la zona de la bajada Puccio.

—¿Dónde? —preguntó—. ¿Quién viene? —le transpiraba mucho la nariz, como si golpear las alpargatas contra el piso para sacarles la arena que se le había deslizado adentro mientras cruzaban la playa le hubiese representado un esfuerzo inaudito.

—El Faca, boludo...

—¿El Faca? —empezó a reírse también el Agu, buscando con la vista las dos alpargatas suspendidas en el aire sostenidas por los talones—. ¡No me jodás! ¡Se volvió el boludo! —enseguida lo buscó al Pachu, para avisarle. El Pachu estaba un poco más allá, siempre un poco ausente, menos entusiasta, observando una moto estacionada.

—¡Faca! —llamó el Pájaro, agitando los dos brazos en el aire, sin bajarse de la baranda. El Faca, alto, desgarbado, con una malla multicolor demasiado amplia para su físico, lo vio y cruzó a grandes zancadas, la sonrisa ancha, gambeteando los autos que pasaban lentamente.

Agustín salió a su encuentro, calzándose de apuro, abriendo los brazos de forma aparatosa. El Pájaro saltó de la baranda a la calle y también se acercó, despegándose del culo la malla aún mojada. Incluso Pachu vino, lento, con una sonrisa torcida en la boca. Abrazaron al Faca, le pegaron algunas palmadas dolorosas en la espalda, unas cuantas trompadas en los antebrazos, riéndose a los gritos y puteando generosamente.

—¿Qué hacían, loco? —preguntó el Faca.

—¿Vos qué hacés, boludo? —replicó el Pájaro—. ¿Ya te volviste?

—No... —metió su bocadillo el Pachu—. Si está todavía en Brasil...

—¿No te ibas a quedar como veinte días?

—Me volví, boludo, me volví —se reía, casi tristemente el Faca—. No aguanté y me volví, no me la bancaba allá...

—Pero te fuiste... —el Agu contó con los dedos— el jueves... ¿el jueves te fuiste?

—¿Cuatro días estuviste? —se asombró el Pájaro.

—El miércoles me fui. Al día siguiente del partido.

—Semejante viaje para estar seis días nada más...

—¿Te fuiste en avión? —preguntó más interesado el Pachu.

—¿Qué en avión? —se contorsionó el Faca—. ¿Estás en pedo vos? En bondi me fui, con el Omar me fui.

—Tuviste dos días de viaje, entonces, por lo menos...

—¡Más! —exageraba el Faca—. ¿Qué sé yo? Como mil días estuve viajando, para colmo al bondi no le andaba bien el aire acondicionado.

—¿Y por qué te volviste, boludo? —apuró el Pájaro—. ¿No te gustó allá, se te terminó la guita, qué te pasó?

—Me vine, boludo, no me la aguantaba —se puso serio el Faca—. Quería estar acá. Allá iba a ser mucho peor...

—¿Por qué te parece que se volvió? —preguntó sobrador el Pachu.

—El partido, nabo —aclaró Agustín—. ¿Por qué otra cosa iba a ser?

—El partido, Pájaro —Faca le pegó una trompada casi en el hombro al Pájaro.

—¿No me digás que te viniste por el partido? —lo midió el Pájaro.

—¡Y claro, loco, qué te parece! ¡Cuándo mierda vamos a llegar a otra final de la Conmebol, nabo! —gesticuló Faca.

—¡Eso es un canalla, carajo! —vitoreó Agustín, dando grandes vueltas por la vereda, exultante—. ¡Vamos, Faquita, todavía!

El Pájaro los miró con conmiseración. Enarcó las cejas.

—Mirá si yo me voy a venir de Florianópolis para verlo a Central por más final que sea... Con las playas de allá, la caipirinha, las garotas de allá...

—¿Las garotas? —frunció la cara, escéptico, el Faca—. No te dan bola, forro. Te ven que sos un pirincho, que no manejas una moneda y te escupen en la cara...

—¿Y cómo se dan cuenta de que vos no tenés un mango si estás en malla, boludo? —se rió el Pájaro—. ¿O vos te bañás en calzoncillo?

—Se dan cuenta, Pájaro, son bichas esas minas, se apiolan...

—Vos tenés que robar con el físico, Faquita —dijo muy serio el Pachu.

—El Omar, al toque, el primer día que fuimos a la playa —contó Faca— se levantó una negrita, que era un mono, boludo. Un mono era esa mina, te juro, de cuarta la mina, y tenía un olor a rancio que no se soportaba...

—¿Y qué hizo el Omar, se quedó o se vino con vos?

—Se quedó, se quedó. Para él no había problema. Si es lepra. ¿Sabés cómo me gastó? Toda la semana me gastó. Además me reputió parejo porque yo me venía.

—Lo dejaste en banda.

—Y qué querés, no me la bancaba. Ayer a la mañana ya me agarró una desesperación por venirme... Después de todo, escuchame... ¿Cuántos partidos de mierda hemos ido a ver, incluso cuando Central estaba en el descenso, contra cualquier choto desconocido? ¡Mirá si no voy a ir ahora!

—Pero no había que remontar un cuatro a cero abajo como esta vez, forro, no te olvidés de eso —lo trajo a la realidad el Pájaro, pragmático.

—¿Y qué importa? —se encogió de hombros el Faca—. Lo mismo hay que ir a la cancha. Por lo menos para demostrarles a los lepras que no somos pechofríos como ellos, que podemos llenar el estadio aunque nos hallan cagado a goles...

—Ojo que ahora ellos se la bancan mucho, ¿eh? —advirtió el Agu, serio, como quien revela algo que no debe ventilarse—. Mi viejo dice que ya no es como antes.

—Antes no llenaban ni la bandeja de arriba.

—Eso me decía el Omar, loco. ¡Qué insoportable que estaba ese hijo de puta!

—Eso te pasa por viajar con leprosos.

—Oíme —dijo el Agu—, ¿por qué no vamos a un lugar a la sombra, que aquí hace un calor de cagarse?

—Crucemos a la isla y nos tomamos una sangría —propuso Faca.

—Dejame con la isla, es un quilombo la isla —Pachu fruncía la cara, como con asco.

—Hay mucho careteo.

—Pero están las mejores diosas.

—Tenés que tener lancha para levantar algo allá.

—¿Tanto han cambiado las cosas mientras yo estuve en Florianópolis, che? —frunció las cejas el Faca.

—Vamos al bolichito de enfrente —señaló el Agu—. Nos tomamos una cerveza. ¿Trajiste guita, no Faca?

—Ni un mango. Le dejé casi toda mi guita al Omar. Me dio no sé qué haberlo cagado y se la dejó a él.

—¿Será posible con este pendejo? —resopló el Pájaro—. Cuando ya creíamos que nos lo habíamos sacado de encima, se vuelve y encima hay que aguantarlo con la cerveza.

El Faca le pegó una patada en el culo.

—Así le va a pegar el Polillita mañana, forro, cuando meta el quinto.

Iban cruzando la avenida de doble mano, sorteando los autos, algunas motocicletas en extremo ruidosas, los chicos pedigüños que acomodaban los autos, algún fisicoculturista bronceado y con vincha flu que llevaba su kayak al hombro y los innumerables perros de los pocos ranchos que quedaban en la barranca. Se sentaron alrededor de una mesa de un chiringuito nada sofisticado y pidieron dos porrones. El Pachu, que se había enrollado la remera en la cabeza a título de turbante protector, puteaba porque se había dejado un par de billetes guardado en el bolsillo de la malla cuando se metió al río.

—Te digo que yo le tengo fe a Central para mañana —meneó la cabeza el Faca, la mandíbula sacada hacia delante—. No sé, yo le tengo fe.

Los otros se rieron.

—Y... —analizó el Agu— con algo te tenés que dar manija para justificar el haberte venido como veinte horas en bondi desde Florianópolis. Porque si lo pensás fríamente te tenés que matar.

—Los negros arrugan, Agu —dijo el Pachu, mirando para otro lado—. Arrugan los negros. Cuando salen de Brasil se cagan en las patas. Esperá que aparezcan por el túnel del Gigante, y vean las banderas, y vean las tribunas, y las bengalas, y las bombas de estruendo, y les va a agarrar un cagazo que ni te cuento.

—Oíme, Pachu —dijo el Pájaro—, estamos hablando del Mineiro, boludo. No estamos hablando de Deportivo Pedal de Perú, ni de Argentino Morning Star. Estos negros tienen un estadio más grande que el nuestro y están recontraacostumbrados a jugar frente a setenta mil personas. ¿O qué te creés? No son como los otros equipos chotos de la Conmebol. Éste es un equipo en serio.

—Se cagan —insistió, blindado, el Pachu.

—Mirá —dijo el Pájaro—. ¿Yo sabés por qué voy? Por los muchachos, viejo. Se han roto el culo todo el campeonato sin que les paguen un mango, han llegado a la final de la Conmebol...

—Por el Negro Palma —aprobó el Agu.

—Y por lo que decía el Faca —completó el Pájaro—. Para que los leprosos no digan después que nos borramos cuando la mano viene jodida, por eso.

—Uy, vos no sabés cómo estuvieron los lepras acá —el Agu reclamó la atención de Facundo—. Vos te salvaste porque te fuiste a Brasil.

—Yo huí, rajé, me hice humo —se rió nervioso Facundo.

—Porque viste que ellos se habían quedado bien en el molde durante toda la Conmebol. Que era una Copa de mierda, que era una bosta de torneo y todas esas cosas, decían...

—Tenían razón —admitió el Pachu.

—Tenían razón, pero cuando perdimos con Mineiro allá en Brasil... ¡ahí aparecieron todos! ¡Ahí aparecieron todos esos hijos de puta! —Agustín se adelantó en su asiento como impulsado por un resorte, imprevisiblemente furioso y señalando hacia sus espaldas con el dedo pulgar, como si allí atrás estuvieran ellos.

—¡Cómo nos gastaron los guachos! —se agarró la cabeza el Pájaro—. Que no le habíamos ganado a nadie, que apenas cuando jugábamos contra un equipo más o menos ya éramos boletas... Vos no sabés...

—No me jodás —el Faca se mordía el labio inferior, como apesadumbrado por su propia deserción—. Me imagino, me imagino, loco.

—Y esperate mañana a la noche —el Agu levantó su mano derecha en el aire como advirtiendo que aún no se había sufrido lo peor—. Esperate mañana a la noche apenas termine el partido porque

van a salir a festejar, van a salir a festejar mañana a la noche...

—Ya dicen que se van a reunir en el Monumento...

—El tío de Luis, que es lepra fanático, ya le dijo a Luis que se van con la radio al Monumento desde que empiece el partido, a esperar el final...

—Y... ésa de Vesco brindando con champán en Córdoba y Corrientes la tienen acá —recordó el Pájaro tocándose el cuello con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Cuando ellos perdieron la final de la Libertadores —aprobó con la cabeza el Faca—. El penal de Gamboa.

Se quedaron en silencio. Una ominosa angustia había caído sobre el grupo pese al ambiente distendido que los rodeaba, de chicas en bikini, familias haciendo picnic, bocinazos desde los coches que circulaban por la Rambla Cataluña.

—Hay que hacer algo, loco —no se resignaba el Faca.

—¿Y qué vas a hacer, boludo? La única que nos queda es ir a gritar y a armar quilombo en la cancha y nada más. Para que se asusten los negros.

—Ir esta noche a armar quilombo frente al hotel de ellos, boludo. Eso hay que hacer, para que no apoliyen.

—¿Dónde están?

—En el Riviera.

—Duermen dos horas más a la mañana y se acabó la joda, boludo —desestimó práctico el Pájaro.

—No. Otra cosa —se restregó las manos el Faca—. Alguna brujería, algo de eso.

—A los brasileños, justamente —se rió Agustín—, que son los reyes de la macumba. ¿Te pensás que no habrán sacrificado más de doscientas gallinas para cagarnos bien cagados esos hijos de puta? ¿No viste esos documentales sobre brujería, vos?

—¿No agarran el Discovery Channel en tu casa, forro?

—Qué sé yo —se frotó las mejillas el Faca—. Te juro que estoy desesperado. Ustedes jodan pero si yo pudiera ponerme a llorar, me ponía.

—Ah... ¿Y vos te pensás que yo no? —se adhirió imprevistamente emocional el Pachu.

Volvieron al silencio cortado de tanto en tanto por algún lamento futbolístico, como preguntarse por qué no se habrían vuelto del Mineiro con algún gol en contra menos, un tres a cero, sin pedir mucho, para albergar alguna mínima y pequeña esperanza en el partido revancha.

—Solamente un milagro, loco —se estiró el Pájaro, desperezándose sobre la silla de metal.

—¿Y la iglesia? —preguntó, entonces, el Faca, casi tímidamente, como avergonzado de su debilidad.

—¿Qué iglesia? —respondió el Pájaro, no obstante respetuoso.

—La iglesia, la iglesia —abrió los brazos, el Faca—. Ir a la iglesia, rezar, prometer algo.

Lo miraron.

—Mi abuela... —se apresuró a argumentar el Faca, alentado por el silencio condescendiente de sus amigos— decía que ella siempre le pedía cosas a la Virgencita y que la Virgencita nunca le fallaba...

—Así le fue a tu abuela. Se cagó muriendo.

—¡Yo digo, boludo! —se envenenó el Faca—. ¡Por lo menos propongo algo, ustedes no dicen un carajo, no se les ocurre nada!

—También vos proponés cada pelotudez...

—Hay que admitir que lo de la iglesia es un clásico —reflexionó Agustín—. No al pedo es una institución que se ha mantenido tanto tiempo.

—No al pedo va tanta gente —se unió Pachu.

—O hacer alguna promesa —terció el Pájaro.

—Después las promesas no se cumplen —desestimó Agustín—. Si se pierde, pierden las promesas. Y si se gana, ganan los jugadores; entonces no les das pelota...

—Este pendejo... —el Pachu señaló al Faca— hizo la promesa de que si le ganábamos a Ñuls no se iba a hacer más la paja durante dos meses y no la cumplió. A los dos días ya estaba... —Pachu cerró el puño derecho como quien toma un cilindro y lo meció en el aire, subiendo y bajando.

—¿Qué perdemos, boludo? —insistió el Faca, sin prestar atención al Pachu—. Vamos a pedirle a la Virgencita...

Se quedaron en silencio. El Pájaro se toqueteaba un granito de la frente, los ojos perdidos en el verdor de la isla.

—¿De qué otra forma podemos ayudar, si no? —apuró el Faca.

—¿Hay que pagar para ir a la iglesia? —preguntó Agu.

—¿Entrada, decís vos?

—No sé, algo así, yo nunca fui.

—Sí —lo miró despectivo Pachu—. Tenés populares y plateas altas. Sacá de las que están detrás del confesionario.

—¿Qué querés, boludo, no fui nunca!

—Yo fui cuando era muy chico —dijo Agustín—. Me llevaba mi vieja todos los domingos. Tomé la comunión también.

—Entonces sos cristiano, es como ser socio, digamos. Podemos entrar con vos.

—Yo la única vez que fui —espació las palabras Pachu— me tiraron agua en la cabeza y no fui más. Cuando me bautizaron.

Se rieron un poco. Pero Faca seguía serio.

—Yo voy a ir, boludo —anunció—. Voy a ir y le voy a pedir que mañana le ganemos cuatro a cero a esos negros de mierda.

—Pedile que ganemos en los penales también, forro.

—Y vamos todos —sorprendió el Pájaro, que parecía el más reacio.

—Mirá si nos ven —dijo el Agu.

—¿Si nos ven qué tiene? Estamos yendo a una iglesia, no a un prostíbulo.

—Por eso mismo. Mirá si nos ven las pendejas de la Facu.

—Vamos todos, boludo —se afianzó el Faca—. Mientras más tipos sean los que piden algo, más bola les van a dar, eso es seguro.

—¿Pero vos creés que esa Virgencita hace una encuesta de opinión, un análisis del mercado? Vos estás muy confundido, pendejo.

—¿Y se puede ir así? —el Pájaro miró el fibroso estómago desnudo, la malla casi hasta las rodillas, las ojotas.

—Mirá si vas a ir así, forro. Tenés que ponerte algo.

—¿Los hindúes no van así, no andan en taparrabos, casi en bolas?

—Son otra religión, querido.

—Son una religión de verano, ellos.

—Vamos ahora a la tardecita —elevó la voz eufórico el Faca, entusiasmado por el inesperado respaldo de sus amigos—. ¿A qué hora nos juntamos?

Se pararon, reuniendo los billetes y monedas para pagar la cerveza.

—Éstos están en pedo —casi gritó el Pájaro—. Yo, en la iglesia.

Facundo lo abrazó, medio de costado, en un gesto afectuoso que más parecía un recurso para inmovilizarle los brazos.

—Va a dar resultado, Pájaro, va a dar resultado. Dios nos va a ayudar. ¿O no sabés que hace milagros?

—Soltá, trolo... se va a tener que esmerar mucho Dios para salvarnos de ésta.

—¿No sabés que lo hizo caminar a Lázaro?

—Que lo haga correr a Vitamina, mejor.

—Mucho se va a tener que esmerar.

—«Rajemos, Pedro, que es cáncer» —dijo el Pachu, citando el viejo y efectivo chiste.

Cuando el Pájaro se bajó del ómnibus en avenida Alberdi, el Faca y Agustín ya estaban apoyados en la reja de la iglesia, algo incómodos, esperando. Eran casi las siete de la tarde pero el sol seguía pegando fuerte y, pese a eso, ninguno de los dos se había atrevido a entrar siquiera al pequeño patiecito frontal frente a la escalinata, que recibía un poco de sombra. Mucho menos a sentarse en los peldaños, donde estaba fresco. «Me hubieran dado una moneda, boludo», explicó el Agu. Poco después llegó el Pachu, cansino, pero cumplidor al fin. Todos, sin concertarlo previamente, habían abandonado los pantaloncitos cortos o las camisetas de tiras, optando por los vaqueros livianos y alguna remera de marca. «Elegante sport», justificó su cambio el Pachu, sin dar el brazo a torcer en su rol de duro, de intolerante ante el poder omnímodo de la Iglesia.

—¿Entramos? —preguntó el Agu, indeciso o aguardando que alguno hiciera la punta.

—¿Está abierto? —miró el Pájaro hacia el campanario.

—Claro, forro. ¿No ves la luz?

—El vocabulario, loco. Aflojá un poco.

—Venimos a pedir, después de todo. No nos llamó nadie.

—Pará, pará un cacho —los contuvo el Faca—. Mi vieja me dijo algo importante —lo miraron—.

A la Virgen, hay que pedirle. Los santos no conceden.

—Si es virgen es porque no concedió nunca, papá —se echó hacia atrás despectivo el Agu.

—Dale, boludo... —apuró el Pájaro—. Que me da no sé qué que me vean acá.

Entraron primero al patiecito frontal y subieron los pocos escalones.

—¿Hay mucha gente adentro, Faca? —preguntó el Pájaro—. ¿Viste entrar mucha gente?

—No. Casi nadie —automáticamente habían bajado la voz.

El primero en cruzar el portalón lateral de madera fue Agustín. Y se quedó allí nomás, un par de pasos dentro de la nave, cohibido. «Esto es más grande de adentro que de afuera», susurró. Los demás tuvieron que empujarlo para que siguiera caminando. Pero la ansiedad y una cierta excitación se les habían esfumado, dando paso a una actitud reservada, curiosa y levemente azorada ante la enormidad, el silencio y la placidez del recinto. Pegado a la espalda del Faca, Agustín le cuchicheó en el oído.

—¿No hay que ponerse nada en el bocho?

Faca negó con la cabeza. Por ser el de la idea, lo habían tomado como referente, pero también él se encontraba un tanto dubitativo sobre los pasos a seguir.

—Por eso viene tanta gente a la iglesia —susurró Pachu.

—¿Por qué? —el Pájaro miraba hacia lo alto, hacia los arcos lejanos de la bóveda, la luz multicolor que llegaba a través de los vitrales.

—Porque está fresco.

El Pájaro sofocó una risa, los otros también. Eso los animó.

—Si no hay nadie, boludo —observó Agu.

Había en realidad tres o cuatro personas, perdidas en la amplitud del lugar. Y ninguna había reparado en la irrupción del grupo. O si alguien había reparado en ellos, no le había prestado atención. Flotaba un clima de congoja, de ruego, en los pocos presentes, gente mayor casi todos, que atemperaba el ánimo de los muchachos.

—¿Qué hacemos ahora? —apuró el Pájaro.

—Busquemos una Virgen —dijo el Faca, con el costado de la boca.

Y comenzó a caminar hacia uno de los pasillos laterales, donde se veían imágenes sagradas, cuadros y confesionarios. Pasaron frente a un par de pequeñas figuras, adornadas profusa y desordenadamente con flores. No se detuvieron frente a la primera porque ante su pedestal rezaba, patético, un hombre flaco y desgredado, casi un pordiosero. Tampoco Faca se detuvo ante la segunda, metros más allá: el busto de una Virgen que reclinaba su cabeza delicada hacia un costado y elevaba su mano derecha, como señalando algo con el dedo índice, en un gesto poco claro.

—¿Y ésta, Faca? —Agustín, que venía segundo, llamó absurdamente en voz baja. Faca se dio vuelta.

—No sé —enarcó la ceja, elevando los hombros.

—Acá, Faca... —el Pájaro se sumó a Agustín—. Ésta es una Virgen.

—¿Qué Virgen es?

—Seguí, seguí —los adelantó el Pachu, casi empujándolos. Por ahí adelante hay alguna mejor.

—Qué sé yo qué Virgen es.

—Preguntemos.

—¡Acá, boludo! —insistió, enojado, el Pájaro—. No vamos a andar por toda la iglesia hinchándole las bolas a la gente.

Discutieron unos segundos en un crescendo que terminó cuando el Faca, en su papel de experto, sacudió las manos en el aire como si quisiera espantar unas moscas frente a su cara.

—¡Nos van a echar, pelotudo! ¡Nos van a echar a la mierda! —se exasperó. Hicieron silencio. Pese al pequeño conato de intemperancia, nadie había reparado en ellos. Pachu pegó un vistazo abarcativo, pero no se apreciaba cura o religioso alguno que pudiera hacerse cargo de la disciplina.

—Acá está bien —propuso el Agu—. Acá está bien.

—Sí. Metámosle acá —aprobó Faca—. Es linda esta Virgen.

—Sí... —frunció la cara el Pachu—. Pero mirá la manito... —señaló con el mentón la mano de la Virgen que parecía señalar algo con el dedo índice en alto—. Un solo gol nos promete. Y necesitamos cuatro.

—Cortala, boludo —se enojó, realmente, Faca.

—Sí, aflojá, Pachu —refrendó el Pájaro.

Se dispusieron frente a la imagen, a un par de pasos de ella, parados, las cabezas levemente gachas. Agustín musitó desde atrás:

—Yo voy a aprovechar para pedir también por mi abuelo, loco —anunció. Y giró, caminando casi a puntas de pie hasta uno de los largos bancos de madera oscura.

—Dale —aceptó el Faca—. Vos pedí ahí.

—Pedí también por Central —cuchicheó, enérgico, el Pájaro—. No seas boludo.

El Faca chistó, autoritario.

—¿Está jodido el abuelo del Agu? —consultó con un hilo de voz el Pachu, por sobre el hombro. El Pájaro lo miró, meneó la cabeza, aprobatoriamente, levantó las cejas y se mordió el labio inferior por toda respuesta.

—Dale, viejo, larguemos —reclamó Faca.

—Y empezá... —dijo Pachu, soliviantado por el reto—. ¿Qué nos tenés que andar diciendo a nosotros?

Como algo sabido de antemano, recibido por siglos de civilización cristiana, los tres cruzaron las manos frente al cuerpo, laxos los brazos, bajaron la cabeza y cerraron los ojos. Se quedaron así un largo rato. Pronto se les unió en silencio el Agu, quién ya había terminado de pedir por su abuelo. Luego, como si se hubiesen puesto de acuerdo, levantaron la vista, sacudiendo los hombros y pareciendo salir de un estado de trance. El Pájaro, más animado, aliviado quizás por haber cumplido con ese rito, se animó a hacer algo que había visto en alguna película. Se adelantó dos pasos y tocó el

rostro de la imagen con la punta de los dedos sobre la frente.

—¿Dará bola, che? —preguntó Faca, arrugando la nariz.

—Ni mierda —dijo Pachu.

—¿Sabés cuánta gente le pide por día? —agregó el Agu, como repentinamente desalentado.

—No se va a acordar de todo.

—Más que piedad, lo que tiene que tener es memoria.

—Por favor, por favor —exclamó en voz alta y en un tono extraño el Pájaro, advirtiendo que se dirigía a la imagen y no a sus amigos—. Hacé que Central gane mañana cinco a cero al Mineiro.

—Pero acordate —añadió Faca.

—Apurala, apurala que si no, no nos va a dar pelota, boludo —se tornó duro el Pachu.

El Pájaro estiró su mano y la puso sobre la mano extendida de la Virgen, como llamándole la atención.

—Hacé que Central gane, ¿estamos? —dijo, firme—. Mejor que Central gane.

—Apretala, apretala que si no, no pasa nada, Pájaro —urgió Pachu—. No te va a dar pelota esa guacha.

—¿Nos vas a dar pelota? —amenazó el Pájaro. Había tomado en su mano derecha el dedo índice extendido de la imagen—. ¿Nos vas a hacer caso?

—Rompele un dedito, rompele un dedito —ordenó Pachu.

Con una imperceptible mueca de esfuerzo en su rostro, el Pájaro presionó con sus dedos hasta que, en un momento, dejó de hacerlo. Después se metió el puño cerrado en el bolsillo de su jean. Del dedo señalador de la Virgen, sólo quedaba la primera falange.

—Así se acuerda —aprobó Pachu. Los otros no dijeron nada. Giraron hacia la puerta y emprendieron la salida. Antes de abandonar la nave, volvieron a mirar hacia el altar principal y, respetuosos, inclinaron la cabeza.

# Algo le dice Falero a Saliadarré

«... Algo le dice el Muñeco a Batistuta...»

VÍCTOR HUGO MORALES

¡Lo tocan a Pedraza cuando enfilaba hacia el área y hay tiro libre de enorme riesgo para el arco defendido por Meroni! ¡Dejó a un hombre, a dos, a tres Pedraza en su camino y fue Jastreb el que lo tocó de atrás y ahora, cuando falta apenas un minuto para terminar un partido que gana el local dos a uno, el equipo visitante tiene la posibilidad, la chance, la ocasión propicia para alcanzar la paridad y llevarse un empate de oro para Avellaneda! Protestan los hombres de River arremolinados en torno a Daniel Cucciola pero el foul fue muy clarito y lo único que pueden llegar a conseguir los muchachos del Profesor Valdivia es que el árbitro, que no ha tenido un desempeño muy lucido hasta ahora, enarbore en cualquier momento otra tarjeta roja como la que elevara sobre su cabeza en el primer tiempo para dejar afuera del partido a Silvio Altomare por agarrar de la camiseta a Rivas... ¡Qué momento, señores! ¡Qué tensión inenarrable se vive en el estadio Monumental de Núñez frente a esta alternativa del juego que puede definir un partido que ha sido muy parejo hasta el momento! ¡Ahí está Meroni, el muchacho de Pago Largo —el Tito Meroni que salvara más de cuatro veces su valla en cruciales mano a mano frente a los ágiles visitantes durante la primera etapa— gritando exasperado desde su marco, apoyado en uno de los postes procurando ordenar la barrera! ¡Ruge ahora la parcialidad de la visita, que en buen número se ha llegado hasta Núñez, soñando ya con que esa pelota postrera se incruste de una buena vez por todas en las enredaderas trepadoras del arco de River Plate! ¡Silenciosa, en cambio, la tribuna local, rezando, orando, encomendándose a Dios todopoderoso en este trance dramático que los duendes del fútbol le han dictado vivir cuando ya parecía que tenían los tres puntos en casa! ¡Se ha nublado la tarde sobre el Monumental y por lo tanto ya no hace visera con las manos Meroni para otear el posible rumbo que puede describir esa pelota desde el punto de ejecución! ¡Pero la sombra oscura de esa nube parece ser un presagio, señores, un mal augurio, un designio trágico del destino para con los muchachos de la banda roja que ven ahora aproximarse a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis ante la perspectiva de un empate que sería nefasto para sus chances de campeón! ¡Se vino la noche, señores! ¡Persisten los tironeos y los forcejeos con la barrera, queridos amigos radioescuchas! Daniel Cucciola lucha y se desangra procurando hacer retroceder a ese vallado terco que pugna por adelantarse. Allí están, mezclados entre los hombres locales que integran el muro de contención, Espina y el Tero Cazzo, procurando dificultar la vista, la imagen, el campo visual de un Meroni que se me antoja más nervioso que nunca, gritando hasta desgañitarse aferrado a su palo izquierdo. ¡Hay amarilla para Erezuma! ¡Hay amarilla para el Nacho Erezuma! Se los anticipaba, mis amigos. Si los muchachos riverplatenses no aflojan con sus protestas puede ir a parar alguno afuera... ¡Y se gana la roja Erezuma! Tontamente, torpemente se hace expulsar bajo una rechifla generalizada de todo el estadio. Hay mucho nervio, estimados amantes del balompié. Ahora ya la barrera ha tomado su lugar casi sobre el punto mismo del penal, lo que les indica a ustedes lo riesgoso que es este tiro libre, apenas medio metro afuera del área grande, posición de un ocho, ideal para un zurdo que le dé por sobre la barrera o bien para que Niky Fernández le pegue con ese cañón que tiene en su pierna derecha apuntando al entrejejo exacto del arquero como para dejar servido un rebote a la voracidad goleadora de un Pelusa Entreconti, por ejemplo. Ahí está Tucho Saliadarré frente a la pelota, espía por sobre las cabezas de la barrera. La sutileza perversa de su botín zurdo ya está imaginando la parábola impecable e implacable que deberá recorrer el esférico para pasar por encima del valladar y meterse, de perfil digamos, por la rendija superior del arco, por esa banderola elevada y escasa que media entre

la altura de los defensores y la horizontalidad persistente del travesaño. También se acerca Granero. Tal vez haya un toque previo al remate. Tal vez haya una jugada preparada con cambio al segundo palo para que el lungo Mendoza la baje de cabeza al medio. ¡Todo River en el área! ¡Hay empujones en esa barrera que saldrá, sin duda, catapultada hacia adelante apenas estalle el silbato de Cucciola! ¡Qué momento, señores! ¡Se le van a tirar a los pies a Tucho si llega a ser él el que pateo! Ahora también se acerca Martín Falero, el muchacho de Tres Higueras, el pibe de las inferiores que le pega con un balustrín al esférico y está pidiendo la posibilidad de inscribirse en la historia grande de sus colores. Audaz el mocoso, ya estrelló un tiro libre en el palo contra Quilmes, dándole desde esta misma posición, pegándole de chanfle interno de derecha por el lado de afuera de la barrera, lo que no sería a mi juicio una mala opción para el remate. «Dejámelo a mí», parece decir Martincito. O mejor diría: «Déjemelo a mí, señor Tucho», porque se está dirigiendo a una gloria viviente de los Rojos, al dueño de la pelota del equipo colorado. «Déjemelo a mí, señor Tucho, que yo le doy de chanfle por afuera y a cobrar», le está diciendo. «No, dejámelo a mí, pibe», parece contestarle Tucho ahora, sacándolo, apartándolo del lugar de la ejecución con la autoridad que sólo brindan los años y las mil batallas ganadas: «Dejámelo a mí que la responsabilidad de este tiro libre es muy grande y solamente yo, en este equipo de novatos, puedo absorber toda la presión del estadio». ¡Y es una caldera el estadio, señores, en tanto se dilata la sempiterna ceremonia de la barrera! «No —insiste Martincito—, usted pateó los últimos ocho tiros libres y no le acertó ni siquiera al arco. No puede seguir jugando sólo con su nombre y con la leyenda de su nombre». Tucho toma la pelota ahora con sus manos y la ubica cuidadosamente sobre el césped como si el esférico de cuero contuviese diez mil kilos de trinitrotolueno. «¡A un lado! —ruge—. ¡Soy el capitán y el ídolo y llevo convertidos más de veinticinco goles de tiro libre en toda mi carrera!» «Sí —insiste Martín Falero, obcecado—, pero usted ya tiene treinta y cuatro años, hace mucho que no convierte y sus músculos y su cerebro sienten indudablemente el esfuerzo de ochenta y nueve minutos de un partido intenso, jugado con dureza pero con hombría por ambos bandos sobre un piso mojado por la lluvia de la víspera». «¡No me compliquen el partido!», truena ahora seguramente Daniel Cucciola. Cae un petardo. ¡Tranquilos, muchachos, terminemos este partido en paz! Cucciola ya tiene el silbato en la boca. «No soportaré impertinencias —le dice Tucho a Martincito—. He ejecutado todas las jugadas de pelota parada y no habrá de ser ésta una excepción». «¡Lo que pasa es que usted no quiere que surja ninguna figura que pueda eclipsarlo!», le dice en este momento Martín Falero con la misma frescura, con el mismo atrevimiento, con la misma audacia potreril con que enfrenta a sus rivales en el campo de juego: «Usted sabe bien que está en el ocaso de su carrera y se aferra a los restos de prestigio que le quedan a costa de la frustración y el anonimato de todos los muchachos jóvenes como yo —o como Ruiz Peña, el voluntarioso lateral de la cuarta— que tratan, honesta y forzadamente, de ganarse un lugar en los titulares de los diarios». «¿Cómo puedes decirme eso, Martín —le reprocha Tucho ahora, herido—, cuando fui yo el que te recomendó a la dirección técnica para que te promovieran a primera? ¡Fui yo el que le indiqué a don Mingo Mottura que te hiciera practicar con los del primer equipo!» «¡Sí! —grita entonces Martincito, descontrolado—. ¡Sí! ¡Para que fuéramos nosotros, los pibes, los que corriéramos por todo lo que usted no corre en la mitad de cancha. Para eso nos quiere. Para eso nos hizo ascender. Para poder usted seguir con ese toque fino e intrascendente, el lujo vano, el ornato inútil, el artificio que llena los ojos pero no concreta, mientras nosotros echamos los hígados en el campo recuperando la pelota. Para eso nos promueve!» «Cría cuervos...», parece musitar en estos momentos el veterano Tucho, «has aprendido de mí, he sido tu espejo, te he señalado cada lugar de la cancha que debes ocupar sin pedirte nada a cambio». «Está usted acabado, Tucho —lastima ahora Martín, con lágrimas en los ojos—. Terminado. Alguien tenía que decírselo». «Y si tú corres por lo que yo no corro —indica Tucho— es simplemente porque no tienes talento para otra cosa. No corres por ser joven y generoso, Martincito. Corres porque eres sólo un vulgar picapiedras que no sabe hacer

otra cosa. Tendrás cincuenta y dos años y seguirás corriendo. Te ha sido negada la gracia del talento o de la creación». «La hinchada ya no lo soporta, señor Tucho —dispara Martín—. Lo que siente la hinchada por usted no es respeto, es lástima, pena, conmiseración». «Yo te llevé a vivir a mi departamento —recuerda Tucho— para sacarte de aquella pensión miserable donde vivías cuando llegaste de Tres Higueras». «Nuestra hinchada es, ante todo, un sentimiento —dice Martín—. Y así como es vibrante y pasional para algunas cosas también sabe mantener un piadoso respeto para quienes fueron grandes tiempo atrás y hoy se derrumban como un endeble castillo de naipes». «Vivías en una pieza sin ventanas, Martín, junto a otros siete muchachos soñadores —reitera Tucho—. Y yo te llevé a mi departamento». «¡Para que compartiera los gastos centrales, miserable!», se enerva Martín. «Para eso me llevé, para que pagara la mitad de los estipendios». «¡Juego, señores, juego!», reclama airado el árbitro Daniel Cucciola, quien ya ha llegado al límite de su paciencia. «¡Yo lo llevé a mi departamento, señor árbitro!», le dice Tucho Saliadarré a Cucciola. «¡Y ahora, a mi edad, debo soportar esto! ¡Le di un techo, le di de comer!» «¡Y me echó, también, señor juez!» «¿Lo echó?», se interesa el árbitro, sí, por este tema tan suyo. «¡Me echó como a un perro, porque envidia mi juventud, mi empuje, no soporta que me hagan más notas periodísticas que a él!» «¡Lo mismo ocurre en nuestro equipo con Marcón!», se escucha una voz que surge de entre los jugadores de River que, curiosos, rodean a los litigantes. «¡También Marcón taponó la subida de los pibes de la tercera!», agrega la voz. «¿Hasta cuándo, Dios mío, va a continuar robando?» «¡Lo eché por sucio!», vocifera Saliadarré, desencajado. «¡Lo eché por sucio y desordenado! ¡Porque dejaba el baño a la miseria, porque no tiraba la cadena, porque no lavaba sus medias de fútbol ni sus suspensores, porque se cortaba las uñas de los pies y dejaba las uñas tiradas sobre la alfombra! ¡Por todo eso lo eché, señor juez!» «¡Mentira, mentira —salta Martincito—, me echó porque su novia, Luciana, venía al departamento y sólo tenía ojos para mí, en vez de escucharlo a él contar sus estúpidas e inventadas hazañas futbolísticas! ¡Luciana hablaba más conmigo que con él, harta de su pedantería, sabiendo que ya a su edad lo único que podía hacer era hablar!» «¿Qué quieres insinuar, miserable?», grita ahora, fuera de control, Tucho. «¡Lo que todos saben, que sus energías han menguado, que ya no son las mismas de veinte años atrás, y que desde el comienzo del Apertura le están atrayendo mucho más las amistades masculinas que las femeninas!» ¡Tucho se abalanza sobre Martín Falero, señores, deténganlo muchachos porque se van los dos de la cancha, Cucciola tiene la mano sobre el bolsillo izquierdo de su camisa! «¡Cómo puedes decir semejante barbaridad, proferir tan terrible bajeza!», clama ahora Saliadarré. «¡Todos lo saben, todo el mundo lo dice!», insiste Martincito. «¿Quién, quién te lo ha dicho?» «¡Él, por ejemplo!», señala Martín, el brazo estirado hacia Damián Pedro Alsina, el recio stopper riverplatense. «¡Se lo ha estado diciendo a usted todo el partido, lo ha seguido por las más inaccesibles regiones del área, pegado a sus espaldas como una sombra, musitándole al oído una y mil veces que es usted un homosexual pervertido y escandaloso y que le iba a romper el fémur de una patada apenas lo viese intentando ingresar en el área!» ¡Tucho Saliadarré clava en este angustioso tiempo de descuento que ya estamos viviendo su mirada aguda en los ojos del defensor acusado y se lanza sobre él como un tigre! «¿Vos dijiste eso?», lo apura, rojo de indignación. «A mí me lo dijo el Tito», retrocede Alsina, señalando, a su vez, a Meroni, el longilíneo goalkeeper, quien observa la escena desde el arco. «¿Vos dijiste eso?», grita Saliadarré al arquero, sin avanzar hacia él, paralizado junto a la pelota como si la magnitud de la infamia que se teje sobre su pundonor y buen nombre lo hubiese privado de la posibilidad de moverse. Tito Meroni enarca sus cejas, balbucea una respuesta, se alza de hombros, se señala hacia el pecho con ambas manos recubiertas por los mullidos guantes, camina hacia el tumulto agrupado cerca de su área. «¿Vos dijiste eso?», vuelve a interrogar con voz quebrada Saliadarré, como si no pudiera creerlo. «Es que... —procura articular el arquero, ya casi sobre la línea del área— son cosas que uno escucha...» ¡Y, atención, atención, atención, remata Tucho hacia los palos... y gol... gol... gol... gol...! ¡Gooooooooooooool, es gol de Independiente, goooooool de Independiente! ¡Le pegó de

improvisó Tucho Saliadarré con la capellada de su botín zurdo, recto y seguro hacia el medio del arco sin custodia y anidó la pelota en las mallas decretando el tanto del empate entre el griterío formidable de su gente y la congoja entendible de los locales! ¡Reclaman enardecidos los riverplatenses pero ya corre el árbitro Daniel Cucciola hacia el medio de la cancha convalidando el tanto que les sirve, vaya si les sirve, a los visitantes para llevarse un punto de oro de un encuentro que pintaba para un seguro contraste! ¡Y ya se acaba el partido, señores! ¡Se acaba el partido, mis amigos! ¡Todavía se abrazan los jugadores visitantes tras la obtención del gol, formando una pirámide humana frente a la tribuna de su parcialidad, sepultando muy especialmente a Tucho Saliadarré y a Martín Falero, quienes fueron los primeros en estrecharse en un abrazo! ¡Otra vez el viejo truco de la controversia interna, la vieja jugarreta de los afectos despechados! ¡Va a sacar del medio el equipo local! ¡Moverá Tocalli para Giménez! «Tocamela que tenemos que ir urgente por la victoria», parece decir Giménez. «No puede ser que seamos tan giles», parece contestar el rubio centrodelantero de la franja roja. Toca Tocalli para Giménez...

# Relato de un utilero

Algunos dicen que el mejor puesto, en el fútbol, es el de número nueve. Otros dicen que es el diez, pero me estoy refiriendo a cómo se jugaba antes, cuando el diez era el conductor del equipo, el más hábil, el talentoso.

Pero yo siempre digo que el mejor puesto es el mío, el puesto de utilero, con toda la cuestión de las camisetas, los pantaloncitos y los botines. Porque lo de ser director técnico es jodido y mire si lo sabré yo, que he visto pasar por el club a infinidad de técnicos y quien más quien menos, todos vivían con una úlcera así de grande por la presión de los resultados, las puteadas de la gente y las exigencias de los directivos. Yo he visto llorar a técnicos en el cuartito de la lavandería, después de perder un partido, como Esteban Turbio, pobrecito, que llegó al club siendo un gordito jodón y rubicundo y se fue con una patada en el culo, tres meses después, con ocho kilos menos y un color en la cara que daba pena, se lo juro.

En cambio el utilero, como en mi caso, siempre está ahí, calladito, anónimo, preparando el mate para los muchachos, doblando las camisetas, contando los pares de medias, viendo si no desapareció algún pantaloncito. Oculto bajo el cemento de la tribuna, como si fuera un búnker ¿sabe? Uno de esos búnkeres que uno veía en las películas de guerra, que eran todos de cemento y apenas sobresalían de la tierra.

Y usted está ahí, todo el día, día y noche, siempre con luz artificial, enterrado en vida, pero seguro, escuchando, a lo sumo, el rugir arriba de la tribuna, el griterío, la silbatina. E incluso, a veces, le juro que es impresionante, el temblar incontrolable del cemento, la vibración del cemento, como si fuera un terremoto, como si en cualquier momento se le fuera a caer a usted encima toda esa masa de concreto y piedra y hormigón, además de miles y miles de personas, sobre la cabeza.

Admito que es un trabajo anónimo, muy anónimo. Siempre sueño que algún día la AFA disponga que cuando se da la constitución de los equipos se incluyan los nombres de los utileros. O que los pongan en el tablero electrónico, con la formación, en chiquito nomás, en letra más chica que la letra con que se ponen los nombres de los jugadores, los técnicos y los suplentes. Pero que se ponga.

Mi mujer siempre me lo reprocha. Siempre me dice que yo daba para más, porque yo hace veinticinco años que estoy laburando de esto en el club. Dígame cuantos técnicos han estado 25 años en alguna parte.

Ella es maestra y a veces me ayuda con la ropa de los muchachos planchando o zurciendo alguna camiseta. Usted habrá visto ahora cómo se agarran, se tironean. Antes no era así. Y le digo que éste, aunque no lo parezca, es un trabajo muy espiritual, no se vaya a creer. Y no sólo por el contacto con los pibes de distintas culturas —acá llegan muchachos de Santiago, del Chaco, de Corrientes, hasta de Venezuela han venido— sino también por el tiempo libre que siempre me queda para leer.

Es cierto que uno, si es responsable, si es serio, si encara su trabajo con profesionalismo, siempre tiene algo para hacer, siempre: que engrasar los botines, que cambiar un juego de tapones, que coser de nuevo el número en una camiseta; bueno, eso era antes, cuando los números eran de hule y venían cosidos a las camisetas, no como ahora que son impresos. Pero también queda mucho tiempo libre para hacer otras cosas, no es todo urgencia.

Y yo le recalco eso a mi señora, que se trata de un trabajo seguro, como antes cuando usted entraba a trabajar en un banco. Que era siempre lo que me aconsejaba mi viejo, que si yo no tenía un título, arquitecto o médico o abogado, tratara de entrar a trabajar en un banco, que era un trabajo para siempre y muy respetado.

Bueno, yo no entré a un banco, pero empecé a laburar de utilero casi como una changa y aquí estoy, 25 años viviendo de esto. Porque, por otra parte... ¿Qué tiene que hacer un utilero para que lo

echen? Es muy difícil. No le pueden achacar nada si el equipo anda mal, no le pueden achacar una mala ubicación en la tabla de posiciones. ¿Cuándo le pueden echar la bronca? Podría ser, por ejemplo, si jugando de visitantes se olvida, por ahí, de llevar un juego de camisetas, como le pasó al Sordo Mansilla, de Platense, una vez jugando contra Almirante Brown y tuvieron que jugar con las transpiradas de la reserva.

¡Y el Sordo Mansilla estuvo en la Selección como utilero, mire lo que le digo! O como le pasó a este muchacho Gregorini, de Patronato de Mendoza, que se robaba las camisetas y lo descubrieron porque una vez lo sorprendieron al hijo, pobrecito, dando misa con la camiseta de Patronato debajo de la ropa de monaguillo.

Pero sólo en casos así. Y le digo que también tiene satisfacciones. Más de una vez, algún muchacho, después de hacer un gol, me lo ha dedicado por la radio al terminar el partido. No muchos, lo reconozco, pero más de uno. El Perro Alarcón, por ejemplo, sin ir más lejos. O el mismo Garrido. Garrido me dedicó varios, y no sólo para mi cumpleaños, no, en cualquier partido por ahí me lo dedicaba.

Lo que pasa es que más que nada los chicos que llegan del interior, o de afuera, son los que más tiempo pasan en el club, porque están muy solos al principio. ¿Me entiende? Están muy solos.

Viven por ahí en algunas de las pensiones del club, lejos de la familia, sin muchos amigos, entonces a veces se quedan más tiempo después de las prácticas. O llegan muy temprano a practicar.

Garrido hacía mucho eso. Y es a lo que quería llegar, de ahí viene el origen de la conversación. Con Garrido fue con el que tuve, si se quiere, más relación, más contacto, porque era un tipo muy instruido, muy informado, como así también un poco raro.

Porque era parco, muy parco. Aunque conmigo hablaba bastante, se venía al cuartito de la utilería, tomaba mate y hablábamos.

De cualquier cosa, de la vida, de la política, de pintura. No era como el paraguayo Egusquiza, que vino con él, los dos de Olimpia de Asunción, que también llegaba temprano a las prácticas y se quedaba, pero al que no se le podía sacar una palabra ni a garrote.

Era una piedra ese paraguayo.

Fueron los dos últimos que llegaron ese año porque el club se lanzó a una búsqueda de refuerzos desesperada. Trajeron como catorce, no le miento. Como catorce jugadores, buenos, malos, horribles, y discretos, flojas incorporaciones en general pese a la gran campaña, salvo Dardo Garrido que era un fenómeno, pero un fenómeno de los que se ven de tanto en tanto.

Al punto que, cuando yo lo vi en la cancha; porque yo veo algunos entrenamientos, no vaya a creer, me gusta el fútbol, lo he jugado, pensaba: «¿Cómo es que no ha llegado más alto este muchacho? ¿Cómo es que no viene con mucha más fama?».

Porque cuando llegó al club no lo conocía nadie, ni el técnico. Fue uno de esos tantos compromisos que tienen los clubes con algún intermediario, que ubica a algún jugador suyo en otro equipo, pero a cambio le mete a usted algún bagayo o a algún otro muchacho que le queda colgado por el cierre del libro de pases y quiere tenerlo en actividad en alguna parte. Y Dardo Garrido venía de una punta de clubes, después se supo. Había estado en México, en el Toluca; en Austria; también Bélgica, pero siempre en equipos de segunda división, en el ascenso. En el Aris de Salónica, en Grecia; en el Estudiantes de Mérida, en Venezuela; y el último equipo donde había estado era en el Olimpia de Paraguay y de allí era que había venido junto con el otro paraguayo, ése al que le cuento que no se le sacaba una palabra ni a garrote.

¿Y sabe lo primero que me atrajo de Garrido? Usted se va a reír: la cabeza que tenía Garrido. Una cabeza así, maciza, sólida, armónica. Una cabeza para dibujarla, le juro. Le digo esto porque yo he sido siempre medio aficionado al dibujo y tiempo atrás, ahora no, a veces me llevaba al cuartito un block de hojas Romaní y dibujaba. Copiaba cosas, ¿sabe? Láminas, por ejemplo, que cortaba de las

revistas. Imágenes sagradas, a veces, esos Cristos crucificados. O santos. A lápiz, con efumino, en ocasiones le daba volúmenes o degradés con el dedo, así, con el dedo gordo.

Y la cabeza de Garrido daba ganas de dibujarla. Porque no era cabezón, lo que se dice estrictamente cabezón. Cabezón era el otro, el Luis Almada, un correntino que vino de All Boys un poco antes.

Porque ya le conté que el doctor Folch, al asumir la presidencia del club, se propuso firmemente salvarlo del descenso. Folch es un tipo joven, un empresario, un hombre de negocios. Y muy ambicioso, créame, muy ambicioso. Su intención, en rigor de verdad, es llegar a ser intendente de la ciudad, digamos, lo suyo tiene una aspiración política muy definida. Pero a nivel de política nacional, no de clubes.

Para él, el club es nada más que una vidriera, un trampolín para otras cosas, una oportunidad para hacerse ver en la prensa y aparecer en televisión. ¿No ve que aparece en cuanto programa usted mira por televisión? El hombre apunta a eso, es su objetivo. Y apenas ganó las elecciones, poniendo mucha plata, con la promesa de que iba a salvarnos del descenso, para empezar a cumplir con su promesa compró esa cantidad enorme de jugadores.

Como catorce. Y entre ellos estaba el Luis Almada ese, el cabezón, «Cabezón» le decían los muchachos, que no anduvo mal y que jugaba de lateral izquierdo. Pero la cabeza de Dardo Garrido era otra cosa, yo no sé.

Porque tenía esos rulos rubios, muy rubios; el «Rulo» le decían los compañeros, el «Rulo» Garrido, que normalmente estaban paradas, cómo decirle, bastante flotantes sobre la cabeza, pero apenas transpiraba, y ese sí que transpiraba la camiseta, los rulos se le pegaban al cuero cabelludo y quedaban ahí, inmóviles, como un bajorrelieve, como esculpidos. Eso era. Era como la cabeza de una estatua, más que para un dibujo, era para una escultura, con esa nariz recta y fina que le continuaba la línea de la frente. Y los labios bien marcados, ¿vivo?, como los de las muñecas antiguas.

Había algo, cómo le diría... de femenino en los labios de Garrido y no quiero que esto se interprete mal, porque no se puede negar que adentro de la cancha lo demostró a través de todo el año. Era el más macho de los machos.

Pero la boca, los labios, tenían una protuberancia, una carnosidad, que los hacía un tanto feminoideos. Le juro, no me malinterprete, por favor —le he dicho que llevo toda una vida de casado, tengo dos hijos— pero a veces, lo confieso, no le podía sacar la vista de encima a Garrido cuando estaba en el vestuario.

Especialmente, cuando estaba en la camilla del masajista, el Chino Pico. Porque no le diré que tenía un gran físico, pero tenía un físico de una armonía notable, Garrido. Fibroso, ¿me entiende? De espalda muy ancha, tanto, que parecía que las piernas fueran flacas. Y no lo eran. Lo que pasa es que la espalda y los pectorales estaban muy expandidos, como los abdominales, que parecían marcados como con un cincel. Parecía una tabla de lavar ese abdomen. Yo a veces no quería observarlo demasiado mientras lo masajeban porque, ¿vivo?, a veces los muchachos son muy malignos, muy malintencionados en sus bromas y sus chacotas.

Los jugadores a veces parecen muy calladitos, muy tímidos, negritos que apenas si hablan, pero el más lento se coge un avestruz al trote, con perdón de la expresión.

Son muy bichos, están mirando todo, siempre atentos, siempre en guardia, no se les escapa nada, como esos animalitos que ventean el aire tratando de localizar alguna amenaza, algún peligro...

Pero estos pendejos están siempre a la pesca de un motivo de diversión, de cargada.

Pregúntenle si no al Chino Pico, el masajista. De él se comentaba que era homosexual.

¡El Chino Pico! Si usted lo viera, un negrazo enorme con bigotes tipo mexicano, picado de viruela, buenazo el Chino, con unas manos que parecían dos bolsas de agua caliente.

Pero a él siempre lo cargaban con esas cosas los muchachos, se hacían jodas cuando alguno tenía

que pasar por la camilla del masajista. «Cuidado con el Chinito», se reían, «Ojo por dónde te masajea», «No dejés que te ponga boca abajo».

Y se lo decían directamente al Chino, no se vaya a creer. «Chino, ahí te mandamos un pibe nuevo», le avisaban. «Tratalo con cariño que es muy tiernito».

Y el Chino se reía. Pero nada más. Se reía. Yo nunca supe que lo que se decía de él fuera cierto. Siempre alrededor de los masajistas se arman esas historias un poco sucias.

A lo sumo se podría decir, hilando fino, que a veces cuando lo masajeaba a Garrido lo tenía mucho más tiempo en la camilla. Y lo cubría de aceites, le pasaba mucho las manos por arriba, cerca de las ingles, qué sé yo... Yo notaba eso.

Alguien se lo remarcó, en una ocasión, creo que fue don Aníbal, el técnico. Le dijo que se estaba retrasando mucho con los masajes y el Chino argumentando que Dardo tenía que ser el más concienzudamente preparado porque siempre era el del mayor esfuerzo o el que venía más castigado por los rivales, el que sufría los golpes más despiadados, como el que tuvo en la final, que después pasaré a contarle. Y las otras dos cosas que me sorprendieron de Garrido fueron su juego de cabeza y sus remates.

Porque le digo que yo veía las prácticas. A veces me asomaba y las miraba. Garrido se elevaba en el aire de una manera, cómo decirle, aerostática. Saltaba, parecía de pronto que se detenía un momento en el aire, que quedaba suspendido ahí, en lo alto, y luego continuaba subiendo.

Algo increíble. Algo que sólo recuerdo en Pelé, que parecía que encontraba un escalón invisible en el aire. Garrido, también. Daba la impresión de que ya había conseguido su máxima altura y que no había sacado suficiente ventaja sobre los demás como para cabecear con soltura y de pronto continuaba su ascenso y metía el frentazo. O le sacudía con el parietal.

Si hasta parecía, a veces, que se detenía en el espacio para esperar la llegada de la pelota como si fuera un colibrí, como si hubiese saltado antes de tiempo, fuera de distancia. Y le metía el cabezazo, con esos rulos que le contaba, siempre de pique al suelo, jodido, dañino para los arqueros. No se olvide que yo conozco de esto porque he jugado mucho en el patio del Colegio San José, cuando era chico.

Y después el remate. Le pegaba con una violencia y una precisión increíbles. Desde cualquier parte, tenía una mira de fusil en los ojos. Con las dos piernas. Y lo refrendó en el campeonato. Empezó a hacer goles y goles y goles. Al principio, cuando no lo conocían y le daban espacio... ¡Y cuando lo conocieron también! Se empecinaba, se ponía terco, tozudo, y la metía adentro. Pese a la marca, a los golpes, a las trompadas criminales que le pegaban los defensores. ¡Si todos sabían que era el único que jugaba! ¡El único! Los otros muchachos ayudaban, lo complementaban un poco, corrían, ponían voluntad, no mucho más que eso. Pero nada más.

Yo nunca he visto a un equipo depender tanto de un jugador como este equipo dependía de Garrido. Algo increíble, nunca visto. Y un equipo que hiciera tan buena campaña, gracias a un solo hombre, a un solo hombre.

Y él, siempre callado, calladito la boca, aguantando todo, los golpes, los insultos, las porquerías. Hasta ingenuo parecía a veces, desde ese punto de vista. Pero contestaba golpe por golpe. Más le daban y más se agrandaba. Un fenómeno, un verdadero fenómeno. Por supuesto, con Garrido el equipo empezó a ganar. A ganar y ganar y ganar.

Entonces, lo que había parecido una simple fantochada del doctor Folch empezó a tener visos de realidad. Todo el mundo comprendió que, con ese jugador, se podía concretar la hazaña. Y le cuento que, matemáticamente, era casi imposible salvarse del descenso. Casi imposible.

Yo le confieso que nunca ha sido mi fuerte la matemática. Me han gustado el dibujo, la geología, la historia, pero las matemáticas, no. Y cada día que pasa el fútbol está más relacionado con las matemáticas, con toda esa cuestión de los promedios y esas estupideces. Antes, el que salía último, se

iba al descenso, y a otracosa, era todo más simple. Ahora, con esa cuestión del promedio de los últimos años, usted tiene que seguir un curso de trigonometría para adivinar lo que puede pasar.

Pero le conté que mi esposa es maestra y un día me dijo: «Mirá viejo, que saqué la cuenta para que ustedes se salven del descenso, tienen que sacar cuatro puntos más que los que sacaron los dos últimos campeones en los dos últimos campeonatos».

¡Cuatro puntos más que los campeones, imagínese! Había que salir campeones para salvarse del descenso. Una locura, una verdadera locura. Y con un equipo recién armado, lleno de jugadores nuevos, sin ninguna estrella aparente, un montón de mediocres, un plantel de aventureros al paso.

El mismo doctor Folch, que le dije que es un empresario, llegó a la misma conclusión que mi señora pero por otros medios, tecnológicos estos. Alguien me contó, muy confidencialmente, que había hecho meter en una computadora todos los datos de los últimos quince torneos y que los resultados daban que ni absolutamente de pedo nos podíamos salvar.

Antes del torneo el doctor decía a los cuatro vientos que la salvación era un hecho, pero él íntimamente sabía, como todos nosotros, que estaba hablando de una quimera. Bueno, toda esa realidad oscura, todo ese pronóstico fatal, lo cambió Garrido con sus actuaciones. Y a medida que avanzaba el campeonato y nos manteníamos en la punta, sus actuaciones eran más y más heroicas.

Épicas podría decirse. Combatía en el campo contra lo que se le pusiera enfrente. Como se dice ahora, se ponía al hombro el equipo y lo llevaba adelante, luchaba por cada pelota como si estuviera tratando de rescatar a un hijo suyo de una ciénaga y volvía al vestuario con el cuerpo destrozado por las patadas, los codazos y los arañazos. Como la patada que le rompió la pierna en el partido final, algo increíble. Porque llegamos a la final, como usted sabe. Contra todos los pronósticos, contra todas las opiniones, contra todas las presiones de los equipos grandes y de los árbitros, llegamos al último partido, contra Defensores, y ganando conseguíamos las dos cosas más ansiadas: la salvación del descenso y el título de campeones. Paradojas del fútbol nuestro, tan desconcertante. El estadio, para qué le cuento, estaba repleto, hasta la bandera, como dicen los españoles.

Nunca vi tanta gente allí, salvo en el Mundial. Yo, abajo, en mi búnker bajo las tribunas, percibía el trepidar del cemento, la palpitación del concreto, el sacudirse —no le miento— de los vasos, de la yerbera, de las cucharitas, en mi mesa del cuartito, cuando la hinchada gritaba eso de que «el que no salta es un tal cosa».

Y saltaban todos, cientos, miles de tipos enfervorizados, como probando la solidez de la construcción. Se me cayó el azúcar al suelo, recuerdo, mire el detalle.

Y no era fácil la cosa, porque Defensores no tenía posibilidades de salir campeón ni de irse al descenso, pero le habían puesto millones de dólares para que fuera al frente, eso me había dicho el Mingo Caruso, el utilero de ellos, con quien hicimos un intercambio de camisetas antes de empezar el partido, cuando vino a saludarme y a desearme buena suerte al vestuario.

Un fenómeno el Mingo, el mejor utilero a mi juicio. ¡Ése debería estar en la selección y no Azevedo! Serio el Mingo, responsable, prolijo. Atildado. Usted lo ve salir a Defensores a la cancha y es un lujo.

Las camisetas bien planchadas, ningún puño deformado, la raya de los pantaloncitos, el cuellito marcado, los botines lustrados... Un lujo, siempre un lujo los equipos del Mingo.

Y él me dijo que los de Defensores estaban incentivados hasta la manija, por supuesto.

Pero, a los treinta del primer tiempo, gol de Garrido. Fue una explosión nuclear, mire. Porque fue de improviso, después lo vi por televisión.

No una de esas jugadas en las que usted ve venir el gol, no.

Salió de un entrevero entre tres o cuatro rivales, como a cuarenta metros del arco y miró hacia el área como para meter el centro. Pero le pego directo. Un balinazo impresionante, recto y a media altura que se metió al lado del primer palo, con el arquero mirando. Sacudió la red y yo, ahí abajo,

escuchando la radio, oí como si una bomba de profundidad hubiese estallado arriba de mi cabeza.

Creí que quedaba sepultado allí para siempre y que, dentro de unos años, mi recuerdo sería nada más que una plaqueta, pequeña, sobre los escombros. Cuando los muchachos volvieron para el entretiempo, había euforia. La hazaña parecía a un paso.

Sólo una cosa empañaba el festejo. Garrido venía rengueando. Le habían metido una plancha, tras un corner, que casi le había partido la pierna derecha. Y eso había sido al comienzo, a los cinco minutos, cumpliendo un defensor de ellos con la conocida consigna de eliminar desde el vamos al más importante de los rivales.

Casi diez minutos había estado fuera de la cancha Garrido, ante la angustia de todo el estadio, siendo atendido por el doctor Medina.

Y Garrido no era de hacer teatro, porque era de una fortaleza y de una bravura formidables, aparte de que su amor propio lo llevaba a no demostrar dolor ante terceros. Pero después volvió, metió, luchó y corrió más que nunca y llegó al entretiempo rengueando.

El doctor Medina lo hizo tender entonces en la camilla preocupado. Le bajó la media, le sacó la canillera plástica y le juro que lo que vimos era un horror. Garrido tenía la pierna fracturada. Una fractura expuesta.

Se escuchó en ese vestuario, recuerdo; recuerdo y se me pone la piel de gallina; como el soplar de un viento fuerte cuando todos, le digo todos los que estábamos allí, hicimos fuerte con la boca, «Fsssss», aspirando hacia adentro, con fuerza, estirando los labios, tensionando los músculos del cuello, impactados por el espanto.

«Está quebrado, pibe» atinó a decir el doctor, en un hilo de voz que se escuchó en todo el vestuario porque nadie ni siquiera respiraba.

La canillera, le cuento, estaba partida por el medio como si le hubiesen acertado con un hacha. Y allí nos dimos cuenta que la media, arrollada ahora arriba del tobillo, estaba pesada y pringosa por la sangre.

Una de las puntas del hueso quebrado asomaba casi un centímetro por sobre la piel perforada.

Garrido, que fruncía la cara de dolor y de bronca, dejó de gesticular y me señaló, agitando la mano en el aire. «El cinturón, José» me gritó «Dame el cinturón».

Me saqué rápido el cinturón —un cinturón muy lindo, de cabritilla, regalo de mi hija Sara— y se lo di ante la mirada expectante de los otros. Se reincorporó en la camilla y, de una palmada brutal sobre su canilla rota, se enderezó la pierna.

Gritó de dolor, como un animal, pero fue un instante. Luego, se ciñó el cinturón mío firmemente sobre el lugar de la fractura para impedir la circulación de la sangre, pidió a los gritos otra canillera, se subió la media tinta en sangre y saltó al piso.

Imaginé su dolor al chocar los tapones contra la baldosa y un millón de agujas heladas se me clavaron en la columna vertebral.

«Una aspirina» me pidió después, «Una aspirina». Se la alcancé.

La tomó, sin agua.

«Vamos» ordenó Garrido, tonante, y arrancó para la cancha. Ya el árbitro reclamaba para el segundo tiempo. «¡No podés jugar así, pibe!» reaccionó entonces el doctor Medina, un buen hombre, intentando atajarlo. Pero Garrido le dijo: «Si jugué así casi todo el primer tiempo, puedo jugar el segundo». Y se fue hacia la salida del túnel acompañado por el resto de los muchachos.

El doctor Medina quiso insistir pero Folch, que estaba en los vestuarios, lo retuvo por un brazo.

Estoy seguro de que, con tal de conseguir sus objetivos, el presidente hubiera sido capaz de permitir a Garrido salir a jugar aunque hubiera sufrido una fractura de cráneo.

Lo cierto es que los muchachos salieron para el segundo tiempo, con Garrido al frente, descompuesto el rostro por el dolor, manchadas las ropas de sangre y con mi cinturón ajustándole la

pierna para evitar que el hueso volviera a salirse de lugar.

Recuerdo que lo miré al Chino Pico y estaba llorando, llorando por la emoción de ver a un hombre en la cúspide de su hombría.

No me sorprendió. Yo también lloraba.

Después, en el segundo tiempo, vino lo terrible, lo difícil de asimilar, de entender, de aceptar. No podíamos meter otro gol para asegurar la conquista. El partido se puso difícil y complicado.

Yo, enfermo por los nervios, apagué la radio a eso de los veinte minutos. Pero el silencio que me llegaba desde arriba era todo un anuncio. No pasábamos la mitad de la cancha. A Garrido lo marcaban de a cuatro, conscientes de que era el único que podía desnivelar definitivamente el partido.

A los cuarenta escuché un estallido enorme. ¡No podía ser gol de ellos! ¡No habían traído tanta gente como para gritar así! Volvieron a sacudirse los vasos, el mate, la yerbera, las cucharitas, los pocillos de café como atacados por paludismo.

Corrí a la radio y la prendí de un manotazo. Era penal para nosotros. Salté solo por el vestuario con los puños en alto, en silencio, y lloré de nuevo. Era el campeonato, el milagro del campeonato junto a la salvación del descenso.

Lo pateó Garrido y lo tiró afuera.

Así de simple. Lo tiró afuera. Como lo digo, como se lo cuento ahora. Tomó carrera, le pegó alto y lo tiró afuera. Pero muy alto, muy alto y muy afuera. Sentí un dolor enorme en la garganta y bajaba un silencio de la tribuna que parecía un presagio de la tragedia. Lo primero que hice fue mirar el reloj.

Faltaban tres minutos, solamente tres minutos para alcanzar la gloria pese a ese puto penal errado, el primero que erraba Garrido en todo el campeonato.

Había rematado ocho y todos adentro. Pero nada de casualidad, por poco o con un poquito de fortuna.

Nada de penales que pegaban en el palo y luego entraban, o que los manoteaba el arquero y se metían o que salían mordidos y mal pateados y entraban pidiendo permiso, picando por el medio del arco. Nada de eso.

Los había metido a todos con unos taponazos sublimes, secos y altos, junto al palo, sin darle al arquero ni tiempo de moverse. Y ahora erraba este, el casi definitivo, el más importante...

Tres minutos apenas, pese a todo. Escuché, de pronto, que la tribuna comenzaba a alentar atronadoramente, como sacando fuerzas de la flaqueza, como tratando de mandar hacia adelante a un equipo que podía caerse por completo ante el inesperado error de su ídolo máximo. Se pedía, nada más, que un último esfuerzo, un sacrificio postrero. En un raptó de valor, tal vez contagiado por el clamoreo, prendí la radio. Estábamos dominando, con furia y coraje Garrido había sacado hacia adelante el equipo, lo había puesto en campo contrario y alejaba cualquier peligro de nuestro arco. Sin embargo, y créame que me cuesta recordar esto, ya en tiempo de descuento, ellos sacan un contragolpe aislado y fuerzan un corner.

Me agarré la cabeza con las manos y me desplomé en una silla, junto a la radio. No sabía si apagarla o escuchar.

Decidí escuchar. Vino el corner, saltaron un montón y, en su afán de despejarla, Garrido la peinó y la metió en contra, abajo, junto al palo opuesto del arquero.

Perdóneme la pausa... Me resulta difícil evocar esto sin acongojarme, créame... Pero, en fin... Así es el fútbol... En un minuto, en un segundo, en una milésima de segundo, se nos hizo pedazos el sueño de la hazaña, se nos hizo trizas la ilusión... No salimos campeones y nos fuimos al descenso, simultáneamente.

Creo que nadie volvió por el club en una semana. Y yo tampoco. Aquello era un velorio. Supe después, por los diarios, que la mayoría de los jugadores se habían marchado. Vendidos algunos, a diversos clubes, a préstamo otros, dejados libres en muchos casos. Una dispersión, una diáspora, una

migración colectiva, una huída general ante el fracaso.

Volví a los vestuarios, tiempo después. De a poco, usted bien sabe, las heridas se restañan, el dolor se apacigua, la amargura se mitiga.

Comencé, de nuevo, a arreglar las cosas, acomodar las camisetas, completar los juegos, replanchar las medias.

Fue entonces que pasé frente al casillero que había pertenecido a Dardo Garrido. Sabía que Dardo también se había alejado del club tras aquella noche de pesadilla cuando borró, con dos errores monumentales, todo un campeonato de éxitos extraordinarios.

El casillero estaba cerrado con candado, pero tuve la curiosidad por ver si había quedado algo adentro, que él hubiese olvidado o que pudiese ser útil.

Mi cinturón por ejemplo, el que había contenido su fractura expuesta casi más de cuarenta y cinco minutos.

Busqué un manojo de llaves y las fui probando hasta que logré abrir. En el estante de arriba, el más largo, no había nada. Sólo un rollo de vendas blancas, mal enrolladas, casi ocultas en un ángulo oscuro.

Pero en la parte de abajo había un bollo de ropa. Saqué un buzo azul oscuro, de una marca deportiva remota, «Arpegio», paraguaya quizás, que Garrido siempre usaba en los entrenamientos.

Al sacarlo, encontré atrás una carpeta bastante voluminosa.

La tomé. Era de cartulina gris y estaba llena de tierra como así también ondulada por la humedad que las ropas transpiradas posiblemente, le habían transmitido durante mucho tiempo.

Contenía una buena cantidad de hojas, un alto así, más o menos, como de diez centímetros, bastante maltratadas.

En las primeras, las de arriba del todo, había pegados recortes de diarios, notas, titulares, fotos donde se veía a Dardo Garrido en acción, jugando al fútbol.

Me sonreí. Sin duda, el aparente desinterés de mi amigo por la prensa no era tanto. Pese a su conducta un tanto esquiva, de bajo perfil como dicen ahora, de eludir los micrófonos y las cámaras, alguna parcela de su ego gustaba de releer artículos donde se lo halagaba, gustaba de repasar fotos donde se lo veía saltando a cabecear, disparando al arco, forcejeando con los rivales.

Continué hacia atrás y comencé a encontrarme con notas en otros idiomas, en inglés, por ejemplo, sueco. Alemán también, y flamenco.

A lo último, en las páginas más amarillas y quebradizas, me encontré con artículos escritos en griego, con la firma constante al pie: «Píndaro». Fue lo único que pude reconocer con mi pobre aprendizaje de griego en la escuela secundaria. Pero me asaltó una suerte de inquietud, una ansiedad por saber qué decían esos artículos que parecían provenir desde el fondo mismo de la historia del deporte.

Envolví la carpeta y esa misma noche se la llevé a don Aristo Konialidis, un tío de mi mujer que es profesor de griego. Y él me la tradujo, sin sospechar que tuviera ninguna relación con la realidad porque creo que don Konialidis no tiene ni siquiera conocimiento de la existencia de un juego llamado fútbol.

Me dijo, y le juro que esto fue lo que me dijo, que Píndaro había sido uno de los más importantes críticos deportivos de la antigua Atenas. Y que los artículos narraban que Dardo Garrido, fue concebido por la unión de Clístenes, dios de la Zarza, y Alcmena, prima de Argos. Poco antes de dar a luz a Dardo, Alcmena escuchó de boca de Tisífona, diosa de la filatelia, una profecía anunciando que su hijo sería quien dominara el mundo. Temerosa de perder sus poderes. Alcmena escaló la cima del monte Samos y rogó a Taumas, padre de los genios de la tempestad y dios de la fertilidad asistida, que la embarazara de cuatro jóvenes más, con los que Garrido tuviese que compartir sus poderes. Taumas, hijo de Colofón, odiaba a Clístenes porque éste había devorado los ojos de Periferia —madre de

Taumas— en un ataque de ansiedad oral inexplicable y decidió castigarlo más duramente aún. Llamó al jabalí de Minucia, que asolaba los huertos de Hecateo, y le ordenó devorar a todos los hijos de Alcmena.

Pero ya allí, apenas nacido, Garrido demostró su valentía sin límites, cortando los testículos del jabalí de Minucia con un trozo afilado de la Tinaja de Calcídica, roto a la sazón por un puntapié de Ceos, gigante del calzado.

Furioso ante la muerte del jabalí, Taumas impuso a Garrido una serie de terribles castigos. Debía, en principio, quitar uno a uno los frutos venenosos de los árboles más altos de la Estigia, custodiados por feroces aves rapaces. De allí —deduje yo entonces— la prodigiosa fuerza que mostraba Dardo Garrido en sus piernas cuando saltaba. Luego, Taumas, le ordenó derribar a puntapiés las rocas que cerraban el estuario de Siracusa, protegiendo la cueva donde moraba Perséfone, rey de la noche ateniense y primo de Tifeo.

Y aquello explicaba la potencia asombrosa de sus remates.

Por último, Taumas impuso a Garrido una condena para toda la eternidad. Debería construir por si solo, casi sin ayuda de nadie, un templo gigantesco que asombrara a las criaturas vivientes y a los mismos dioses, por su magnificencia y belleza. Y cada vez que estuviese a punto de concretar su maravillosa obra, debía derrumbarla de un golpe, para luego comenzar de nuevo.

Volví muy impresionado a mi casa, y le aseguro, nunca le conté nada a nadie. Pienso, por otra parte, que no me creerían. Pero me subleva, le juro, que se dude ahora de la honestidad de Garrido en ese último partido.

No volví más a hablar sobre el tema. Tiré la carpeta también por cualquier parte.

Hace unos días, en una de esas revistuchas de fútbol, que cayó en mis manos, leí que Dardo Garrido había firmado para un equipo de Costa Rica, no recuerdo el nombre del equipo. Y que le iba muy bien. Habían ganado los primeros cuatro partidos.

---

<b>notes</b>
--------------

<sup>1</sup> Referencia a los disturbios ocurridos en el match del 23 de marzo de 1978, en oportunidad de enfrentarse el Maat-Riebe vs. el EDV-14/N y que finalizaron con la quema total de la bella ciudad de Nachdruck.

# Table of Contents

La barrera	5
La pena máxima	6
Betito	7
Los nombres	9
Lo que se dice un ídolo	10
Memorias de un wing derecho	13
Lo que se dice jugador al fulbo	16
¡Qué lástima, Cattamarancio!	19
Los últimos «salileros»	24
El «Pichón de Cristo»	26
El ocho era Moacyr	29
El Monito	33
19 de diciembre de 1971	35
Wilmar Everton Cardaña, número 5 de Peñarol	43
La columna tecnológica: Fútbol y ciencia	48
Escenas de la vida deportiva	50
Jorge, Daniel y el Gato	57
Cenizas	62
La observación de los pájaros	70
Entre las cañas	75
Plegarias a la Virgen	81
Algo le dice Falero a Saliadarré	89
Relato de un utilero	93
Notas a pie de página	102